

LUIS FELIPE MARTÍ ITURBIDE

INTEGRIDAD Y CORRUPCIÓN

CONCEPCIÓN CABRERA

UNA MEXICANA HEROICA

CON POEMAS
DE
EFRAÍN HUERTA

CONCEPCIÓN CABRERA
Una mexicana heroica

LUIS FELIPE MARTÍ ITURBIDE

INTEGRIDAD Y CORRUPCIÓN

CONCEPCIÓN CABRERA

Una mexicana heroica

CON POEMAS DE
EFRAÍN HUERTA

Integridad y Corrupción
Concepción Cabrera. Una mexicana heroica.
Primera edición 2018

© 2018, Luis Felipe Martí Iturbide

Número de Registro: 03-2018-053012120400-01

El derecho de Luis Felipe Martí Iturbide a ser identificado como autor de la presente obra ha sido establecido de conformidad con la Ley Federal del Derecho de Autor.

Ninguna parte de este libro ha de ser republicada, reproducida ni utilizada en modo alguno, en ningún medio electrónico, mecánico o de otra índole, conocido en la actualidad o a futuro, incluidos la fotocopia y el registro, ni en ningún sistema de almacenamiento o extracción de datos, sin el consentimiento previo y por escrito del autor.

Con agradecimiento a

TRANSPARENCIA SOSTENIDA, A.C.
www.transparenciasostenida.org
info@transparenciasostenida.org

Por su apoyo y colaboración,
sin los cuales no hubiera sido posible
la realización del presente trabajo.

Presentación

Concepción Cabrera de Armida inspiró y ayudó a fundar dos congregaciones y tres obras relacionadas con ellas. A pesar de ser casi iletrada, escribió más tomos que Santo Tomás de Aquino.

Concha, como le llamaban en sus tiempos, manifiesta la paradoja del amor, consistente en el sufrimiento en el gozo. En una carta dirigida a su hija Concepción le dice lo poco que le importaban los juicios que sobre ella se emitieran: “No busques el aprecio de las criaturas. ¡Cambian tanto!”. Pero Concha también tenía muy buen humor; por ejemplo, existen apuntes de su juventud en los que narra toda suerte de chistes que luego actuaba en reuniones. Asimismo escribió un cuento, a los dieciséis años, titulado Historia de una pacífica familia, en donde narra con mucho humor las vicisitudes de su vida familiar. Sus contemporáneos la consideraban alegre, inclinada a sonreír: “En mamá siempre la sonrisa”, cita uno de los hijos de Concha. Su sonrisa es encantadora, por ningún lado se ve el supuesto dolorísimo con el que tanto la han menospreciado.

Concha era una mujer tan sencilla y sincera que todos sus actos traslucían sus íntimos sentimientos. Mujer con muchas virtudes humanas, éstas estaban vivificadas por los dones de una gran fe, una gran esperanza y una gran caridad, que fueron creciendo mientras cumplió años.

Fue una buena esposa y una buena madre, ordenada, que cumple con sus quehaceres e incluso sostiene una amplia correspondencia con todo tipo de personas; coopera con su medio social; somete sus experiencias, con absoluta humildad, al discernimiento de sus superiores; lejos de buscar el aislamiento busca la integración y la vida en común.

La vida en el amor es lo que buscaba. Arrebatada de amor, entró

en el dolor y el mal de los hombres; como la expresión del amor que es el gozo en el sufrimiento.

Cooperó en el propio servicio temporal, en la caridad.

El devenir de la sociedad ha abierto los caminos de la tierra a todos los hombres, porque ha hecho que todas las tareas nobles puedan ser ocasión de superación general. Ha hecho un llamamiento vocacional a hombres y mujeres, para que sirvan a la sociedad en todos los rincones del mundo.

De este modo se logra una movilización general de personas, dedicadas al servicio, en medio de todas las actividades.

Concha fue una mujer inteligente. Sobre todo su inteligencia la llevó a ser humilde y a no atribuirse nada a sí misma o por sí misma. Su humildad fue natural y sencilla.

Fue una mujer con una personalidad destacada y abundantes dones. Su temperamento era fuerte y decidido, pero no impositivo, porque sabía dominarlo siempre con una sonrisa sincera, afable y una mirada dulce. Tenía ansias de vida y de llenar su tiempo de trabajo bien hecho. Quería contribuir al mejoramiento de la sociedad y a fomentar el progreso de la humanidad entera.

En la época en la que Concha vivió, las personas laicas, principalmente las mujeres, eran vistas como de segunda. Con Concha, sin embargo, resurge el laico que deberá jugar un papel fundamental.

El hombre no se salva a través de sueños que se imponen mediante la fuerza, sino por la conversión del corazón, la entrega sin límites al amor de los demás y la renuncia a uno mismo que termina en el servicio y el encuentro con los otros.

Veremos el caminar de Concha, en el que hubo más luces que sombras, porque sus ojos cantaban siempre alegría profunda, aunque fuera en medio del sufrimiento.

Era de gran ayuda su vida de trabajo y su ejemplaridad carismática siempre llena de alegría. Con gran elegancia soportaba el

peso de sus sufrimientos, sin quejarse ni mostrar cansancio, hasta su muerte.

Concha realizó su misión altruista en el México de la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del XX, a través de sus obras que trascienden el tiempo.

I. Antecedentes

Cuando los papás de Concha se casaron, compraron casa en la ciudad de San Luis Potosí. Ahí nacieron sus primeros hijos: Manuel, Octaviano, Emilia, José, Luis, Juan y, el 8 de diciembre de 1862, nació Concepción Loreto Antonia.

Concha, como un signo de lo que sería su vida de entrega sacrificada por la humanidad, nació flaca, pequeña, enclenque y adolorida, por lo complicado de su nacimiento. El médico a cargo del parto había dicho que una de las dos, su madre o ella, debía morir. Concha había nacido bajo el signo del dolor, pero también de la lucha, de la belleza espiritual, del gozo y de la fascinación de su sonrisa.

Según cuenta Concha, Mauricia, la esposa del portero de la hacienda a la que la llevaron sus papás para que se recuperara, se ofreció “por lástima” a criarla, pues su mamá quedó imposibilitada para hacerlo: “La quise mucho”, escribe Concha 47 años después del suceso: “Y cuando tuve uso de razón y comprendí lo que le debía, mucho más”.

Conchita había nacido a contrapelo y fue, como ella misma lo dice: “Hasta la edad de dos años [que] comencé a enderezarme”. Desde su nacimiento y su enderezamiento, había sido invitada a un mundo espiritual, doloroso y heroico. Pero fuera de aquel difícil nacimiento que la marcó profundamente, no le acontecieron cosas asombrosas durante su infancia. Las vidas de los niños se parecen siempre. Lo extraordinario sucedía en la intimidad de su corazón. Por lo demás, fue una niña normal.

El bisabuelo paterno de Concha, don Manuel Cabrera y García del Póstigo, llegó a México en la segunda mitad del siglo XVIII. Era malagueño. Traía en sus alforjas un nombramiento del Rey: “Real Administrador del Ramo de Alcabalas de las Provincias de San

Francisco de Coahuila”, con sede en Monclova. Lo que lo acreditaba como hombre de posición. Se casó en Monclova con Andrea Alderete y García. De este matrimonio nacieron seis hijos: José Manuel, quien sería franciscano y, más tarde provincial de su orden en la provincia de Zacatecas; José Santiago; José María; Rafael; Francisco de Paula, quien sería el abuelo de Concha; y la última, cuyo nombre se desconoce y que, al decir de su tataranieta, Matilde Cabrera de Ypiña, en el trabajo genealógico que hizo sobre su familia, fue religiosa en San Miguel de Allende, que entonces se llamaba San Miguel el Grande (cuna de la Independencia), adonde don Manuel había sido promovido en calidad de contador y administrador de la Real Aduana.

Al día siguiente de que el cura Hidalgo dio el grito de independencia, el insurgente Ignacio Allende se dirigió a la contaduría y obligó al viejito Manolo a que le entregara las llaves de la caja de la Aduana donde guardaba el dinero. Además, Allende lo encarceló y poco después, junto con varios españoles prominentes de la localidad, lo envió preso a Guanajuato. Ahí fue condenado a la horca. Con la soga en el cuello, a punto de quedar colgado en la plaza central, un aparente milagro lo salvó: los gritos de las tropas realistas, encabezadas por Félix María Calleja y Manuel Flon, que se encontraban a las puertas de la ciudad, ocasionaron que los insurgentes salieran huyendo, dejando a los condenados parados en el patíbulo. A los pocos días don Manolo murió.

El bisabuelo materno de Concha, don Antonio Arias, hombre acaudalado, viudo y con dos hijos, José Luis y Clara, procedente de Castilla la Vieja, se instaló a principios del siglo XIX en San Luis Potosí, en la región de Santa María del Río. Clara, mujer devota, que apoyó muchísimo al Seminario Potosino y a las Hermanas de la Caridad, murió sin descendencia. José Luis tuvo tres hijos: Rafael, Clara y Luis.

Pero regresando con Francisco de Paula Cabrera, tenemos que junto con su madre se dirigió a San Luis Potosí y se casó con María de Jesús Lacavex de Alday, quien fue mujer piadosa, al igual que su madre, Manuela de Alday. Pocas cosas escribió Concha sobre sus

ancestros. Una de esas se la dedica a doña María de Jesús y a doña Manuela:

Mi abuela paterna era muy devota. A las cuatro de la mañana oía misa diariamente. Fundó la Vela Perpetua en San Luis, y dicen que era de un bellissimo carácter y amable con todo el mundo. Murió el Sábado de Gloria y se llamaba María de Jesús Lacavex. Su mamá, es decir, mi bisabuela era una santa; muy penitente, y volvía de sus excursiones a la casa de los pobres, a penas con el vestido, que les daba hasta la camisa.

Don Francisco de Paula procreó, con María de Jesús, cinco hijos: Octaviano, Francisco, Florencio, Genoveva y Manuel Primitivo. Octaviano se casaría con Clara Arias y serían los papás de Concha.

Clara tenía una gran fortaleza, quedó huérfana de madre, se responsabilizó desde muy niña de una casa habitada por varones y tuvo doce hijos. Concha escribió:

Era mi madre de mucha energía, de mucho sacrificio y de un sentido práctico admirable [...] Su inteligencia muy clara y perspicaz [...] Muchos domingos nos llevaba al hospital a ver muertos y heridos [...] Apenas había entre la familia o amigos algún enfermo grave, desde muy niña me llevaba a verlos y a servirles en cuanto podía. Me hizo ver morir a hombres, mujeres y niños, ricos y pobres, etc., enseñándome a no tener miedos, a ayudarles a bien morir, a no tenerles asco, a amortajarlos.

Sobre su padre, Octaviano, Concha escribió:

Tenía la virtud de la caridad muy acendrada y [...] un corazón bondadosísimo [...] Era mi padre muy caritativo con los pobres. No podía ver una necesidad sin aliviarla [...] En las haciendas siempre rezaba [...] el rosario con la familia y los peones y gente del campo, en la capilla [...] A veces llegaba antes de cualquiera, y a la salida me regañaba de mi poca devoción: decía que mis Padrenuestros y Avemarías andarían paseándose en el Purgatorio y nadie los querría de mal rezados.

II. Inicios de su formación

Conchita, después de sus años de salud precaria, aprendió a leer con una viejita Santillana. Después pasó a estudiar con una señora Negrete, con la que sólo estuvo dos meses. Más tarde, ya adolescente, ingresó, por seis meses, al colegio de las Hermanas de la Caridad. Clara Arias de Cabrera, su madre, decidió ponerle algunos maestros con los que Conchita aprendió lo que en esa época le gustaba más: tocar el piano y cantar: “Muchas horas de mi vida las perdí en el piano y en el canto”. Su madre le enseñó, entre otras cosas, a vestir con modestia, con la dignidad de las mujeres del campo: “Muy sencillamente le gustaba a mi madre que nos vistiéramos [...] este desapego (el de las joyas y los vestidos lujosos) se lo debo a mi madre, que yo creo que tenía voto de pobreza, y siempre me hacía ver con indiferencia las cosas de la tierra”... “A los doce años ya llevaba yo el gasto de la casa”.

Don Octaviano Cabrera Lacavex, padre de Conchita, le enseñó a montar a caballo, a sembrar con la yunta, a remar, etc. Después de la música y el canto, el mayor goce de Conchita era montar a caballo. Se convirtió en un magnífico jinete, hasta el grado “de tener vanidad de montar a los más briosos [...] que a otros tiraban”.

Ajena al mundo de las amistades infantiles: “Jamás me dejó mi madre tener amigos. Ella era mi única amiga”. Recogida en la casona de San Luis Potosí o en las casas de las haciendas de don Antonio, pasaba muchas horas con su familia: parte en conversaciones, parte en rezos, parte en lecturas, parte en la instrucción de la doctrina católica, parte en sus juegos y en otras actividades, muchas de ellas al aire libre.

Eran costumbres cotidianas, rezar el rosario y leer el Año Cristiano, ese libro que recoge las vidas heroicas de los santos, cuya

lectura estaba a cargo de su mamá o del hermano de ésta, el canónigo Luis Arias, que vivía en casa de los Cabrera Arias. Conchita también hacía muchas lecturas personales, que los padres vigilaban. La hermana Matilde Beatriz Leal le escogió varias de un libro titulado Apuntes Históricos, que iban desde novelas de corte religioso hasta libros de piedad cristiana, pasando por cuentos infantiles. Lo que, sin embargo, más le gustaba era el Año Cristiano, que también leía a solas o en compañía de su hermano Primitivo, dos años menor que ella y quien, tiempo después, sería sacerdote jesuita.

El gran número de hermanitos que la antecedieron y que después de ella nacieron representaron una gran diversión para ella: “Crecí entre puros hombres varones”. Siendo prácticamente la única niña, pues su hermana Emilia se casó en 1869, cuando Conchita tenía apenas 6 años, y su otra hermana, Clara, 4 años menor, era muy pequeñita para que en la infancia pudieran congeniar. Sus juegos eran aquellos que a los niños les atraían: “[...] circo, trapecio [...] carreras y caballos y mulas y cosas de hombres. Mi madre enferma y yo que me escapaba a juntármeles”. También, como cualquier niño: “[...] me enojaba con mis hermanos, peleaba con ellos, desobedecía a mis padres, cogía el dulce o la fruta, decía mentiras, en fin, fatal en temporadas”.

La educación de sus padres, el juego rudo con sus hermanos y, tal vez lo más importante, su extremadamente difícil nacimiento, la hicieron valiente, pero ajena a la malicia. Sus hermanos la llamaban burlonamente “Inocencia”, y el lenguaje duro de los peones no la intimidaba: “Tuve ocasiones [...] de oír de esa pobre gente muchas cosas, pero en materia de pureza siento como que a mi alma nada la ha manchado, nada la ha alcanzado, yo siempre, siempre he visto las cosas con sencillez, y nunca se me ha hecho nada malo; es decir, yo nunca he tenido malicia, y muchas veces me ha hecho falta, yo creo”. También la hicieron traviesa y atrevida: “Estábamos en un corral viendo los herraderos, y se me ocurrió convidar a Clara mi hermana, y llamar un toro, a ver lo que se sentía. Todo fue pensarlo y hacerlo, al momento se bajó mi padre y mi hermano, y al primero lo hirió el animal ligeramente en la pierna”.

Conchita ya estaba llena de vitalidad y era también muy piadosa, imaginativa, impresionable y apasionada. El ejercicio de la religión en una familia forma en los hijos un sentido del mundo espiritual, y en Conchita ese sentido se despertó muy temprano. Cuando se cansaba de jugar con los hermanos y recuperaba su soledad, cuando tenía penas o era reprendida, oraba: “Me encantaba el esconderme a platicar con los ángeles, y así lo hacía refiriéndoles lo que me apenaba, y pidiéndoles su ayuda para otros y para mí. Yo sentía en esto y en invocar a la Virgen mucho consuelo y plena seguridad de ser escuchada”.

Desde que aprendió las primeras letras, Conchita se encerraba en la biblioteca de su tío Luis, el canónigo y que vivía con los Cabrera Arias, y se ponía a leer libros espirituales, principalmente el Año Cristiano, en particular: “el lugar donde hablaba de la penitencia de los santos”.

A Conchita aquel mundo poblado con los actos heroicos de los santos y la imagen de un tío que servía a Dios y a los hombres la llevaba a esconderse y a pasar ratos de soledad y de intimidad, repitiendo palabras que leía y que escuchaba en los sermones. Asimilaba velozmente ideas y guardaba en su interior las imágenes de las vidas de los santos. Intuía, a través de ellos, que el padecer por la humanidad no era sólo un gesto heroico, sino un acto trascendente de amor.

Muchas veces me buscaban; y yo, escondida detrás de la puerta, no quería que me encontraran porque, o estaba haciendo alguna penitencia, o con sólo los deseos tenía muy encendido el rostro y temía que me regañaran [...] Yo era dichosa inventando penitencias y maneras de mortificarme; sentía ya desde entonces un desprecio propio muy crecido y vehemente hambre de padecer [...] Tenía muchos deseos de morir mártir [...] Cuántas veces, en mis largas excursiones por el campo, con mi padre y Clara, mi hermana, me pasaba las horas a caballo, pensando cómo podría yo vivir en una cueva, entre aquellos montes, muy lejos de toda mirada humana, haciendo penitencia y oración sin estorbo, ni testigos.

Conchita a veces compartía sus “penitencias y maneras de mortificarse” con su hermano Primitivo, quien, junto con Octaviano,

era el más piadoso de todos los hermanos. Concha le comunicaba sus confidencias e inventaba juegos de santos que Primitivo secundaba. A veces se escondían en la azotea y, “con la mayor sencillez, él me daba la disciplina y yo a él”.

Ella no jugaba a la escuelita, al doctor, al policía, al soldado, al bombero; jugaba a ser santa y sus sueños estaban poblados por la imagen de Jesús.

Conchita, educada en su familia en el marco de las virtudes humanas y gran austeridad, se encontró con un ambiente propicio para enriquecer más aún su carácter.

Con sus diez años recién cumplidos, porfiaba con los hermanos y apostaba a hacer cosas difíciles para demostrar que era más fuerte que ellos. Años después contaba que se subía al columpio cuando ya estaba en movimiento y, al llegar a lo más alto que podía, se tiraba al suelo de golpe.

Otro día les propuso clavarse un silicio para ver quién resistía más. Por supuesto, batió el récord.

En el colegio de las Hermanas de la Caridad, Conchita escuchó hablar de la confesión. Y un día, a sus siete u ocho años de edad, se metió en la capilla, buscó el confesionario y se arrodilló delante de él. El cura salió muy enojado, la regañó y le mandó cuatro rosarios de penitencia: “después, otro padre me dio quince”. Pero lejos de arredrarse, Conchita se aficionó a aquel ejercicio que practicaba “con frecuencia”. Una vez le preguntó un sacerdote: “¿Es usted casada? No, le contesté. ¿Es usted doncella?, me repitió. No, padre, volví a contestarle, porque yo sabía que las doncellas eran como damas de honor de ciertas señoras elegantes. Pues ¿qué es usted entonces?, me decía muy violento pues tendría prisa. Pues, ¿qué seré, Dios mío?, me decía yo acongojada. Pues soy Conchita Cabrera, le dije, porque no hallé yo quién sería. ¡Pobres padres conmigo tan guaje!”.

El tiempo pasó y junto a sus trabajos, sus juegos y sus travesuras, llegó la época de la primera comunión. Conchita está lista. No sólo sus incursiones por el mundo de los santos y de la confesión, y la

doctrina que recibe en casa, la han preparado, sino también su tío Luis ha tenido cuidado en hacerlo bien. Y el día de su décimo aniversario, el 8 de diciembre de 1872, recibe su primera comunión: “Yo era feliz, felicísima, recibiendo al Santísimo Sacramento; ¡sentía el ser una necesidad indispensable para mi vida!”.

Además de su despierta inteligencia, tenía gran capacidad de concentración, de forma que el trabajo intelectual lo realizaba con facilidad y las horas le cundían mucho. Ella, sin embargo, no daba importancia a sus éxitos, que atribuía a la suerte.

Concha era de constitución fuerte y nunca se molestaba de nada.

Conchita está creciendo, pero no le agrada: “Yo me sentía feliz siendo chica y le tenía horror a ser grande”. Los juegos con los niños le empiezan a ser prohibidos. Le han dicho que ya es una señorita y debe ser recatada. Además, desde su primera comunión ya no hace travesuras y se ha vuelto mucho más piadosa. Busca la soledad. “Me pasaba largos ratos en la azotea contemplando el cielo y queriendo traspasarlo con mi corazón. Sentía sed de un más allá, de algo muy grande con qué llenar mi corazón sediento de un gran bien”. El mundo de afuera, el de los mayores, no le atrae. Las jovencitas distinguidas de San Luis Potosí han sido alcanzadas por el nuevo mundo que emerge. La moda francesa se encuentra por todas partes. Comienza la afición por los vestidos de colores y los bailes en el elegante salón llamado La Lonja, que se encontraba a unas calles de la casa de los Cabrera Arias.

Octaviano, Clara y sus hijos mayores se han percatado que Conchita ha pasado de niña a señorita casadera y quieren llevarla a compartir el mundo de la alta sociedad potosina, pero Conchita no acepta. Mirando sus fotografías de esa época, podemos ver que Conchita ha crecido rápidamente. En pocos años se ha convertido en una guapa y atractiva jovencita. Además cae bien a la gente. Ese encanto crecerá con el tiempo. Pero, por lo pronto, ella se siente fatal. Así es que enferma. No se sabe de qué. Son un misterio sus enfermedades. Tal vez se podría deducir que Conchita empieza a sufrir una serie de reajustes que la llevan a somatizar. Pero, lo

quisiera o no, todos se dieron a la tarea de sacarla a pasear:

Me hicieron un traje a propósito y salía todas las mañanas, y a veces por la tarde con mi padre o hermanos. Era yo tan encerrada, que en San Luis, población chica, en donde lo más del tiempo había vivido, no me conocían y decían que si era esposa del hermano que generalmente me sacaba a paseo [...] Tenía trece años y apenas conocía unos cuantos señores. El primer día que uno me llamó Señorita, me puse de mil colores y lloré.

Me comenzó a fastidiar ser mujer y les rogaba a mis padres que me mandaran dos años a la hacienda para que al volver [...] ni quien se acordara de mí.

La familia comprendió que había que respetar a la jovencita, y además temían que se les pusiera peor. Así es que, aunque no la mandaron a la hacienda como ella quería, dejaron de insistir en relacionarla con la alta sociedad potosina.

En esos tiempos, el joven Francisco Armida García se hace amigo de uno de los hermanos de Conchita. Tal vez, Luis o Juan, que eran casi de la misma edad que Francisco, quien trabaja en la casa de comercio El Moro, perteneciente a los Manrique de Lara y Compañía y, como se puede apreciar, sale a pasear también por las mañanas con Luis o Juan, que acompañan a Conchita en sus paseos curativos: “En esa época y a caballo me conoció mi marido, según me contaba”. Francisco se ha enamorado de Conchita, pero ella ni siquiera se ha dignado a mirarlo. No le interesa él ni ningún otro. Su mente, su corazón y su alma quieren otra cosa mucho más importante: servir a Jesús, a quien ama, y procurar la salvación de los hombres.

Conchita está harta. Ni los bailes, ni los paseos, ni el interés que despierta en los hombres la mueven. Continúan atrayéndole la soledad del campo y las penitencias. En La Hacienda pone una escuelita en donde reúne a los hijos de los peones para enseñarles la doctrina y prepararlos para la comunión. Pero la familia también continúa llevándola a paseos y bailes.

Cuatro días después de que Conchita cumple 14 años, la invitación para un baile llega a casa de los Cabrera Arias. Los padres y los muchachos se preparan para ir al baile. Conchita se encierra, pero

finalmente la obligan a ir al baile en La Lonja. Se sienta junto con sus padres y sus hermanos en una mesa. Hay muchos hombres que la miran y la sacan a bailar, lo que empieza a agradarle: “Me agradaba gustar y tener muchos señores que me iban a sacar a bailar”.

III. Su noviazgo

Pancho Armida le pide a su amigo que le presente a su hermana, pero para Conchita aquel encuentro no significó nada.

Sin embargo, doce días después hay un nuevo baile en La Lonja. Esa noche “veintidós señores” quieren bailar con ella. Llega el turno de Pancho y, ante el asombro de Conchita, da rienda suelta a su corazón:

Me volvió a hablar, y yo mortal, de oír flores y tonterías, no me sentía en mi centro [...] Me llevaron a un baile de familia y ahí se me declaró Pancho en toda forma, y acto continuo, le correspondí. Yo nunca había oído hablar de amores, voy oyendo que sufría si yo no le quería, que sería muy desgraciado si yo no le correspondía y cosas por el estilo [...] se me conmovió el corazón y se me hizo tan raro que sufriera aquella persona porque yo no lo quisiera, que le dije que sí lo querría, pero que no sufriera por tan poco.

El muchacho Armida no es el mejor partido, pero al menos es el que Conchita ha elegido, por lo que la familia Cabrera Arias lo acepta, anteponiendo a los motivos económicos el bienestar y la libertad: “Varios pretendientes ricos me perseguían —con haciendas, etc., etc.—, pero yo nunca quise ni correspondí más que a Pancho. Algunos se dirigían a mis padres para comprometerme, pero ellos no coartaban mi libertad y sólo me aconsejaban prudentemente”.

Nueve años duró aquel noviazgo: “Tengo que agradecerle a Pancho que jamás abusó de mi sencillez; fue un novio muy correcto y respetuoso”. Y al recordar el baile en el que se le declaró: “Volví a casa intranquila y con un peso, ¡qué raro! Ya tenía zozobra, pendiente, susto”. Pero en el fondo está en paz:

A mí nunca me inquietó el noviazgo en el sentido de que me impidiera ser más de Dios. ¡Se me hacía tan fácil juntar las dos cosas! Al acostarme, ya cuando estaba sola, pensaba en Pancho y después en la Eucaristía, que era mi delicia.

Preguntaba, leía, y como podía me ponía en la presencia de Dios, y eso bastaba para que comenzaran a aclarárseme muchas luces de la nada, de las

cosas de la tierra, de lo vano de la vida, de la hermosura de Dios y mucho amor hacia el Espíritu Santo. Cogía mi crucifijo al irme a acostar y no sé qué me pasaba al contemplarlo: una conmoción interior, profunda. Pero me pasaba la impresión y volvía a mi vida ordinaria de tibieza, vanidad y tonteras. Sin embargo, yo sufría; y aún en medio de tantas adulaciones, diversiones y cosas, sentía mi alma un vacío, una voz interna que le decía: "Tú no naciste para esto; en otra cosa está tu felicidad".

Entre los bailes y estancias en las haciendas, Conchita pasa nueve años. El mundo se le impone a su pesar, pues su alma era muy dócil:

Me hacían mucho caso en los bailes [...] siempre tenía las etiquetas o programas llenos desde que llegaba; y después, ¡qué flojera tener que bailar tanto! Dicen que hay peligro en los bailes y ahora lo comprendo, pero yo bailaba como con una silla, porque me sacaban, pero sin más fin que complacer. Las modistas me adulaban de buen cuerpo, etc. Tenía vanidad, pero no inclinación a ella; seguía la corriente, me gustaba agradar a mi novio con suma sencillez y no más. Me adornaba sólo los minutos que pasaba o iba a visita Pancho y, enseguida, apenas iría en la esquina, luego me despojaba de todo. Me estorbaban los aretes, los anillos, etc., así era mi mamá.

En las haciendas continúa montando a caballo y desafiando todo. En 1880, cuando Conchita tenía 17 años, pasa una temporada en la hacienda de Jesús María, que en esa época era propiedad de su hermano Octaviano, pero que más adelante se la dará a Conchita para sus obras.

En los ratos en que Pancho la visita en su casa de San Luis, Conchita lo inclina a la piedad: "Le hablaba de sus deberes religiosos". Pancho condesciende. Si probablemente nunca fue un hombre muy religioso, respetó hasta el final las inclinaciones de Conchita.

Llega el año de 1883. Conchita tiene 21 años. Va y viene a los bailes; pasa estancias en las haciendas, frecuenta a su novio, los sacramentos, la oración y continúa con sus penitencias y sus lecturas piadosas.

Un día, sin embargo, una tragedia viene a sacudirla: su hermano Manuel, el mayor, que está de vacaciones en la hacienda de Jesús María con su esposa, sus hijos y su hermano Primitivo, ha salido de la casa. Se detiene en la reja y mira el hermoso huerto que se encuentra frente a ella y en el que Conchita años después tendrá

algunas de sus meditaciones. En ese momento Francisco Cayo y Moncada, dueño de las haciendas de ese nombre que colindan con la de Jesús María, pasa en su coche rumbo a San Luis. Manuel, al ver a su amigo, lo llama, el cual detiene el coche, baja y abraza a Manolo. Manuel invita a su amigo a tomar un refrigerio. Entran en la casa y se sientan en el comedor donde Trinidad, la esposa de Manuel, con la que se casó cinco años atrás y con la que tiene tres hijos, los atiende.

Según Matilde Cabrera Ypiña de Corsi, “Don Francisco Cayo tomó asiento frente a don Manuel, quitándose del cinto su pistola que depositó encima de la mesa con tan mala suerte que el arma se disparó, penetrándole el tiro a su anfitrión en la cabeza, cosa que le causó una muerte instantánea”. Esta muerte accidental convulsiona a toda la familia. Conchita, al saber la noticia, se traslada, junto con sus padres, a la hacienda:

A las 10 de la noche estaba yo a la cabecera del cadáver —que todavía escurría sangre de la cabeza— [...] Mis padres estaban como locos, pero conformes, sin culpar a nadie. Yo sufría atrocemente; el señor Cayo, desesperado, pero hay que ser fuertes ante las grandes penas, tener fortaleza de espíritu. Defender unidos de los embates de la vida [...]; ser todos dignos, honrados y buenos y pensar que Dios sabe por qué ha dispuesto así las cosas.

Concha siempre demostró su fortaleza espiritual, su valor, externamente no se inmutaba, dando fuerzas a los demás con su serenidad.

A Primitivo, el compañero de Conchita en sus juegos religiosos, la muerte de Manuel lo impulsa al jesuitismo; a Conchita le devuelve con su luto: “desprendiéndome de la corriente que me llevaba a las vanidades de la tierra”. Continúa con Pancho, pero en su corazón comienzan a emerger las dudas.

IV. Su matrimonio

Conchita tiene ya un confesor, el canónigo Francisco Peña, hombre muy enérgico y recto, al cual le relata el estado de su alma, pero el canónigo no llega a discernir lo que hay en el interior de aquella jovencita. Lo único que ve es que necesita que la apacigüen, y no encuentra otra solución que casar a Conchita. Don Octaviano le pregunta si quiere casarse: “Sí, porque yo quería a Pancho y aunque no fuera rico, lo prefería a todos los otros porque era muy bueno”.

“Mi marido fue siempre un modelo ejemplar de respeto y cariño”, pero Conchita “pensaba que dándose las manos en la Iglesia, con la bendición sacerdotal, venían los hijos”. La consecuencia en Conchita fue la desilusión, el enfrentamiento con la realidad.

Para mí, el matrimonio, en cierto sentido, era sólo un martirio [...] Viéndome remachada en la Cruz de las obligaciones [...] [el matrimonio es] “un verdadero martirio [...] la cruz más grande que se puede conocer en este mundo [...]Lo quiero (a Pancho) sólo como hermano [...], y esto muchas veces me intranquiliza, porque oigo otras casadas muy amorosas y que a veces me han tocado unos puntos que me horrorizan e intranquilizan. No puedo concebir otro cariño que el que le tengo: así desapegado, pero cariñoso, sin embargo.

Conchita, un mes después, el 8 de diciembre, el día en que cumple 22 años, vuelve a enfermar, sin poder saberse de qué. Está enferma de un amor que la trasciende y que no puede realizar entre tantas vanidades y compromisos mundanos: “Al ver, a pesar de todo lo bueno de mi marido, que el matrimonio no es todo aquello que yo me había figurado, instintivamente se fue mi corazón más y más a Dios, buscando en Él lo que le faltaba, pues el vacío interior había crecido a pesar de todas las felicidades de la tierra”.

Se encuentra en el apogeo de sus luchas interiores y queda embarazada. Le preocupa ser madre, como lo confesará muchos años

después al padre Mir, su primer importante director espiritual: “Pues a mí me repugnaba lo de niños y matrimonio, se me figuraba como que era una mancha que no gustaba a Jesús [...] pero no es así, ya me lo dijo Jesús; opinábamos diferente, lo mismo que en muchas cosas”.

Lo que la sostiene es aquella promesa que anteriormente, en momentos confusos de su vida, había hecho en una de sus comuniones: “Mira, Señor, yo quiero casarme y que me des muchos hijos que te amen y te sirvan. Tú ves que yo nada valgo, y así, ellos te amarán por mí”.

¿Cómo conciliar esos dos mundos: el del matrimonio y el de sus inclinaciones religiosas, que antes de casarse veía como perfectamente compatibles? No encuentra la forma. Si bien Pancho es un hombre de hogar, trabajador, cumplidor y moralmente recto, está muy lejos de ser un hombre espiritual. Va a misa, escucha a veces a Conchita en cuestiones religiosas. Pero hasta ahí: “Algunas veces —dice Conchita— me he dejado vencer de la devoción descuidando, no a propósito, o al menos pocas veces, las cosas de la casa. Sí, ahora recuerdo que sí; echándoseme en cara que debí haber sido monja, etc., etc.”.

En otra ocasión: “Íbamos a un baile y yo estaba a oscuras rezando y peinándome para la tal fiesta; llegó mi marido y, al enterarse de lo que estaba haciendo, sin luces ni espejo, etc., se echó a reír y me dijo que yo no parecía mujer, que la naturaleza se había errado conmigo”. Además: “El Señor me apremiaba fuerte a las humillaciones con mis cuñadas, a querer aparecer ante ellas como inútil, de mal gusto y que cuanto hiciera no les agradara”. En estas circunstancias, Pancho: “muchas veces les daba la razón”.

El Canónigo Peña, que continúa siendo su confesor, le prohíbe cualquier tipo de penitencia, sin tener en cuenta que, para Conchita, las penitencias funcionaban no como castigos, sino como procesos de trabajo interior: “Mi confesor me quitó, me parece que por tres años, las penitencias, yo le obedecí, pero sufría en mi corazón por no poderlas hacer”.

“Mi marido fue siempre un modelo ejemplar de respeto y cariño; me han dicho varios sacerdotes que Dios me lo escogió excepcionalmente, pues fue un ejemplar de esposos, y de virtudes...”. Pero, “al ver, a pesar de todo lo bueno de mi marido, que el matrimonio no era todo aquel lleno que yo me había figurado, instintivamente se fue mi corazón más y más a Dios, buscando en Él lo que le faltaba, pues el vacío interior había crecido, a pesar de todas las felicidades de la tierra”.

Por el año de 1886 “llegaron a San Luis las religiosas del Sagrado Corazón (se refiere a la Congregación fundada por Santa Magdalena-Sofía Barat), fueron las primeras que yo conocí, y sentí luego en mi alma una santa envidia, al grado de que apenas concurría yo a aquella capillita, cuando las lágrimas acudían a mis ojos. Sólo Jesús, veía el dolor de mi corazón al sentir la impotencia de haberme consagrado a Él en alguna religión”.

Durante el día trata de armonizar sus deberes de mujer, esforzándose por atender bien la casa y recibir al marido. En la noche, cuando la jornada con sus deberes ha concluido o cuando Pancho está ausente de casa, Conchita se entrega a Dios: “Mi marido tenía horas fijas de irse a su trabajo y de volver, las cuales yo aprovechaba en hablar con mi Jesús, en leer cosas espirituales y en hacer mis penitencias, quitándome los silicios cuando él iba a llegar, porque una vez me tocó uno y se enojó”.

Conchita es dócil y humilde, pero no está dispuesta a ceder cuando se trata de sus valores y desarrollo espiritual: “hablaba muy fuerte y con gran vehemencia. Siempre en los casos extremos lo he hecho así, y he conseguido mi objeto y que se me respete”. Si el mundo que la rodea no es capaz de comprenderla, la tendrá sin cuidado.

Pancho la adora y hará todo lo posible para que su mujer se sienta bien, en lo que se refiere a su vida religiosa. No se meterá en la intimidad espiritual de su esposa, aunque con algunos exabruptos que no puede controlar y que Conchita se encargará de poner en su sitio: “Nunca leía lo que yo escribía. A veces me encontraba haciendo mis cuentas de conciencia. ‘Son cosas del espíritu que tú dices y yo no

entiendo', me decía". Conchita es suya y no permite que nadie se le acerque: "Era un poco celoso. Cuando me enfermaba de gravedad, que fueron varias ocasiones, me asistía día y noche sin que persona me velara". Ella también era cariñosa pero firme: "Cualquier manifestación de cariño cuando es sincera me arrastra", pero también, cuando algo le molesta puede ser fría y desdeñosa. No le gustan las conversaciones insulsas o superficiales; las que no tratan de Dios le aburren.

Por condescendencia con Pancho finge un poco, pero al cabo de un rato, sus reacciones faciales y su distracción la delatan:

No sé hablar ni tengo facilidad. Sólo de Dios. Eso sí y cuando suelo comunicarme con agrado es de esa manera. Se me olvida, Padre, hasta saludar a las gentes. ¡Qué esperanza de besos y cumplimientos, ni palabras expresivas ni cariñosas! Me aburren las visitas, las etiquetas y todo lo que no es verdad. Pero aunque en el fondo conozco que no dejaron de ser cualidades éstas, repulsan a la gente y la rechazan y me tienen por tonta, simple o por refinadamente orgullosa. Me ha parecido mejor tomar las cosas por chiste, y ocultar mi corazón a todas las miradas y paso la vida en el mundo en una continua broma, haciéndome más tonta de lo que soy, y buscando ocultarme debajo de esta capa de aplastamiento interior.

Sin embargo, en quienes saben mirar más allá de las apariencias, encanta y convence: "No les gusta mi modo así medio simple, y con razón; pero cuando se ha ofrecido, o en cosas serias o delicadas consultan mi opinión".

La casa donde vive se incendia. Así es que con todo su dolor, sus pesares y sus batallas interiores, se cambia. Va y viene, visita a sus padres y a su tío Luis, que ha sido nombrado Vicario Capitular del Cabildo y reza y se confiesa con el Canónigo Peña, mientras en su vientre se gesta su primer vástago.

Después del nacimiento de su primer hijo no ha sucedido casi nada en su vida. Conchita está llena de amor y de fervor, pero también de contrariedades, de pesar. Ama a Dios, pero ha avanzado poco en relación con ese amor, aún se busca demasiado a sí misma y no sabe cómo mejorar su relación con Él. Se ha vuelto más piadosa y ha integrado su oración a los quehaceres domésticos. Siente "ganas de

llorar y de amar". El gozo en el sufrimiento, el amor en el sacrificio.

Se alista en la Orden Tercera de San Francisco, donde encuentra, para su condición de laica casada, una realidad que se parece un poco al estado religioso: "como para estar más cerca de Jesús, perteneciéndole de algún modo más íntimo. Hice la profesión con todo el fervor del que fui capaz".

Pero su vida marital se complica, junto con el crecimiento de su vida espiritual. Panchito ha crecido y ella espera a su segundo hijo. Tiene entonces que hacer esfuerzos verdaderamente heroicos para compaginar esos dos mundos: ordenar su casa, educar al niño, cuidar su embarazo, atender a Pancho que no cesa de invitarla a bailes, teatros y compromisos sociales, y, junto con eso, cumplir sus compromisos franciscanos, que siente incompatibles no sólo con la vida social que le pide su marido, sino también con sus deberes conyugales.

Se siente como "un volcán sin respiradero". Tiene, delante de las incomprendiones del Canónigo Peña, ardientes deseos de "un director que me comprendiera, que me empujara, que me aclara tantas dudas, que me uniera con mi Dios".

"Varias veces intenté desahogar mi pecho con alguna de las madres, pero casi nunca me comprendieron las que vi. ¿Cómo se ama a Dios?, les preguntaba, porque ésta era mi ansia, mi anhelo: el saber amarlo".

Pocos meses después del nacimiento de su segundo hijo, Carlos (28 de marzo de 1887), Conchita comienza a canalizar su pasión, escribiendo cartas a Jesús.

Va creciendo espiritualmente, y el 15 de octubre, siguiendo su vínculo con la Orden Tercera de San Francisco, decide hacer promesas de pobreza, castidad y obediencia: "Nadie las presencié. Sólo Dios, mis santos patronos y yo, lo sabíamos".

A partir de 1888, Conchita casi no pasó un sólo día de su existencia sin agobios, desbordamientos, reclamos, sufrimientos y

enfermedades, como los que encontramos en su adolescencia y en su primer año de casada, y otros que nos narrará en su Cuenta de Conciencia y Vida, como paralizaciones, enfermedades del corazón (el órgano que simboliza el amor), llagas. Pero incluso las penitencias que ya había venido practicando en su niñez y en su adolescencia, y que volverá a practicar cuando entre en contacto con los jesuitas, particularmente bajo la dirección del padre Mir, no la mermarán. Por el contrario, funcionarán como la atmósfera permanente de su pasión, que la disponen a cumplir su misión. Pues es el sufrimiento, terrible, misterioso y revelador, no el placer, el que nos templea y nos dispone.

Ha quedado otra vez embarazada y, dadas las condiciones en que la familia crece y que parecen ir para largo, los Armida Cabrera vuelven a cambiar de casa. La nueva casa de los Armida Cabrera es más amplia. Pero sufre otro fuerte golpe: la muerte de su padre. Conchita está en su séptimo mes de embarazo, sin embargo como ya hemos notado, tiene una fuerza de carácter muy firme, como escribe en su Cuenta de Conciencia, en “las cosas serias y espirituales, y mucha fuerza de voluntad y energía en los casos más terribles de mi vida: una serenidad exterior a toda prueba, pudiendo, en tales casos, dominar el corazón, doblegándolo ante la voluntad de Dios”.

Durante “cinco horas consecutivas ayudé a mi padre a bien morir, exhortándolo con toda mi alma y dominando el sentimiento”.

La familia se reagrupó alrededor de doña Clara, quien nombró como administrador y albacea de los bienes de la familia a su hijo Octaviano.

V. Un método

El 28 de enero de 1889, aproximadamente dos meses después de la muerte de su padre, nace su tercer hijo.

Sus ansias de amar a Dios crecen. Si sus sueños de llevar una vida religiosa dentro de la Orden Tercera de San Francisco no han tenido buenos resultados, en ella crece la intensidad de Dios. Vuelve a enfermar. Pero saca fuerzas.

Aunque, dentro de los modos que su estado le permite, es fiel a los votos de pobreza, castidad y obediencia, necesita una mayor pertenencia a Dios. La Orden Tercera es limitada. Tiene sus propias características y sus propias fronteras; las religiosas del Sagrado Corazón también.

¿Podrían los jesuitas, que ahora confiesan a las Religiosas del Sagrado Corazón, darle a su alma la dirección que necesita? El padre jesuita José Antonio Plancarte ha accedido a dar un retiro en el Colegio del Sagrado Corazón a las hijas de María e invitan a Conchita a hacer el retiro como externa.

El padre Plancarte les da los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. Conchita está feliz. No sólo son los primeros ejercicios que hace, sino que en ellos encuentra por vez primera un método que, primero, le permite ordenar su pasión y empieza a armonizar sus dos mundos: el espiritual y el terrenal. Hasta el momento ha logrado compaginarlos a fuerza de una voluntad sostenida por sus intuiciones metafísicas, pero ahora, bajo la luz del “principio y fundamento” ignaciano, esas intuiciones adquieren un peso de revelación, esto es, que para servir a Dios no se necesita un estado privilegiado, todo lo que nos rodea basta:

Dios mío, nací para amarte y servirte en todo el curso de mi vida [...] Tengo

obligación de salvar a todos los de mi familia principalmente. ¿Que son precisos sacrificios? Pues, a abrazarlos. ¿Qué humillaciones? Me humillaré hasta el polvo. Con el ejemplo, con prácticas y virtudes y jamás avergonzarme ante la sociedad de mi religión. Conocer, Dios mío, y hacerte conocer. Amarte y hacerte amar. Alabarte y hacerte bendecir, para después gozarte por toda la eternidad.

Los primeros Ejercicios Espirituales de Conchita la hacen vislumbrar algo de su vocación. El penúltimo día, una luz emerge de su interior: “¡SALVAR ALMAS!”.

Elabora un método sencillo que esboza al finalizar el retiro, pero, al menos, un método ordenado y eficaz:

Pedir humildad primero que favores; rezar el rosario con los criados; hacer a lo menos un cuarto de hora de oración; hacer todos los días el examen de conciencia sobre un defecto dominante; todos los días hacer algo por Dios: una limosna, una mortificación o una buena obra; ofrecer siempre a Dios todos los movimientos, obras, penas y alegrías; pedirle siempre el ansia viva de perfección; jamás abrir el corazón a la vanidad; humildad, siempre humildad. Comulgar todos los días; no hablar jamás mal de nadie. No descubrir los defectos del prójimo. Después practicar la virtud contraria.

“Con este crecido incendio en el corazón, el celo me devoraba y ansiaba compartir mi dicha con las enseñanzas sublimes que había aprendido”.

Después del retiro, su hermano Octaviano la invita con sus hijos a pasar unos días en la hacienda de Jesús María. Al mirar a aquella multitud que vive y trabaja en la hacienda, a Conchita se le ocurre juntar a las mujeres de la hacienda y darles los ejercicios que acababa de recibir del padre Plancarte.

Cualquiera que no hubiese sido Octaviano le habría marcado el límite: “Tú —le habrían dicho—, no estás aún preparada para eso. ¿Ya lo pensaste bien? ¿Por qué no mejor traemos a un cura?”. Pero Octaviano no sólo la adora (será, andando el tiempo, junto con sus hermanos Primitivo y Clara, uno de sus grandes apoyos en la fundación de las Obras de la Cruz), sino que confía ciegamente en ella. Así es que reúne sesenta mujeres: “Comenzamos, pues, en la Capilla de la Hacienda. Cuando concluimos, vinieron sacerdotes, las

confesaron, e hicieron una Comunión muy fervorosa”.

Conchita se siente dichosa. Por vez primera no la vemos agitada. Está tranquila.

Se le ve más alegre, más contenta. Por fin, Cristo se le ha mostrado. Está dentro y fuera, en todas partes. Basta con desearlo y Él deja sentir su presencia.

El 15 de octubre de 1889 nuevamente va en busca de los jesuitas, en particular de Laureano Veres, que está al frente de la casa de la Compañía en San Luis y del Seminario. Quiere una dirección en la disciplina jesuítica. Quiere, además, renovar sus votos de pobreza, castidad y obediencia, pero de manera más acorde con su condición de casada y madre. Laureano Veres la recibe y junto con ella precisa el contenido de cada uno de los votos. Conchita nunca pierde de vista la realidad. Por más confundida, convulsionada o arrobada que esté en su vida interior, siempre sabe dónde está parada. La reformulación de sus votos va a ser muy clara en esta dirección.

La meditación ignaciana sobre los grados de humildad ha funcionado en ella perfectamente, ha comprendido la lección: “Mi buen Dios: infinitamente agradecida a tus beneficios, quisiera hallar algo en mí con qué corresponder a tus favores. Quiero unirme más y más a ti, Jesús mío. Para esto, Señor, quiero hacerte los tres votos de castidad, pobreza y obediencia”.

Una nueva etapa para Conchita, pero más complicada: se embaraza de nuevo.

Su cuarto hijo nace el 29 de septiembre de 1890. Por fin una niña después de tres varones. Conchita no cabe de dicha.

Conchita necesita los Ejercicios. A mediados de 1891 se entera que Santiago Larracochea, conocido como el padre Larra, uno de los jesuitas, los impartirá a las hijas de María, en el mismo colegio del Sagrado Corazón. Conchita ha encontrado en esos Ejercicios Ignacianos un punto de referencia espiritual del que ya nunca se apartará. Cada año, desde entonces, no dejará de hacer, al menos, un

retiro.

La sacudida interior de los anteriores ejercicios y de su estancia en la hacienda de Jesús María vuelven a ella, pero ahora de manera más intensa:

A veces me siento llamada a una quietud, a una especie de oración que no depende de mí. En esos momentos es un sentimiento no interrumpido de la presencia de Dios, seguido de gran paz y tranquilidad. Siento que Dios penetra en mi alma y la llena enteramente. Su amor me hace sufrir gozando y gozar sufriendo. Sí, Él está en mí y yo me pierdo en Él.

Conchita intuye cómo apoyar a Jesús: “tener una misma voluntad; ayudarte con la cruz”.

Ahora Conchita sonrío más. Se le nota la alegría por donde pasa. Es feliz con todo lo que ha aprendido de los jesuitas.

Los Armida Cabrera tienen ya cuatro hijos y uno nuevo en camino. Hay que hacer, por lo tanto, ajustes. Además, los jesuitas serán reubicados. El padre Larra ya ha partido a la Ciudad de México; el padre Veres y el confesor de Conchita, en quien había encontrado uno que por fin empezaba a comprenderla, seguirán pronto el mismo destino. Deben partir para practicar su obediencia y su desapego, y dejar paso a otros.

VI. Director espiritual

Conchita está reajustando la economía familiar: apretando aquí y allá, renunciando a lo superfluo por lo esencial. También está triste por la partida de los jesuitas. ¿Quién podrá dirigirla ahora para que cumpla su cometido corredentor y llegue a las alturas divinas que tanto anhela?

Comienzan a llegar los nuevos sacerdotes y el padre Laureano Veres le presenta a Conchita, en 1893, al padre Alberto Mir, quien había llegado al Colegio-Seminario en calidad de profesor de filosofía y era considerado un estupendo director espiritual. Su verdadero nombre era Alberto Baudillo Jaime Cuscó y Mir, nombre que poco antes había cambiado por problemas que le ocasionó, a pesar de su innegable y maravilloso celo apostólico, su dominante e imperiosa actitud en sus direcciones espirituales, que lo llevaba a anteponer su propia voluntad.

Conchita admira en el padre Mir su inteligencia, su elocuencia, su capacidad de tocarle el corazón, a pesar de tener una apariencia muy tosca. Pero a ella nunca le importó la apariencia física.

El padre Mir conoce sus propios defectos y, tal parece, por ello prefiere guardar distancia con Conchita:

Por aquellos días llegó el P. Mir a San Luis, y el P. Veres —que se volvió a México— me lo presentó y me dijo que me convenía confesarme con él. El P. Espinosa también se venía, así es que, ávida de un director para mi alma, me fui a arrimar con él, y sólo le hacía caso a mi hermana Clara y a mí nada. Lloraba yo con mi Jesús y pensaba que no era digna de encontrar un director, quemándoseme los deseos de perfección, de encontrar la puerta, la vía, el camino por donde llegar a mi Jesús.

¿Esperaba alejarla o probarla? Me parece que ni él mismo lo sabía. Mir no es ningún improvisado. Si ha atisbado algo en aquella mujer

que se ha acercado a su confesionario, quiere asegurarse de su consistencia interior y digerir las experiencias pasadas. Si persevera, tal vez la acogerá. Pero por el momento su actitud es dura, exigente, distante.

Conchita lo soportará. Está dispuesta a aceptar todo, a padecer cualquier cosa con tal de ir hasta la intimidad más profunda con Jesús. Será una prueba larga y difícil, una verdadera mortificación. Además, Carlitos, su segundo hijo que en ese entonces tiene 6 años, se ha enfermado de tifoidea. Conchita no dejó de cuidarlo ni de rezar: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo". Carlitos muere y Conchita tiene que pedir prestado para el entierro.

Después, en casa de su madre nace su quinto hijo, Ignacio: "Se lo ofrecí a San Ignacio de Loyola que le escogí por patrono; este niño vino a consolar un tanto mi corazón desgarrado de dolor. Lo criamos entre una burra y yo, al principio, y después yo sola, todo el tiempo que fue necesario".

El padre Mir continúa manteniendo distancia con Conchita en lo referente a la dirección espiritual.

Pancho, que quiere distraerla, la muda de casa, ahora a una que está frente a la de sus padres.

Vuelve a buscar al padre Mir: "haciéndome el ánimo de ser rechazada", se dirigió a la iglesia de la Compañía. Entró en ella y se dirigió al confesionario. El padre Mir se encontraba leyendo. Conchita se arrodilló, pero no bien descubrió a la señora Armida, trató de rechazarla de nuevo: "Me dijo que estaba ocupado. A pesar de esto le supliqué que me escuchara y le hice una como confesión general". Esta vez acoge a Conchita y ella le abre su espíritu, le dice que ha ideado una forma de entrega a Jesús para ser digna de él, la cual necesita que le apruebe: lo que había visto en las haciendas, herrar al ganado con un hierro candente que contenía el escudo o el nombre de la familia, para saber a quien pertenecía: "quería que me diera permiso para marcarme el pecho con un monograma que dijera Jesús, para que Él me reconociera como suya".

Al padre Mir, maestro de la ascética y de las penitencias, la petición de Conchita no lo sorprende, pero ha aprendido a ser más prudente. Acepta ser su director, pero respecto a su petición, le dice que lo va a pensar.

Conchita está feliz, por fin alguien la ha tomado en serio ofreciéndole dirigirla y hacerla “avanzar enseñándome el camino que yo buscaba”.

El padre Mir y Conchita se dan a la tarea. Conchita le escribe todo lo que ha sucedido hasta ese momento y le entrega algunos de los escritos que no había quemado; le cuenta también sus miserias, sus faltas, las gracias que Dios le ha concedido y sus dudas. El padre Mir sopesa todo y comienza a alentar, a pulir, a enderezar, para ir comprendiendo a aquella alma.

El 8 de septiembre de 1884, en una de las cartas de dirección espiritual del padre Mir a Conchita, le dice: “Ésta es la regla que da San Ignacio. Ánimo, Concha, ánimo. Ayer estuve leyendo casi todo el día tus libros y pensé y volví a pensar y no encuentro nada que no sea de Dios. Te lo digo para que te afiances. Yo te hablo con sencillez y sinceridad que siento”. Lo segundo que hace es quitarle la idea de que su condición de casada la imposibilita para vivir una vida de religiosa. En la carta citada, en donde ya empieza a imponerle reglas, contesta con su estilo perentorio, seco y tosco a las preguntas que Conchita le hace por escrito:

Concha h. m. r. Reglas: ¡Todo mi camino está dentro de las complacencias! 1^a. Todo tu camino espiritual está dentro de las complacencias y bien entendido no hay otro más alto, aunque tiene muchos grados. ¿Esta unión es la vida religiosa? 2^a. La vida religiosa propiamente consiste en una vida atada y reatada con Dios por los votos. Ahora, el que más se ata por amor y más unido está es más religioso y cuando la unión con Dios es extraordinaria, la vida religiosa también es extraordinaria. 3^a. Nunca más vuelvas a dudar que eres religiosa. Te hago observar esto, porque en las desolaciones lo tiras todo al revés.

Después le da unas reglas: entre ellas escribir todos los días su Cuenta de Conciencia.

En las primeras cartas de dirección, impresiona la manera en que el padre Mir responde con profundo conocimiento teológico e infinita paciencia a las preguntas que Conchita le hace de su experiencia mística.

Conchita sufre desmayos. El padre Mir la instruye: “El desmayo se puede atribuir al sufrimiento material o a la llegada de amor, el cual produce desmayos y a veces muy fuertes”; sobre el discernimiento ignaciano de descubrir si las cosas que experimenta son de Dios a través de la experiencia de la paz interior; sobre sus desfallecimientos, que el padre Mir define como *Languor amantis*: la languidez del amante. “No pongas resistencia a estos levantamientos o sumergimientos del alma, sean a la hora que sean, aunque pide a Dios que sean ocultos”; sobre sus experiencias; sobre sus arrebatos de humillación: “Estos arrebatos de humillación son toques reales internos de esa virtud del fondo del alma. Dios te quiere regalar la humildad hasta el último grado, en cuanto es posible a la criatura. Tú ni entiendes ni sabes lo que Dios hace contigo, en varias cosas”; le atempera sus ansias penitenciales: “Haz la penitencia del mecate; pero nada de tijeras, ni cosas que tengan filo. Hazla con prudencia, los días 12, si puedes; si no, otro día que más devoción te dé cada mes”; le enseña el “tanto cuanto” ignaciano; la somete nuevamente a ejercicios espirituales; la ayuda a discernir los pecados veniales de las simples imperfecciones, a distinguir lo que es producto de su imaginación de lo que es sustancia divina, y le hace un reglamento de vida cuya medida, en relación con los métodos de oración que a lo largo del tiempo Conchita había ido adoptado, es verdaderamente genial para integrar su vida familiar con su vida espiritual:

6 Levantarse, aseo, oraciones vocales. 6 ½ Oración, Misa, Comunión. 8 Vuelta a la casa, desayuno, ocupaciones domésticas. 9 Costura para los pobres. 10 Lectura espiritual, oración cuando se pueda. 10 ½ Costura. 11 ¾ Examen Particular (hacer siempre lo más perfecto). 12 Arreglar comedor, etc., etc. 12 ½ Comida. 1 ½ Descanso. 2 ½ Rosario con los criados. Rezar al dulce nombre de María. 3 Hora de Guardia: Costura. Si se puede, Oración. Mucho recogimiento. 5 ½ Merienda. Tiempo libre. 6 ½ Visita al Santísimo. 7 A casa. Lectura Espiritual. 7 ½ Acostar a los niños. Tiempo libre. 8 ½ Cena. 9 Preparar puntos. Oraciones. Examen General. 10 Acostarse. 2 Conversación u

Oración. Todos los primeros viernes de mes hacer días de retiro de la manera en que sea posible, examinando minuciosamente estos propósitos (Con suavidad, sin molestarse o inquietarse, procure hacer oración tanto cuanto pueda, o mejor todo el día y todo lo que pueda de noche. El agradar a Jesús, el complacerle, que sea el móvil de todos sus movimientos, latidos, palpitaciones, etc.).

Para Conchita, las criaturas no dan la saciedad infinita que parecerían brindar, y las cosas, en comparación del gozo de la contemplación, nunca podrán ofrecer el gozo que ésta otorga. Sólo en Él halla su reposo, la cautiva, la conforta y la sacia y embriaga con indecibles delicias. Allí encuentra el alma por ratos, que siempre parecen cortos por mucho que duren, su pleno descanso. Efectos de este reposo espiritual y místico son la paz, la alegría y la facilidad para todo lo bueno.

Todo lo que ha vivido Conchita va adquiriendo sentido, bajo la sabia dirección del padre Mir, a la que se somete dócilmente. Los deberes, sufrimientos y reglas los desea y los acepta, fortaleciendo la vigencia de la Cruz. Cristo, por su sufrimiento ha rescatado a la humanidad. Sufriendo con Él, en la fe y por amor, el cristiano toma parte en la acción redentora, cooperando ocultamente en ella. Y esta convicción de fe inclina a amar el sufrimiento y a buscarlo, en el mismo espíritu de Cristo, por amor al Padre ofendido por el pecado de los hombres y por amor a los hombres, que al pecar se excluyen a sí mismos del Reino del Amor.

De la misma manera que en Cristo, este amor al Padre y a los hombres tendía a expresarse por medio del sufrimiento y se ha concretado finalmente en el acto de morir, así también en Conchita, se convierte en un compromiso que la inclina a querer sufrir y morir por Cristo.

Durante el tiempo de sus primeros años de casada, Conchita, al no ser entendida en su austeridad por las señoras de la sociedad con quienes tenía que convivir, pensaba que ella tendría que meditar sola los dolores de Cristo. Había ausencia, en esos inicios, de una auténtica y clara espiritualidad laical. ¡Cuánto hubieran ayudado a Conchita las directrices del Concilio Vaticano II sobre la vida laical!

Muchos de sus escritos anteriores a los de su Cuenta de Conciencia, Conchita los quemó después de unos Ejercicios Espirituales, en los que se dijo que era bueno desprenderse de cosas, aún espirituales:

Por entonces concurrí a unos Ejercicios Espirituales y oí que dijo el padre que todos los papeles a los cuales estuviera uno apegado, fuera a su casa y los rompiera. Yo había escrito muchas cosas del Señor, de mi alma, de efectos espirituales, etc., etc.; y luego los junté y les prendí fuego, en honor de mi Jesús.

Un día en el que me preparaba con toda mi alma a lo que el Señor quisiera de mí, escuché claro en el fondo de mi alma, sin poder dudarle, estas palabras que me asombraron: Tu misión es la de salvar almas.

Conchita se levanta a la oración en la noche, porque “el Señor la llamaba fuertemente y con insistencia”. “Una noche me llamó el Señor a la Oración, levantándome el alma a unas alturas de la Divinidad”. “Enferma, agotada, pero con la gracia, sonriendo al dolor... anhelando con vehemencia la salvación de las almas”.

El esposo y los hijos de Conchita no se daban cuenta de su inmenso trabajo espiritual.

Las Religiosas de la Cruz del Sagrado Corazón, fundadas en México, bajo la inspiración de Concepción Cabrera, el 3 de mayo de 1897, darán una importancia vital a la adoración nocturna ante el Santísimo Sacramento, no sólo con el hecho de levantarse por las noches a la adoración, sino sobre todo con el espíritu que animó a su Fundadora, Concepción Cabrera, durante esas noches que ella comenzó a llamar “las noches de Jesús”.

La Congregación de los Misioneros del Espíritu Santo, cuya fundación en México, en 1914, también fue inspirada por ella, marca en sus Constituciones: “Como una práctica muy conforme con nuestro espíritu y misión, es recomendable dedicar un tiempo, a la adoración nocturna, aun a costa de especial esfuerzo”.

Comienza a perfilarse ya algo muy marcado en su fisonomía espiritual: “expiar”, “cargar en su unión los pecados”. “El cristiano ferviente sufre a causa de los pecados que se cometen en el mundo”.

El rasgo fundamental de su personalidad consiste en ser una mística que ama a Dios sobre todas las cosas y que anhela la salvación de todos los hombres, porque sabe de manera viva lo que significa que una sola alma se pierda.

No pretendió reconocimiento alguno, sino buscó el ocultamiento. Su aspiración fue siempre la inmolación callada en unión de Cristo Crucificado, ella misma le pide al Señor que se comunique y se dé a otros, que les dé dulzuras y a ella la deje en un rincón.

En los libros que publicó evitó que apareciera su nombre o pseudónimo alguno. Quiso que su director espiritual quemara todos sus papeles después de leerlos; varias veces se los pidió para destruirlos, pero tuvo que conservarlos por obediencia.

Cada vez que su espíritu fue examinado por orden de los superiores eclesiásticos se sometió también por obediencia, pero experimentando un gran dolor por tener que descubrir los secretos de su alma y las gracias de Dios: "¡Qué vergüenza, que otros sepan de mí!".

También el Señor le dice que se olvide de sí misma y sólo compre gracias para los demás; que fuera el cimiento oculto y sobre espinas, aún en aquello que más amaba.

Sin pretensiones literarias y a pesar de su deficiente formación escolar, se expresaba con facilidad. Siente que el Señor le dice: "La facilidad de escribir cosas espirituales te viene del afocamiento que has tenido con Dios".

Escribió cuarenta y seis obras editadas. El conjunto de estas obras suma ocho mil ochocientos ochenta páginas, y sólo constituye la octava parte de su obra total.

Llama la atención la naturalidad y sencillez con que pasa de asuntos completamente ordinarios y triviales a los consejos espirituales y normas de conducta de un exquisito sentido común y de una gran sabiduría humana y cristiana.

Su Cuenta de Conciencia comienza a ser escrita bajo la dirección

espiritual del padre Mir en octubre de 1893, y termina en diciembre de 1936, dos meses antes de su muerte; consta de 66 tomos:

“Por obediencia, voy a escribir aquí lo que de mi vida recuerdo, para gloria de mi Dios y confusión mía que tan mal he correspondido sus innumerables favores”.

Los deberes, sufrimientos y reglas que ella acepta con gusto, así como los que ella misma se ha impuesto, fortalecen su alma y su cuerpo para proseguir su lucha por unirse cada vez más a Dios y procurar la salvación de los hombres.

A finales de 1893, cuando el padre Mir siente que Conchita ha apretado clavijas, inicia el proceso de los votos. A los de pobreza, castidad y obediencia añade uno nuevo: el de hacer siempre lo más perfecto. Al principio, dada la dimensión de la exigencia, Conchita se asusta.

Conchita es capaz de grandes sacrificios y entrega, sin embargo, se resiste ante una empresa que siente que la sobrepasa. Tiene una clara conciencia de sus defectos. Le parece imposible llevar a cabo el nuevo voto que le ha impuesto el padre Mir: “hacer siempre lo más perfecto”:

“Yo me creía regular, cuántos y cuántos pecados he tenido que arrancar. Antes no me hacía fuerza cometerlos, y a veces muy seguido”.

Los nuevos propósitos de Conchita del año de 1894 son como sigue:

1. Hacer siempre lo más perfecto de la manera que a mi director le parezca.
2. Humillarme siempre hasta alcanzar y poseer esta hermosa virtud, procurando por cuantos medios pueda, sin ofender lo más mínimo a Dios, ser despreciada, olvidada, aborrecida, escondida del mundo y conocida sólo de Dios (escondida en Cristo).
3. Siempre y en todas partes haré constantes actos de amor y a cada paso pronunciaré el nombre dulcísimo de Jesús.
4. Marcaré el pecho con este sello precioso cuando me lo permitan. ¡Cuánto lo deseo!
5. Procuraré arrancar de mi corazón (“En cuanto pueda”, con letra del padre Mir) toda inclinación (gusto) de amor propio; y de mi cuerpo todo lo que no sea indispensable para la conservación.
6. Seré muy fiel en la devoción a María y

en su amor, como su esclava que me glorío de ser, y no querré ninguna gracia si antes no pasa por sus benditas manos. 7. Estrecharé, en cuanto me sea posible, los 3 votos de pobreza afectiva y efectiva, castidad y obediencia ('Y el voto de hacer siempre lo más perfecto', con letra del padre Mir). 8. Viviré sacrificada, abnegada, siempre dulce, cumpliendo los deberes de mi estado para con mi esposo, hijos y criados.

Primero mil muertes, Señor, que un solo pecado venial ("De las faltas semideliberadas sacaré humildad", con letra del padre Mir). Tú todo mío, yo toda tuya. Sí, mi Bien Amado: Tú, crucificado; yo, crucificada ("En holocausto", con letra del padre Mir). Todo a tu mayor honra y gloria, todo tan sólo porque te amo, por complacerte nada más mi Jesús. Aunque no hubiera cielo, yo te amaría.

Conchita está preparada para sellar su entrega total a Jesús, grabándose en el pecho, con un hierro candente, el monograma con una pequeña cruz seguida de las iniciales JHS. A principios de 1894 va a ver al padre Mir y le pide su autorización, la cual obtiene. Entre los dos deciden el ritual y el día adecuado.

Un nuevo baile se prepara, por esos días de enero, en La Lonja. Conchita anda buscando algún pretexto para no ir.

Jesús le pide a Conchita que vaya al baile y también que aprenda a santificarse ahí, como en cualquier otro lugar. Ella contesta:

—Pero, Jesús, yo no quiero esto, ¿por qué me lo pides?, ¿no ves que voy a estar en medio de tus enemigos?

—Precisamente ahí necesito quien me ame.

—¡Ay, Jesús! Tú ves lo que me molesta el ruido, la gente, el bullicio, el mundo...

—No busques a ti: ¿no me ofreciste que harías lo que Yo quisiera por repugnante que fuera a tu naturaleza?

—¡Oh, que mi Jesús! Sí, pero me tengo miedo, se me irá esta imaginación, veré cosas que no quisiera ver, las ofensas a ti me traspasarán, no podré hacer mi oración.

—Sí la harás y constante, ya te lo dije; no te turbes al ver las miserias ajenas; cógelas y con las tuyas y con todo lo que veas, oigas y entiendas arrójalas dentro de mi corazón traspasado.

—¡Ay, mi vida!, iré, pero no quisiera llevarte; se te va a ofender mucho:

¿cómo hago?, ¿por otra parte cómo, ¡ay!, separarme de Ti?

—No te separarás jamás, adonde tú vayas iré. Yo soy tu claustro y morirás encarnada dentro de Él.

—Esto precisamente me causa pena, llevarte o que no vayas conmigo a ser el blanco de las ingratitudes.

Cúbreme tú, envuélveme en una nube de amor. Además tu cuerpo es la doble pared de tu claustro. Tu alma está encerrada dentro de tu Jesús, y este Jesús dentro de tu cuerpo muerto para los demás, y muerto para ti misma, pero en el sentido de no darle gusto ni seguir sus caprichos, de no buscar sus comodidades y de contrariarlo, muy vivo que lo sientes, ¿no es verdad? Cúbreme, hija, con esa corteza, mortifica constantemente sus sentidos, los quiero ver constantemente muertos y también sepultados en mí.

Su sonrisa no se ha borrado a pesar de la ascesis y de los sacrificios a los que está sometida. Es claro: ha llegado el tiempo de que haga esa entrega total. No le preguntará, el padre Mir, se lo ordenará. Para eso es su director.

Dios, al dirigirse a ella, le dice Concha. Y es que, por esa época, casi todos los que la conocían, empezando por sus más allegados, ya le nombraban Concha. Incluso ella misma le pedirá a sus hijos religiosos que la llamen Concha.

Su misión, que se prefiguraba ya desde su infancia, encontrará su vía: Concha está destinada para salvar mediante la Cruz.

El padre Mir comunica a Concha en dos líneas: “Tú salvarás a muchas almas por medio del Apostolado de la Cruz”.

Concha y el padre Mir han descubierto el sentido de la vocación misionera de esta cónyuge y madre de familia.

Conforme va aclarando el sentido del llamado de Concha, el padre Mir, a mediados de febrero, después de analizar el espíritu de su dirigida, le hace pronunciar, inusitada e insólitamente, otro voto:

[...] de no cambiar de director mientras viva; de observar fielmente, en cuanto pueda, sus consejos de palabra o por escrito, de no ocultarle nada de lo que pasa en mi alma y de obedecerlo, por más que alguna vez me cueste el mayor sacrificio. Hago también voto de comunicarle, aunque me cueste, todo lo que sienta, y sepa yo por mi misma razón o bien porque Dios me lo inspire, sobre

el bien de su alma.

Al padre Mir se le nota impaciente, cruel, nervioso, celoso. Si ha comprendido bien el llamado de Concha a la Cruz, ha olvidado la relación trinitaria.

El propio padre Mir reúne a más de diez personas para que unas se consagren al Apostolado de la Cruz y otras recen por La Obra. Además se traslada a la hacienda de Jesús María para continuar su prédica y erigir la Cruz. Ha nacido el Apostolado de la Cruz. Concha se graba junto al monograma otras dos cruces.

Ni siquiera se le ha dado parte al Obispo. El padre Mir procurará informarle a sus superiores cuando lo crea oportuno. Mientras, escribe, asesorado por Concha, Apostolado de la Cruz, obra que consta de diez capítulos en los que se explica la razón de ser del Apostolado, su sentido, su práctica y sus estatutos.

El padre José Alzola, muy probablemente a causa de un conflicto que se había suscitado entre la Orden y el Obispo, llega a San Luis Potosí. El padre Mir toma confianza. El padre Alzola siempre lo ha ayudado, lo ha protegido en sus peores momentos. No sólo le habla del Apostolado y le entrega el escrito, sino también le presenta a Concha. El bueno del padre Alzola los escucha, se entusiasma, los apoya. Sondea tanto la espiritualidad de La Obra, como el espíritu de Concha que la ha impulsado.

Al padre Alzola le complacen el Apostolado de la Cruz y esa señora que al mismo tiempo que se ha ofrendado a la cruz sonrío como si estuviera habitada por el mismo cielo.

A partir de ese momento, el padre Alzola quedó convencido de que el Apostolado de la Cruz no era “obra excogitada y racionada por el P. Mir, sino venida por revelación hecha a la Señora Cabrera”.

Decididamente el provincial jesuita es partidario del Apostolado, de Concha, del padre Mir y de que La Obra se extienda. Los anima y los apoya. Como lo manda el Instituto de la Compañía de Jesús, enviará a examinar el libro del Apostolado de la Cruz al padre Andrés García Rivas, al padre Santiago Larracochea y al padre José Soler, estos dos

últimos conocidos de Concha, y escribirá a Roma, al asistente del Padre General, padre Juan José de la Torre, para que la Compañía, como lo desean el padre Mir y Concha, acoja oficialmente el Apostolado de la Cruz.

El descontento y presiones del Obispo Montes de Oca concluyeron con la salida de San Luis por parte de los jesuitas, dejando a Concha desconsolada, incapaz de realizar sola su misión, y al padre Mir, marginado.

El padre asistente, don Juan José de la Torre, se opone a la creación del Apostolado de la Cruz: “no ha estado bien dar culto a la nueva imagen de la cruz, sin que el Señor Obispo la viese antes, la probase y permitiese la colocación en público y el culto. Así lo manda el Concilio de Trento en la Sesión XXV”.

Mientras tanto, Concha no sabe qué hacer. En esos tiempos se da poco impulso a la instrucción elemental, la cual se limita a enseñar a leer, escribir y nociones de aritmética. A la mujer se le asignan las tareas de esposa y de madre como funciones exclusivas. Se le predica y exige sumisión, abnegación, desinterés por el mundo de la política, de las cuestiones sociales profundas, dedicación primordial al ámbito doméstico. Se le prescriben actividades adecuadas a su posición social, edad, sexo y estado, como la oración, la costura, el bordado; y si se aparta de ellas es duramente criticada. La instrucción sobre la vida sexual de los esposos es prácticamente nula.

En una de sus cartas dice: “He luchado siempre entre el deber y mis inclinaciones gigantescas, adorando siempre la voluntad de Dios, aunque rompiéndose el dique de mis sentimientos más santos y más puros, en un torrente de lágrimas”. Pero, en otra parte, dice: “puedo llamarme feliz, los afectos de familia son grandes, muy grandes, pero no bastantes para llenar mis aspiraciones del alma”.

Conchita se internó en el camino de la penitencia desde muy niña. Esa inclinación marcada a la penitencia está de acuerdo y conforme con las leyes del desarrollo espiritual y con las exigencias puras de la gracia de Dios, aun cuando tomó formas inusuales y sorprendentes.

Ella fue una autodidacta cuyos conocimientos superiores provenían de una lectura escasa y estrecha y de la oración. Sus vivencias en el campo y sus meditaciones fueron una inmensa fuente de inspiración. Las meditaciones sobre todo. O sea, más que lo humano, fue lo espiritual el principal bagaje de su actividad como escritora.

La vida de un laico que es místico se moverá constantemente y en grado agudísimo dentro de la discordancia. Lo veremos constantemente en la vida de Concepción Cabrera y será precisamente una oración contemplativa de grado muy alto la que le permitirá vivir la solución de esa incompatibilidad.

El padre Mir, después de regresar de la hacienda del Bozo, propiedad de los Cabrera Arias, en donde al igual que lo hizo en Jesús María predicó misiones y erigió una cruz, ahora se despide de Concha: “El 21 de agosto se fue el P. Mir de San Luis, quedándome sola con aquel mundo de cosas encima, dentro de aquel camino espiritual y sin director. Mucho sufrí, pero Dios me ayudó a llevar con resignación la soledad, y el P. Alzola me permitió seguir la dirección del P. Mir, en lo posible, por carta”.

El padre Mir fue enviado a Puebla por su superior para alejarlo de Concha y de las Obras de la Cruz. Ahí también llegó el Obispo de Chilapa, Guerrero, Ramón Ibarra, en busca de un maestro de imprenta para abrir un taller en su diócesis. Entraron en contacto y el padre Mir, que está verdaderamente poseído del espíritu del Apostolado de la Cruz, le habla de él, de las revelaciones de Concha, del Oasis y le da a leer El Apostolado de la Cruz. El Obispo Ibarra se maravilla y le pide al padre Mir que sea su director espiritual, y además se compromete a trabajar por el Apostolado y el Oasis, lo cual lo hace con gran fervor y logra que se vaya extendiendo de manera asombrosa.

Los padres Mir e Ibarra realizan los preparativos para la erección canónica del Apostolado de la Cruz. Mientras tanto Concha da a luz a su sexto hijo. Le pusieron Pablo: “para que San Pablo le diera su amor a La Cruz”.

Las Religiosas de la Cruz del Sagrado Corazón, fundadas en México, bajo la inspiración de Concepción Cabrera, el 3 de mayo de 1897, darán una importancia vital a la adoración nocturna ante el Santísimo Sacramento, no sólo con el hecho de levantarse por las noches a la adoración, sino sobre todo con el espíritu que animó a Concha, durante esas noches que ella llamó “las noches de Jesús”. La Congregación de los Misioneros del Espíritu Santo, cuya fundación en México en 1914, también fue inspirada por ella, marca en sus Constituciones: “Como una práctica muy conforme con nuestro espíritu y misión, es recomendable dedicar un tiempo, a la adoración nocturna, aun a costa de especial esfuerzo”.

Su director espiritual, el padre Mir, ya le había dicho a Concha: “Infiltrese la Cruz en ti y llénate de Cruz en todos los poros de tu cuerpo y de tu alma. También la impulsó, entre otras cosas, a hacerse los siguientes propósitos, para abrazar y amar la Cruz:

Propósitos:

No volver a probar azúcar, ni dulce, ni fruta, sólo cuando sea más perfecto, o note que puedan observarlo. Llenar esto con el dulce de Jesús.

No tomar salsas ni cosas que adornen la comida ordinaria; ésta suficiente, pero sin tomarle gusto, y sólo 3 cosas.

Escoger siempre lo peor, y lo que otros desechen.

Sólo 2 vestidos para salir y 2 para la casa. Sólo 3 mudas de ropa y ésta vieja, corriente y remendada: la necesaria para el aseo. El vestido de jerga, siendo siempre 3 éstos, para cambiarlos, y el de ixtle los viernes.

Dormir en el suelo siempre que pueda, prudentemente.

Nunca indicar lo que me hace falta, sólo cuando sean necesarios los botines, y éstos pedidos de favor.

Ni un alfiler, ni una horquilla, ni una cinta, todo esto cuando sea indispensable, pedido de caridad, sonriendo y disimulando.

No usar ningún adorno, sólo por obediencia.

No tener abrigo, para sentir el frío.

En la cama, la ropa indispensable.

Jamás usar aromas.

Nunca andar en coche por gusto.

Usar de la casa y muebles como cosas prestadas, sin apego, y sin propiedad.
Nada: ni una estampa, ni un libro, ni una nada que lleve el título de mío.

Jamás tocar un centavo para mi uso o para mi gasto propio.

¿Y para las limosnas que me arrastran? Cogeré prudentemente de los gastos, lo que no haga falta para ellos.

Sólo por enfermedad usar el banco para la Iglesia.

Propósitos 1894

1. Hacer siempre lo más perfecto de la manera que a mi Director le parezca.
2. Humillarme siempre, hasta alcanzar y poseer esta hermosa virtud, procurando por cuantos medios pueda, sin ofender en lo más mínimo a Dios, ser despreciada, olvidada, aborrecida, escondida en Cristo.
3. Siempre y en todas partes haré constantes actos de amor, y a cada paso pronunciaré el nombre dulcísimo de Jesús.
4. Marcaré el pecho con aquel sello precioso cuando me lo permitan, ¡cuánto lo deseo!
5. Procuraré arrancar de mi corazón toda inclinación sensible de amor propio; y de mi cuerpo todo lo que no sea indispensable a la conservación.
6. Seré muy fiel en la devoción a María y en su amor, como su esclava que me glorío de ser, y no querré ninguna gracia si antes no pasa por sus benditas manos.
7. Estrecharé, en cuanto me sea posible, los 3 votos de Pobreza afectiva y efectiva, Castidad y Obediencia.
8. Viviré sacrificada, abnegada, siempre dulce, cumpliendo los deberes de mi estado para con mi esposo, hijos y criados.

¡Oh, mi Dios! Bien veo que esto que me propongo es demasiado para mi miseria; pero ¿verdad que ya no vivo yo, sino Jesús en mí?

El padre Mir, por lo pronto, continuará apoyándola en sus sufrimientos, dándole noticias sobre el Apostolado de la Cruz y ponderando los elementos que entrarían en las constituciones del Oasis.

Da ejercicios a 60 sacerdotes, conversa con el padre Ibarra sobre la manera de extender el Apostolado y de fundar el Oasis y organiza con

él la erección canónica del Apostolado.

Durante el Primer Sínodo Diocesano de Chilapa, celebrado en 1893, el padre Ibarra había propuesto la fundación de unos misioneros diocesanos que deberían llamarse del Sagrado Corazón y de la Santísima Virgen de Guadalupe, y el 16 de enero de 1895, el padre Ibarra funda un Colegio Apostólico, como principio del Instituto.

El padre Mir, en una carta, pide luces a Concha:

Ya te escribí acerca de los "Misioneros de la Cruz y de Guadalupe". ¿Es la voluntad de Dios que se hagan? ¿Qué fin principal debe tener? A mí me parece que eliminando lo que ha fundado el Señor Ibarra y levantando uno más sólido en su fundamento, se daría gloria a Dios y a la Virgen más de lo que ahora, como está, solo se le dará. Porque temo que después se caiga. En fin pregunta al Señor ¿cuál es su voluntad? Pues deseamos tanto él como yo hacerla. Y ¿si la voluntad del Señor fuese una sola o las Constituciones deberían ser semejantes a las del Oasis, y por lo mismo con el espíritu de San Ignacio? Deseo tener luz, hija mía. Ya veo la necesidad de quien ayude a plantar cruces y me ayude, porque yo apenas puedo con tanto negocio y aunque trabajara todo el día... apenas me alcanza. Por lo mismo creo que hay que pensar en esto de los "Misioneros de la Cruz y de la Virgen de Guadalupe". Hemos hablado largamente con el Ilustrísimo Señor Ibarra acerca de esto, y vemos una apremiante necesidad para salvar las almas y dar un descanso a Jesús...

Concha responde:

Que el I. Señor Ibarra dedique toda su vida a dar gloria a Dios por medio de la Cruz, que es la mayor gloria que puede darle.

Que sí son del agrado del Señor los Misioneros Guadalupanos.

Que los Religiosos del Oasis darán consuelo al S. Corazón de Jesús, y que serán hermanos los dos Oasis. O más bien los brazos de un mismo cuerpo ayudándose mutuamente uno en la vida casi contemplativa, arrancando por medio del sacrificio oculto gracias al cielo, y otro en la vida activa y contemplativa, distribuyéndolas a las almas...

El padre Ibarra y el padre Mir trabajaron arduamente y el 2 de mayo inició la erección canónica del Apostolado de la Cruz.

VII. Obras inspiradas por Concha

Las Obras de la Cruz caminan. Concha, con el nuevo hijo, el séptimo, que le ha nacido, Salvador, sigue pendiente del proceso. El padre Mir, que el 13 de septiembre de 1896 inicia sus tareas en el Colegio de San Joaquín, aprieta el paso para fundar en cuanto pueda el Oasis.

El padre Mir le hace saber a Concha que la elegida para dirigir el Oasis es Ana Valdés. Concha aún no la ha visto. A la única que conoce es a Paula Morales, vocación conquistada por ella. “¿Cómo se entiende esto, mi Jesús? Tú me dijiste que yo sería la madre de las Religiosas del Oasis. ¿Cómo es que aparece otra haciéndole Tú promesas para su posteridad, sobre la misma cosa? Conozco, Señor, que yo no he correspondido a tus gracias. ¿Acaso por esto has cambiado justamente? ¿Por qué estas contradicciones? ¿Acaso por mis infidelidades?”.

La respuesta no se hace esperar:

Yo no cambio. Tú serás madre de las que sean madres o Superiores; tú serás el cimiento de esta torre espiritual [...] Quiero que pidas tú ser admitida en la Religión del Oasis, pues aun cuando para Mí eres cimiento, y hace tiempo que te cuento como tal, quiero esta fórmula exterior. Me gozo en verte humillada. Pide, pues, un hábito y un velo, y te lo pondrás el día de mi Dulce Nombre. Pide, sin darte a conocer, por medio de tu director, esta gracia a la que va a ser superiora.

El Oasis queda inaugurado y el padre Mir comienza a trabajar con más ahínco en la formación de los Misioneros Guadalupanos y en la de las Religiosas del Oasis.

Concha, que ya se mudó con su familia, a la Ciudad de México, escribe a su hermano Octaviano para que apoye al Oasis alquilando una casa.

Octaviano, persona bondadosa cuya existencia está y estará

íntimamente ligada a las obras de su hermana, se desplaza de San Luis a México. Está dispuesto a hacer todo lo que sea necesario para que aquella obra que nació en San Luis, en su hacienda de Jesús María, llegue a su culminación.

Habla con el padre Mir y Ana Valdés y junto con esta última se lanza por las calles en busca de la casa deseada. La encuentran en la calle de Cuatro Árboles número 24, en Popotla. El 29 de abril de 1897, las primeras hijas espirituales de Concha se mudan a la casa.

El Obispo Ibarra tiene deseos de organizar una peregrinación a Roma para pedirle a León XIII que eleve el Apostolado de la Cruz al rango de Archicofradía.

La peregrinación parte el 24 de enero de 1898. Concha y el padre Mir se quedan. Cada uno de ellos tiene sus oficios. Es un éxito. Dios vuelve a bendecir La Obra y se le eleva al rango de Archicofradía.

Concha, el 11 de febrero, da a luz a su octavo hijo: una niña. Le pone por nombre Guadalupe. "Yo le había pedido al Señor que fuera morenita, ¡iqué antojos! Y me lo concedió".

El padre Mir poco a poco fue cambiando hasta el grado de hacer emerger en él a un hombre cada vez más oscuro y difícil. Se iba convirtiendo lentamente en un hombre oculto, dictatorial, casi intolerante, incapaz de aceptar disentimientos o críticas. Pero continúa con tesón su tarea. Sin embargo, su tesón es protagónico y, en consecuencia, como ya vimos, tratará de aumentar su influencia y de disminuir la de Concha en las Obras de la Cruz. Lo anterior lo intentará a partir de su encuentro con Julia Navarrete y Guerrero, de 17 años de edad, carismática, inteligente, piadosa y con vocación religiosa. Ella entró a la Comunidad de la Cruz el día 5 de octubre de 1898.

Concha, por su parte, cada vez se siente más alejada del padre Mir, tanto por las distancias que los separan, como por la dificultad de tener una comunicación efectiva únicamente por medio de cartas. Mientras tanto, el padre Mir que había nombrado a Ana Cabrera, prima de Concha, como superiora del Oasis, ha estado preparando a

la jovencita Julia Navarrete y a una nueva novicia, no menos carismática: Virginia Rincón Gallardo, para que sean sus principales e incondicionales aliadas.

A esta última, el padre Mir la había ganado para el Oasis en el confesionario. Además de su hermosura y de ser hija de una de las más prominentes familias de México, Virginia poseía un corazón generoso y una capacidad de humildad que se reflejaba en su entrega a los trabajos más duros de la comunidad y en el trabajoso despojamiento que hizo de sus riquezas.

Al padre Mir estas jovencitas le encantan. Tienen madera espiritual, temple y juventud. Son dos candidatas idóneas para ocupar los puestos directivos y ser dóciles a sus directrices.

Ellos tres continúan su marcha inexorable, mientras Concha trabaja esmeradamente en la distinción, precisión y clasificación de Las Virtudes y Los Vicios.

El Padre Martín, Superior General de los jesuitas, que ha hablado largamente con el padre Alzola, no quiere saber nada de las Obras de la Cruz.

El padre Alzola, después de su encuentro con el padre Martín, ha descubierto que en el fondo lo que no le agrada al general jesuita es el carácter de las revelaciones de la señora Cabrera, pero ha encontrado la solución: que se examine el espíritu de Concha. Puesta a la luz por teólogos expertos la condición divina de su espíritu, el padre Martín no tendrá más que condescender. Y con el permiso del padre Mir se decide que los examinadores sean el padre José Soler y el padre Salustiano Carrera, por parte de los jesuitas; el padre Idelfonso del Moral, visitador de los padres paulinos, y el padre Melé, provincial de los claretianos.

Los examinadores son teólogos profundos, expertos en dirección espiritual y fieles servidores de la Iglesia, especialmente el jesuita Salustiano Carrera, recién enviado por el padre Martín a México.

Concha se llevó un susto espantoso. Desde hace años lleva consigo

el secreto de su vida interior, que sólo ha compartido con unos cuantos curas. Ahora quieren exponerla a la mirada y al juicio de unos señores cuyos estudios y conocimiento de las cosas de Dios son inmensos.

Después de dos meses de intenso interrogatorio, a los expertos nos les queda la menor duda: el espíritu de la señora es de Dios.

El padre Martín, lejos de pensar bien de Concha, removi6 como provincial al padre Carrera y le dio el puesto al padre Tomás Ipiña, un vasco duro, de pocas palabras, pragmático, de 57 años, maestro de novicios en Loyola y uno de los mejores discípulos del general.

Instruido por la imagen que el padre Martín se había hecho sobre el asunto, el padre Ipiña, no bien llegó a México y tomó a su cargo la Provincia, asumió posiciones más duras con el padre Mir y con Concha.

El padre Mir no está dispuesto a ceder en lo que, según él, le pertenece en el Apostolado de la Cruz, desesperado quita a Ana Cabrera y nombra superiora y maestra de novicias a Julia Navarrete; inmediatamente después nombra a Virginia Rincón Gallardo maestra de casa. Sabe que aquellas jovencitas, celosamente preparadas por él, son incondicionales suyas.

Mientras, Pancho, el esposo de Concha, se lleva a la familia “a un día de campo a explorar las Obras del Canal del Desagüe recientemente inauguradas”, pero pescó un tifo espantoso.

Dios, que, como dice San Agustín, “escribe derecho sobre los renglones torcidos”, va a usar la muerte de Pancho para sacar bien del mal y llevar a Concha a un proceso mayor de despojamiento y de purificación, y a Pancho, a la vida eterna.

Concha se enfrenta a la realidad. La muerte de su marido significa el encuentro con el “único cariño de mi vida, que jamás imaginé que fuera tan grande”, así como también la afirmación de su viudez y la orfandad de sus hijos.

Concha se ha quedado sola. Sin Pancho y sin el padre Mir, que ha

sido trasladado a otros lugares para evitar que continuara dirigiendo a Concha. Sin embargo, continúa haciéndolo clandestinamente por correo. También sin el Obispo Ibarra y con ocho hijos.

Concha decide cambiarse de nuevo a la primera casa que alquilaron en México. A Dios ofrecerá esos sufrimientos, creados por la necesidad, para ofrendarlos, como lo hizo Dios con su hijo, para remisión de los pecados.

El 4 de febrero de 1902, el padre Leopoldo Ruiz, que está de paso por México, recibe a Concha y le expresa su deseo de colaborar con ella: "Si todo esto, le dice el padre Ruiz a Concha, proviniera de una monja, dudaría, pero en todo esto, que parece una aberración, veo la mano de Dios". El padre Ruiz era un hombre en quien se podía confiar y del cual se podrían obtener múltiples beneficios. Pero eso será más adelante.

León XIII muere en 1903 y sube al papado Pío X.

Mientras, Concha, en medio de su soledad, atravesada como mujer por esas convulsiones que se levantan a causa de las Obras de la Cruz, continúa sabiendo en su íntima relación con Cristo que lo que el mundo necesita es pureza. Pero ¿cómo hacer que esa virtud, alrededor de la cual ha girado su vida, su amor y su pasión por Cristo, vuelva a encarnarse en el Oasis? ¿Cómo hacer para quitarse de encima la asfixia que ha comenzado a producirle la dirección del padre Mir, cuya clandestinidad es contraria a esa pureza que tanto anhela? ¿Cómo hacer para que todo, como lo quiere Dios, siga su marcha y esas Obras de la Cruz concluyan y lleguen a su plenitud?

Concha se sentía inquieta, con la inquietud ilusionada de toda mujer que se encuentra en la víspera de la decisión que va a encauzar definitivamente su existencia. Sabía que tenía que dar un paso muy importante para llevar a cabo sus obras. Estaba segura de que, si sabe ser fiel a aquella llamada, ésta la acompañará siempre y con ella podrá subir montañas y caminar, si es preciso, por sendas abruptas. Pero ¿cómo resolver su problemática con el padre Mir?

Es muy consciente de que debe encontrar una solución, y del

compromiso que ha adquirido de vivir la plena responsabilidad de su vocación.

Concha tiene prisa por conocer más a fondo su misión porque sabe que el tiempo es breve.

Los planes de Concha no admitían demora.

Se esforzaba demasiado, pero era preciso dormir lo necesario sin permitirse fáciles excepciones. Así podría terminar el día con la cabeza serena y preguntarse: “¿Qué puedo hacer mejor mañana?”.

Tenía aptitudes para los trabajos más duros. Siempre estaba alegre y trataba de alegrar la vida de los demás en los pocos ratos de descanso —o cuando lo permitía el trabajo—, entonando canciones e incluso procuraba enseñarlas a los demás. Decía que las había aprendido de su madre.

Tiene la ocasión de crecer para dentro. El trabajo continuo e intenso necesita reposo y también el descanso se hace fecundo con el estudio y la reflexión.

Fueron días de especial convivencia y serio empeño en aprender o mejorar cuanto necesitaba para cumplir, cada día con mayor eficacia, las variadas misiones a las que estaba llamada.

Sabía que la vocación es un motivo de orgullo, un servir a todos gustosamente por amor. El camino de la plena realización del hombre o de la mujer: ¡ser útiles!, y el encuentro con una felicidad que no puede conocer el egoísta, quien vive sólo para sí.

Grande y hermosa es la misión de servir. Por eso, este buen espíritu que se compagina perfectamente con el amor que tenemos a la humanidad ha de impregnar todo el trabajo: ser y saberme siervo siempre.

El trabajo lo llevaba con orden, en todos los sentidos: en lo material y en los horarios, pero es una tarea que siempre va más allá del tiempo. Se agotan las horas mucho antes que el quehacer. A menudo no resistía la tentación de robar algunas horas al sueño.

VIII. Convergencia Decisiva

Ha llegado a México un sacerdote de la Sociedad de María, Félix Rougier, quien, sin tener nada que ver, en ese momento, con las Obras de la Cruz, será el fundador de los Misioneros del Espíritu Santo. A Concha le han contado de ese nuevo sacerdote “de muy buen espíritu”:

supe que existía en el Colegio de Niñas un Sacerdote, Superior de los P. P. Maristas, y no sé qué ansia le entró a mi espíritu de hablarle de la Cruz [...] Al día siguiente una fuerza interior me impulsaba a esa Iglesia, y yo me resistí cuanto pude, al grado que me fui a reconciliar a Santo Domingo, para que se me quitara la tentación de ir al Colegio de las Niñas. A pesar de esto, crecía, crecía el ansia que ahí me llevaba, y sin querer, diré, sin saber cómo, ni por qué (y a pesar del ansia que tenía de volver a casa, con unas cucharadas para una niña enferma), me bajé en la esquina del Coliseo o Independencia (hoy Bolívar). Cuando me di cuenta, intenté volver a subir en los tranvías de Santa María, pero imposible; algo me detenía, hasta el grado de llamarme la atención. Por fin, como para quitarme un peso de encima, y pensando acallar aquel como grito imperioso de mi espíritu, fui, llamé con un botón eléctrico y al bajar un sacerdote desconocido que apenas vi, o no vi casi, me acerqué al confesionario y me confesó. Sentí un impulso extraordinario para abrirle mi alma, para hablarle de la Cruz, de los encantos del padecer, de los primores del dolor [...] ¡Oh, Dios mío!, yo veía, yo sentía el repercutir de mis sentimientos en su alma [...] veía cómo le penetraban hasta el fondo mis palabras, que entonces creo que no eran mías, porque yo me oía hablar con un fuego [...] con una facilidad, con algo muy grande que no era mío [...] era de la Palomita divina [...] Le hablé de las Obras de la Cruz, y lo sentí enamorarse de ellas [...] Yo vi el fondo de su alma, y sus actuales impresiones; desde luego sentí que aquella alma daría mucha gloria a Dios en sus Obras, lo sentí, en fin, herido por la Cruz, herido en lo más hondo de su alma. Hablamos de penitencias, y en el acto me ofreció hacer algunas por las Obras [...] Lo sentí impresionadísimo [...] sumamente tocado en lo más vivo del corazón. Le hablé del Oasis, y me preguntó luego si en México se encontraba, y que si había para hombres. “No hay para hombres”, le contesté, “pero lo habrá”. Dos horas y pico duró este primer encuentro. “Ya lo cansaré, padre”, le dije varias veces, ya me voy. “A mí no cansa jamás oír hablar de Dios”. Le había ofrecido

el libro del Genuino espíritu del Apostolado de la Cruz, y me dijo él que todo lo que fuera para la gloria de Dios le gustaba hacerlo muy pronto, sin esperas, que la Obra le había interesado sobremanera, y que deseaba acabarla de conocer cuanto antes.

Desde el encuentro extraordinario con Concha, el 4 de febrero de 1903, el padre Félix sintió que Dios lo llamaba a fundar los Religiosos de la Cruz, pero no dijo nada a nadie. Lo mismo sintió Concha, pero también guardó silencio. Cada uno, por su parte, se sacrificaba y pedía a Dios que manifestara mejor su voluntad. Al mes de que se conocieron, el 2 de marzo, Concha comprendió claramente que el padre Félix sería el fundador de los Religiosos de la Cruz, pero también se dio cuenta de las consecuencias de este paso. Una noche, mientras hacía oración, nuestro Señor la tranquilizó indicándole el camino seguro que debía seguir: “¿Por qué temes? Nada se hará torcido. Se acudirá a su Padre General y se realizará mi voluntad por medio de la obediencia”. Pasó otro mes sin que se lo dijera al padre Félix. Por fin, el 9 de abril, el padre Félix adivinó todo en una palabra de Concha, y vio todos los sacrificios que nuestro Señor le iba a pedir, entre los cuales, el más doloroso, tal vez, era dejar su amada Sociedad de María en la cual había vivido feliz 25 años.

La vocación nos lleva a tomar una posición en la vida, que mantendremos con ilusión y alegría, llenos de esperanza hasta en el trance mismo de la muerte. Es un fenómeno que comunica al trabajo un sentido de misión, que ennoblece y da valor a nuestra existencia.

Desde entonces, para estar más seguro de la voluntad de Dios, el padre Félix aprovechó todas las ocasiones para consultar su caso con personas prudentes y competentes. Pero sobre todo se propuso seguir el camino real de la obediencia. No daría un solo paso hasta que su Superior General, convencido de la voluntad de Dios, le diera voluntariamente y con gusto no sólo su permiso sino también su bendición para emprender la fundación y pedir al Santo Padre pasar de la Sociedad de María a los Misioneros del Espíritu Santo.

Con este fin obtuvo del padre Martín, Superior General de los Maristas, ir a Francia para exponerle personalmente su asunto. En

tres largas conversaciones y en un extenso informe escrito el padre Félix le expuso con toda claridad, sencillez y rectitud el origen de su nueva vocación y los motivos que tenía para creer que este llamamiento era de Dios. Después de examinar atentamente el caso con sus consejeros, el padre Martín decidió someter al padre Félix a una prueba y lo mandó a la residencia de Barcelona con la prohibición estricta de ocuparse de la fundación y de comunicarse con Concha.

Al morir el padre Martín, el 25 de febrero de 1905, el padre Félix insistió ante el Vicario General, el padre Raffin. Este mandó decir al padre Félix que “jamás le permitiría que fundara la Congregación”. “Lo único que podemos hacer es no hacer nada en contra si pide dispensa de votos”. El padre Félix no se contentaba con que su superior “no hiciera nada en contra”; quería su permiso y su bendición. Así pues, decidió esperar la elección del nuevo Superior General. Este fue el mismo padre Raffin, el 3 de agosto de 1905. Por consejo de su director espiritual le escribió un largo memorándum, el 24 de agosto, exponiéndole con toda sinceridad los motivos que tenía para creer que, a pesar de su indignidad, Dios lo llamaba a fundar una nueva Congregación Religiosa; y responde a algunas objeciones. Termina repitiéndole que “desea no sólo su consentimiento, sino su aprobación formal”; que “no quiere un permiso arrancado, dado con pena y con disgusto”, sino “un permiso dado con gusto y con todo el corazón”; que mientras no tenga un permiso así está dispuesto a esperar, “aun cuando para ello fuera necesario esperar muchos años”. “Su respuesta, cualquiera que sea, será la respuesta de Dios”.

La decisión unánime del Consejo fue “que el Superior General de la Sociedad de María no podía ni debía permitir que el padre Félix fundara a los Religiosos de la Cruz mientras perteneciera a la Sociedad de María”; pero “que si él quería separarse de la Congregación sería necesario primero asegurar su incardinación en una diócesis y luego pedir al Papa dispensa de sus votos religiosos. Que si la Santa Sede consultaba al Superior General, éste no se opondría a que se le concediera la dispensa de votos” (7 de octubre de 1905).

Respecto de la fundación de los Religiosos de la Cruz, como les

llamaba Concha, el padre Félix Rougier, como se lo pidió ella, se avocó a obtener los permisos necesarios para la fundación de los Misioneros del Espíritu Santo, y después de muchos intentos infructuosos, decidió esperar hasta que su Superior General le diera “su aprobación formal” y el permiso en la forma que él lo deseaba: no “con disgusto”, sino dado “con todo el corazón”. En la respuesta del padre Raffin vio el padre Félix que la voluntad de Dios era que siguiera en la Sociedad de María y que aún no había llegado la hora de Dios. La esperaba tranquilo, aunque sufriendo.

Pero esperar pacientemente, sin hacer nada, le parecía contrario a la misma voluntad de Dios. Si estuviera seguro que la voluntad de Dios era que pidiera dispensa de sus votos religiosos en la Sociedad de María, no vacilaría un momento en hacerlo. Pero ¿cómo saberlo? Aconsejado por su director espiritual, sin el cual no daba un solo paso en ese sentido, en los primeros días de enero de 1906 consultó al superior de los padres Capuchinos de Barcelona, al Cardenal de esta misma Arquidiócesis, el Monseñor Ibarra, que iba de paso para Roma, al padre Cepeda, Claretiano, al padre Salustiano Carrera, jesuita, y al padre Naval, claretiano. Casi todos le aconsejaron que esperara y que no hiciera nada sin la anuencia y la aprobación de su Superior. En vista de esto, el padre Félix tomó la resolución de impregnarse más del espíritu de la Congregación y de prepararse, con la gracia de Dios, para ser el primer Misionero del Espíritu Santo. Y cumplió fielmente su promesa.

Dos años después, por el mes de agosto de 1908, providencialmente se encontraron en el balneario de Mont-Dore el padre Raffin y el padre Félix. Este aprovechó la ocasión para exponerle con toda calma su asunto. Al fin el padre Félix tuvo la satisfacción de oír de labios del padre Raffin estas consoladoras palabras: “En un principio no sólo no creí en su nueva vocación, sino que pensé que eran proyectos sin consistencia, y aún me burlé de ellos en presencia de los padres. Pero ahora, por todo lo que Ud. me ha contado, creo que nuestro Señor lo llama a esa fundación y le daremos el permiso que Ud. desea a la primera indicación de la Santa Sede”. Naturalmente “la indicación de la Santa Sede” no llegaría si el padre Félix u otra

persona no la pedían. El padre Félix esperó tranquilamente otros tres años sin mover un dedo por la fundación. Al fin, el padre Gauven, su director espiritual, tuvo remordimientos de conciencia de la actitud tan pasiva de su hijo espiritual, y por medio de la familia Gréville consiguió del padre Raffin permiso para que el padre Félix fuera a Roma a predicar los ejercicios espirituales a dicha familia, pero con la intención de que hablara con el mismo Prefecto de la Congregación de Religiosos, el Cardenal Vives. El Cardenal oyó varias veces al padre Félix en abril de 1911, pero su respuesta fue la misma: “Hay que esperar”, y entre tanto, obedecer.

Todos los esfuerzos hechos por los excelentísimos señores Leopoldo Ruiz, Ibarra y Valverde desde 1905 hasta 1913 para obtener de la Congregación de Religiosos el permiso de fundación no tuvieron ningún resultado.

Sin embargo “la hora de Dios”, tan ardientemente deseada y tan pacientemente esperada, llegó por fin. El 18 de diciembre de 1913 Pío X concedía el permiso de fundación, pero con la condición de que el padre Félix no formara parte del Instituto de Misioneros del Espíritu Santo. Esto, según interpretación del mismo Papa, no impedía que el padre Félix, si su Superior General lo prestaba, se encargara de la fundación. El Padre General de los Maristas prestó al padre Félix primero por dos años, después por otros dos, y luego por otros dos.

Regresando a 1903, hasta el padre Mir estaba entusiasmado con la persona del padre Félix Rougier como medio para tener una presencia física en el Oasis femenino y destrabar los procesos de fundación del Oasis masculino. Al padre Félix, hombre humilde, dócil y transparente, la oscuridad que había comenzado a percibir en el padre Mir le inquietaba.

El padre Félix, que ya había empezado a desconfiar en el padre Mir desde un principio, le comunicó su intranquilidad a Concha. Prudente, pero alentada por las sospechas del padre Félix, le contó algo, poco, pero suficiente para que el marista confirmara sus sospechas. Al día siguiente, Concha sintió que aquella confidencia había sido una imprudencia de su parte, una traición al padre Mir y

al voto que le había dado.

Ella, aunque no aprobaba la conducta del padre Mir, continuaba sintiéndose atada a él, no sólo por todo lo que había hecho por su alma y las Obras de la Cruz, sino por el voto que hacía casi diez años había hecho de no cambiar jamás de director. Entonces le contó al padre Félix los cambios que había sufrido el padre Mir y le reveló el voto que la tenía atada a él. Fácilmente se podía saber que aquel voto era nulo. El padre Félix se lo hizo saber y prometió consultarlo con otros expertos.

Ese mismo día consultó a cuatro teólogos que le dijeron lo que él mismo ya le había dicho a Concha: que ese voto era nulo porque, primero, no era para un bien mejor, como lo exige la esencia del voto; segundo, era contrario a la libertad de conciencia, y tercero, aunque hubiese tenido validez, la distancia que ahora separaba al padre Mir de Concha lo hacía nulo, pues en esas condiciones era casi imposible una dirección espiritual.

Al siguiente día, el padre Félix volvió a ver a Concha para darle la información y se dirigió al Oasis para decirle a Julia que el padre Mir no debía ocuparse de la congregación sin permiso de sus superiores.

Concha, a mediados de mayo, decide romper con el padre Mir, pues se le ha hecho claro que eclesialmente no puede tener correspondencia con él.

Ahora ella realiza con mayor profundidad esa frase tan frecuente en sus manuscritos: “Dejarse hacer”, “Déjate hacer”.

“Déjate hacer, tengo mis fines, quiero llevar a cabo mis planes, ¿no ves que eres una obra Mía para bien de muchas almas? ¿No ves que quiero hacer brillar mi poder, bondad y misericordia? Ámame y sacrificate por Mí...”. Responder a este llamado constante de Dios fue para ella la forma de concretar el “don de sí incondicional y definitivo”.

Si las miles de páginas de Concha fueran analizadas para ver ahí qué es lo que se encuentra de “fenómenos extraordinarios”, nos

daríamos cuenta que éstos son realmente pocos, en comparación con la presentación de las experiencias verdaderamente místicas.

Ella basó su vida y actividad no en las visiones carentes de trascendencia, sino en la docilidad a una inspiración auténticamente divina que pudo tener, concomitantemente, alguna visión extraordinaria, por ejemplo, la visión de la Cruz del Apostolado.

Fue el Espíritu Santo quien de forma tan admirable se las hizo conocer a ella, haciéndole vivir la Cruz de Cristo, como la prueba de amor más grande a Dios y a sus hermanos.

Este mismo Espíritu, así, actuando en ella, fue quien a partir de la experiencia auténticamente divina de la Cruz del Señor la motivó a que realizara tantas actividades de las que ella puede ser considerada Inspiradora.

La característica de los mensajes que los espirituales, o los místicos, han recibido a través de comunicaciones de Dios no estriba en completar la revelación de una manera accidental, sino en que llevan consigo un imperativo, un mandato nuevo, exigido por circunstancias y situaciones que requieren la intervención del Espíritu Santo.

Concha viene a recordarnos, por medio de un mandato e imperativo, de acuerdo a las necesidades concretas de una época, la condición sacerdotal que todo cristiano tiene por su bautismo.

Ella se interrogaba a sí misma, ante el Señor, qué finalidad tendría su doctrina sobre la Cruz, siendo que no le parecía otra cosa que la doctrina del Evangelio. Además de que existían muchas rivalidades entre los participantes de las obras que impulsaba. Pero el padre Félix la instruía para buscar la unidad, empezando con buscar el apoyo en sus hijas espirituales para salvar las Obras de la Cruz, insertándolas en la obediencia de la Iglesia.

Después de darse por terminada la dirección espiritual del padre Mir a Concha, Monseñor Ruiz le asigna la dirección del padre Félix.

La dirección del padre Félix no era coercitiva, sino que seguía,

como desde un principio, los procesos del alma de Concha, con distancia y objetividad. De hecho, desde el 4 de febrero de 1903, Concha siempre condujo al padre Félix hacia Dios. Desde ese primer encuentro, en la Iglesia de N. S. de Lourdes, también conocida como del Colegio de Niñas.

Entre ambos se estableció desde el principio un vínculo muy fuerte de amistad, como entre dos almas gemelas. El padre Félix expresa en su Diario lo que ella le dijo: “Siento que U. comprende mi alma, ¿no es cierto? Hay almas que se comprenden mejor, las nuestras son así, ¡qué raro! Me da vergüenza que Ud. se parezca a mí. No se parezca a mí, ¡qué feo!”.

En aquel primer encuentro no se buscan a sí mismos; buscan a Dios y hablan de Él. Conchita escribe: “Ni él sabía mi nombre ni yo el suyo”.

Conchita siempre trasciende lo meramente humano y lo contempla en el plan de Dios, para llevar a todos hacia Él: “Hablando de nuestras relaciones, dijo: ‘No vaya a creer que nuestras relaciones son sólo para nosotros; son para bien de muchos más tarde’”.

Nuestro Señor le pide a Conchita que asuma respecto al padre Félix una especial maternidad espiritual. Será “el hijo de la pureza”.

El 7 de marzo, él escribe en su Diario: “me leyó lo que voy a escribir, poco más o menos: ‘Tú lo has de tomar de la mano, entre tus brazos. Quiero que me des esa alma muy pura. Lo debes vigilar, avisarle, evitarle caídas. Debes ser su madre’”.

Y nueve meses después del primer encuentro, el padre Félix de Jesús conoce esa maternidad de Conchita sobre él.

Conchita siempre va a impulsarlo a la santidad. El 26 de marzo el padre Félix escribe lo que ella le dijo: “Oh, mi Padre, hágase muy santo. Sea muy agradecido. El Señor quiere que apuremos el paso y se compense el tiempo perdido”.

Y lo atrae no sólo con la palabra, sino sobre todo con su ejemplo que impacta al padre Félix: “No le dije a ella, pero sí lo pensé. Nada

más verla, hablarle, oírla, mirarla, se siente uno como inclinado a amar más y más la pureza”.

Ella, desde su ser de mujer, le aportó al padre Félix los rasgos propios de su feminidad y le abrió horizontes insospechados de santidad y de entrega a Dios. Su maternidad espiritual hacia “el hijo de la pureza” fue para ambos compromiso y exigencia de crecimiento humano y espiritual, de madurez y correspondencia a la gracia.

Cuando Concha le habló al padre Félix de las Obras de la Cruz, lo sintió enamorarse de ellas. Vio el fondo de su alma y lo que en ese momento pasaba por su espíritu: “Le sentía yo, impresionadísimo [...] santamente tocado en lo más vivo del corazón. Le hablé del Oasis, y me preguntó luego si en México se encontraba, y que si había para hombres. No hay para hombres, le contesté, pero lo habrá”.

Un poco más de dos horas duró este primer encuentro. El padre Félix le dijo que todo lo que fuera para la gloria de Dios le gustaba hacerlo muy pronto, sin esperas; que la Obra le había interesado sobremanera, y que deseaba acabarla de conocer cuanto antes.

El padre Juan Ollier, marista, que hizo junto con el padre Félix su voto de estabilidad en la Sociedad de María y que había convivido con él largos años en España, Colombia y México, escribe años después: “Desde entonces el padre cambió completamente en su manera de vivir exterior, se entregó a las mortificaciones como, por ejemplo, hacer una hora de meditación de rodillas, con los brazos en cruz. A sus hermanos (de comunidad) no les hablaba sino de la cruz y de la penitencia a tal punto que sus hermanos juzgaban exageradas las penitencias”.

Fue el inicio de una nueva etapa en el desarrollo de la maternidad espiritual de Concha. Surgió, de su ser de mujer seglar, una nueva maternidad hacia los sacerdotes, centrada, en esa época, en la persona del padre Félix, su primogénito, al que el Señor bautizó con el nombre de “el Hijo de la pureza”.

El padre Félix le aseguró que desde que le habló la primera vez había cambiado completamente. Era otro. Cada vez sentía mayor

amor por Jesús y pensaba en Él a cada momento. Ella, que veía su espíritu, tendría que darse cuenta de eso.

Concha sintió confianza y se atrevió a leerle, con mucha vergüenza, lo que el Señor le había dicho: “Tú lo has de tomar de la mano, entre tus brazos. Quiero que me des esa alma muy pura. Lo debes vigilar, avisarle, evitarle caídas. Debes ser su madre”.

Concha continuó: “Le voy a decir una cosa que el Señor me ha dicho esta mañana, para usted. —Señor, le he dicho yo, dime ¿qué quieres del padre Félix? ‘Que sea todo mío’. Dígale, Padre, que quiere ser todo suyo. ¿No es cierto? Ah, mi Padre, hágase santo. Ame mucho a Jesús. ¿No es cierto que es todo suyo, que lo quiere amar mucho? Dígame que sí”.

“Sí, sí, sí”, le respondió el padre Félix.

Y Concha le dijo: “Ámelo por Él mismo. Muchos de los que lo aman, no lo aman sólo por Él. Está cansado de aquel amor interesado. Ámelo por ser Él quien es. ¿No, mi Padre?”. “Por impulso divino, por permisión del Señor, porque así manifestó su divina voluntad ¡oh vergüenza!, puso su alma, padre Félix, en mis manos; la tomé yo como cosa propia para ofrecerla a Jesús y sacrificarme por ella”.

El Padre Leopoldo Ruiz y Flores, Obispo de León, le mandó a Concha, que tomara como director de su alma, con plena confianza, al padre Félix. El padre Ruiz era para Concha un padre, confidente, amigo y consultor, comprometido con las Obras de la Cruz, de gran personalidad humana y espiritual, hombre clave en los destinos de la Iglesia mexicana. (Más tarde será también director espiritual del padre Félix). Esto nos da una idea de por qué Concha lo obedeció sin vacilación: tomó como director al padre Félix entregándole de inmediato su Cuenta de Conciencia. En ésta, en repetidas ocasiones, habla de un punto que empieza a darle un nuevo sentido a su vida: su maternidad espiritual.

A partir de esa fecha se hicieron más frecuentes las entrevistas; diálogos sobre los contenidos doctrinales de las Obras de la Cruz; la

fundación de los Misioneros del Espíritu Santo; la atención al Oasis de las Religiosas de la Cruz, del que fue nombrado director espiritual, el padre Félix, por el Arzobispo de México, así como la revisión de las Constituciones, que fueron redactadas por Concha y el padre Félix durante unos meses, con estudio, oración, reflexión y diálogo. Fue un trabajo agobiante por parte de los dos, en ambiente de oración y reflexión.

Al año de ser dirigida por el padre Félix, Concha anota en su Cuenta de Conciencia: “Hoy hace un año entregó el Señor mi alma a la dirección del padre Félix. ¿He adelantado? ¡Dios lo sabe! Lo que sí sé es que he encontrado la paz; que he vivido en una atmósfera de claridad y obediencia; que he respirado libremente, sin opresión, y que insensiblemente, o sin sentir, me ha doblado y desdoblado la santa obediencia, creciendo en mi pecho el amor a Jesús y a María”.

Concha encontró en el padre Félix un padre, un hijo, un hermano, un amigo, que la sostuvo en las crisis de su alma.

Cuando el padre Félix tuvo que partir para Francia en 1904, Concha hace una síntesis de lo que ella veía en él:

Ayer tarde (15 de julio) despedida del padre Félix; me bendijo a mí, y bendijo a mis hijos: muchas lágrimas corrieron [...] Le di las gracias entre sollozos y lágrimas de sus bondades para conmigo y mis pobres hijos [...] Conmigo fue igual, sin cambiar jamás, desde el primer instante en que nos conocimos hasta al despedirnos, quizá para siempre [...].

Jamás, en año y cuatro meses, vi en su alma un solo pecado venial, y aun en lo de imperfecciones, veía que buscaba siempre el hacer lo más perfecto [...].

Sus días en México fueron llenos de buenas obras, siempre haciendo el bien, siempre consolando, ayudando y enjugando lágrimas [...] ¡Oh, Dios mío, Dios mío! [...] Tú ves, eres testigo del bien que se ha obrado en su alma; de su ansia de pureza, de su sed de dolor, de su delirio por el Oasis, de su hambre de perfección y de ser más tuyo. Jesús, Jesús, llévalo y tráelo con bien, y con muchos hermanos que formen tu Oasis querido. Señor, óyeme: Tú ves que no tenemos más interés que tu gloria; llévalo [...] tráelo [...] y que siempre y en todas partes sea tuyo y te dé gloria.

IX. Trocha complicada

De acuerdo a las circunstancias, el padre Félix va identificando el modo como Dios va recorriendo el camino con él. Nace en el seno de una familia profundamente cristiana, donde es educado en sólidos valores, especialmente por su piadosa e instruida madre, María Luisa Olanier, quien ejerció en él un especial influjo espiritual. Al respecto, nos dice:

Nací por gracia de Dios el 17 de diciembre de 1859 en una pequeña aldea de Auvernia, a las 11 de la mañana, y a las 4 de la tarde (del día siguiente), de la casa de mi madre la comitiva se ponía en marcha hacia el templo. A la cabeza del pequeño cortejo, el que iba a recibir el bautismo, dormido en los brazos de su madrina, Catalina Sampeix, su abuela materna. Enseguida el que iba a ser su padrino, Benedicto Rougier, su abuelo paterno, y un pequeño grupo de parientes y amigos que habían venido para asistir al bautismo. El bautisterio se encontraba entonces a la entrada de la iglesia, a la derecha. Allí fue donde, por la misericordia infinita de Dios, fui hecho hijo de Dios y de la Iglesia. Miles y miles de veces, a través de mi larga vida, he visitado con la imaginación ese lugar bendito [...] Salí de la iglesia transformado.

Haber sido consagrado al Padre por María lo refiere con una forma literaria conmovedora, lo intitula: “Mi madre y mi vocación”.

Ved a esa joven de 19 años [...] Sale por primera vez después de que Dios le ha hecho la gracia de ser madre. Lleva en los brazos a su primer hijo [...] (La fórmula de consagración que utiliza su mamá dice:) Oh, María, mi buena madre, yo te entrego este hijo para siempre. Desde hoy, ya no es mío, es tuyo. Recíbelo como tuyo. Alcánzale la vocación sacerdotal. Que sea un santo sacerdote y que gane almas para Jesús. Voy a tomarlo otra vez y a llevármelo conmigo, pero ya no es mío. Lo cuidaré y educaré para Ti, para tu divino Hijo. Tú lo verás como enteramente tuyo y le alcanzarás todas las gracias que necesite en su ministerio.

Después de su relato el padre Félix agrega: “Un día mi madre me contó lo que acabo de escribir. Después, mil veces he dado gracias a Dios por esta primera visita de la madre y del hijo. La Santísima

Virgen correspondió a la confianza de mi madre... Eternamente cantaré las misericordias del Señor”.

El padre Félix narra en su Autobiografía lo siguiente:

Toda mi vida y más desde que vine a México, he recordado con mucha intensidad una especie de visión que tuve entonces, tenía yo más o menos 4 años. Estando en el patio, y vuelto al occidente, vi, como a las cinco de la tarde, todavía en pleno día, el cielo abierto, diré, y allá en ese profundo cuadro de luz, tuve la impresión indefinible de cosas que pasaban en el fondo rojo vivo, y que me quedó una idea de Dios [...], esa apertura luminosa como dentro del cielo, se cerró bruscamente. Mi madre me dijo de no hacer caso y me quedé pensativo, volviéndome esa especie de visión a la memoria con mucha frecuencia, durante años y años, y directamente podría aun citar el lugar en dirección a México.

Hice mi Primera Comunión, en la Iglesia donde fui bautizado, el 10 de mayo de 1869, a la edad de nueve años y medio. Mi madre, por su parte, me preparaba desde hacía mucho tiempo a este Gran Día. Recuerdo la emoción muy especial y tan nueva que experimenté durante los días de silencio que precedieron a mi Primera Comunión. Tengo muy presente el lugar que ocupaba en la Iglesia, del lado del Evangelio, en la Misa del Gran Día. El único recuerdo que he conservado de la Misa de Primera Comunión es el de haber besado muy a menudo una imagen del Sagrado Corazón que tenía en mi libro. Sin duda hablé también a Nuestro Señor, antes y después de la Santa Comunión, pero nunca he podido acordarme de nada. Éste fue para mí un hermoso día, que dejó en mi alma un recuerdo inefable de alegría y de amor a Nuestro Señor.

El trato cercano y profundo con sus padres será la base para que toda su vida el padre Félix se experimente como hijo predilecto del Padre y de María.

“A los trece o catorce años, cuando entré al colegio, nos llevaron a visitar un monasterio inmenso de premonstratenses, todo hermoso, la vista preciosa. Allá, en las profundidades, un río, el Loire. Allí nos encontramos la vida de los religiosos, con sus hábitos blancos, todos canónigos. Creo que allí tuve la primera idea de la vida religiosa, con algo de envidia”.

A los 18 años y medio, en mayo de 1878, el joven Félix experimenta la llamada de Dios a la vida misionera y sacerdotal.

Por ese tiempo un Obispo de la Sociedad de María, Monseñor Eloy, que había gastado sus fuerzas en las misiones de las Islas Samoas en la Polinesia (Oceanía), empleaba ahora los últimos años de su vida en buscar vocaciones para esas misiones lejanas. Nos habló sobre todo de las grandes dificultades materiales y morales de esas misiones [...] y cuando al fin de su conferencia, ya como extenuado, dijo: “Los que se sientan llamados por Dios para ir a ayudarme en esas lejanas misiones levanten la mano”, yo miré en torno mío, sin que ninguna mano se levantara, sentí interiormente un movimiento irresistible, y me determiné en un segundo a irme con el Obispo misionero y levanté la mano, sin duda por inspiración de Nuestro Señor.

El joven Félix recibe la sotana y empieza una nueva etapa en su vida como novicio marista.

“Al comenzar el noviciado, yo tenía un poco más de 18 años y medio. Éramos cerca de 20 novicios, venidos de diferentes provincias de Francia. La mayor parte de ellos traía en el corazón un deseo ardiente de que los enviaran a las misiones de Oceanía. Mi noviciado, por lo que recuerdo, fue muy fervoroso. Hacía con verdadero gusto muchas pequeñas penitencias y me aplicaba por ser muy observante”.

Antes de ingresar al noviciado (invierno de 1877) el joven Félix mantuvo mucho tiempo la mano derecha metida en el estanque de agua helada, ahora tiene sus consecuencias: “A los dos meses de estar en el noviciado, un dolor agudísimo en la muñeca derecha, sin haber ninguna señal exterior, se dejó sentir constantemente. Me llevaron al doctor, el cual dijo que se necesitaba una operación para salvar la mano [...] Me quemaron toda la muñeca inflamada con hierro candente, y la curación duró unos dos o tres meses, yendo una vez cada semana al mismo hospital para las curaciones”.

Félix de Jesús logró profesar el 24 de septiembre de 1879 y convertirse en religioso marista. Inmediatamente inicia sus estudios eclesiásticos de filosofía. Fue profesor en su Congregación, primero en el Colegio de San José, en Tolón, Francia, de 1880 a 1882, luego otros dos años en el internado que la Sociedad de María tenía en La Seynesur-Mer (septiembre 1882-1884). Sin duda esta experiencia educativa, lo mismo que la enseñanza de teología y las que

desarrollará en Colombia, lo prepara para ser fundador.

La artritis en su mano derecha será ocasión de una profunda experiencia. El 17 de marzo de 1882, gracias a la intervención de su mamá, tiene una entrevista con Don Bosco, en Tolón, Francia: “Me recibió el santo; me interrogó, preguntándome si había hecho ya los votos. Me dijo que me arrodillara delante de él para darme la bendición. Me arrodillé; me puso las manos sobre la cabeza apoyándolas fuertemente durante algunos minutos, y por la intercesión de Don Bosco quedé repentinamente curado, sin necesidad de recurrir más al médico”.

“Al fin de mi tercer año de Teología, fui nombrado profesor de Sagrada Escritura y de Hebreo. Ya era entonces Diácono. El R. P. Superior General me llamó a Lyon en septiembre de 1887, para hacerme ordenar. Me parece que me preparé lo mejor que pude, durante esos días demasiado cortos. Mi padre, mi madre y mi hermano asistieron a mi Ordenación y a mi Primera Misa”.

El padre Félix hubiera marchado enseguida a Oceanía a realizar el ideal misionero, para eso había entrado a la Sociedad de María, pero como tenía dotes de educador y capacidad de maestro, fue destinado a dar clases de Sagrada Escritura:

Siempre he considerado como una de las más grandes gracias de mi vida el haber sido destinado durante ocho años a la enseñanza de la Sagrada Escritura, dedicado casi exclusivamente durante años al estudio de esta Carta de Dios a los hombres, como la llama San Jerónimo.

Estaba yo feliz en esta vida retirada y entregado totalmente a la piedad y al estudio, e iba a empezar el duodécimo año en Barcelona cuando recibí una carta del P. General nombrándome rector de un Seminario, que debía ir a fundar con otros padres en Neiva, República de Colombia.

¡A Colombia! [...] El sueño de toda mi vida, el sueño que había nacido en mí a los 19 años, el sueño de ser misionero, el sueño que había llenado de entusiasmo mi noviciado, finalmente se iba a realizar [...] Inmediatamente bajé a la capilla, me arrodillé a los pies de Nuestro Señor. Le dije: “Oh, mi buen Jesús, aquí estoy en tu presencia. Tú conoces mi indignidad, mi miseria, mi tibieza y mi ignorancia; pero a pesar de todo, aquí me tienes. Haz de mí lo que quieras; me pongo en tus manos para ser un apóstol donde te plazca. Tú te complaces en servirte de los instrumentos más miserables para realizar tus

designios misericordiosos en favor de las almas. Concédeme ser este instrumento, y para eso me entrego sin reserva a Ti por las manos de la Santísima Virgen, a quien confío este asunto’.

En Neiva, República de Colombia, el padre Félix es Superior de la comunidad y Director del Colegio de Santa Librada; en 1897, en Ibagué, es Superior de la comunidad y Director del Colegio de San Simón. Además sus superiores lo nombraron “superintendente” de las dos casas que los padres maristas tenían en Colombia. Muchas pruebas dio Monseñor Rojas del aprecio que tenía por el padre Félix: con él se confesaba, dos veces lo nombró Vicario General sustituto y lo invitó a dar ejercicios espirituales a sus sacerdotes.

Lo anterior nos da una idea de las capacidades educativas y de la actividad pastoral del padre Félix, celo misionero que con exquisita caridad desplegó sobre todo cuando en 1899 estalla en Colombia la “guerra de los mil días”, lo mismo atendiendo sin temor al contagio a los apestados por la viruela negra en la cárcel o en los hospitales, que yendo con los enfermos que vivían en aldeas abandonadas lejos de Ibagué, sin medir fatigas ni peligros.

Con la guerra vino el hambre. Para aliviar las necesidades de tantos pobres el padre Félix funda la obra “Pan de San Antonio”, por medio de la cual millares de pobres fueron atendidos. Al ver el bien que hacía, Monseñor Esteban Rojas ordenó que la obra se estableciera en todas las parroquias de su diócesis y la elevó a obra diocesana con el padre Félix como Director General.

El padre Juan Ma. Thill, quien convivió en Colombia con el padre Félix, dirá:

Lo que me llamó la atención, y realmente causó gran admiración, era la actividad grande del padre Félix y su espíritu emprendedor, es decir, su gran celo por hacer bien a las almas y a los pobres. Él mismo daba el ejemplo en esto. Yo admiraba sinceramente su fuerza de resistencia física, sí, pero también la energía con que arrostraba los trabajos más duros: viajes a caballo por los ardientes llanos y las montañas escabrosas, privaciones inseparables de tales viajes, especialmente cuando los caminos eran muy malos, etc. Nunca lo oí quejarse de cansancio. Yo lo consideraba como un sacerdote humilde de corazón [...] fue un perfecto modelo de humildad, edificaba a todos por su

observancia religiosa.

Las dificultades de la guerra civil hacen imposible el ministerio, por lo que los padres maristas fueron retirados de Colombia y enviados a México. Con sus 42 años, Dios quería al padre Félix en México, a donde llegó el 7 de febrero de 1902. Inmediatamente fue nombrado Superior y Párroco de Nuestra Señora de Lourdes, Parroquia Francesa que los padres maristas tenían en México.

Estaba yo haciendo en esos días una novena al Espíritu Santo, para que se sirviera la Divina Tercera Persona llamarme a un campo de más perfección.

El 4 de febrero, a las 10 de la mañana, un miércoles, me llamaron a mi confesionario. Al entrar en la capilla mis ojos se cruzaron con los de Concepción Cabrera por primera vez. Se arrodilló a la reja, se confesó brevemente y se puso a hablarme. Luego comprendí que veía claro en el interior de mi alma. Habló casi dos horas seguidas, y tan hermosas cosas. De su conversación se exhalaba como un perfume de pureza extraordinario. Tuve la curiosidad de mirar por los agujeritos de la rejilla. Mientras hablaba sus labios me parecían como dos hojas de una flor de azucena. Esa comparación se me imponía. Es imposible figurarse elocuencia más persuasiva y más amable a la vez. Es una sonrisa constante. Todas sus palabras son como impregnadas de humildad, de sencillez, de mansedumbre y al mismo tiempo llenas de amabilidad. “El Señor dice, el Señor ha dicho de Ud. etc.”. Esas palabras me caían como extrañas, pero no me entró nada de duda. “Padre, hágase santo”, me repitió muchas veces, y como que cada vez me entraban más ganas.

Respecto del modo como se conocieron Concha y el padre Félix, éste anota en sus Memorias: “Comenzó a hablarme de mi alma durante dos horas, segura de sí misma y como si Nuestro Señor la inspirara de todo mi interior, diciéndome lo que en mí no le gustaba (sin haberme conocido nunca) y algunas otras pocas cosas que sí le gustaban. Yo sentía en mi alma la verdad de las cosas que me decía, y esto mismo me dio confianza en mi nueva penitente”.

Al padre General de la Sociedad de María, padre Antonio Martín, le dice:

Me descubrió todos los pliegues y repliegues de mi alma; las gracias que había recibido, los abusos que de ellas había hecho; me habló de las disposiciones más íntimas de mi alma; me reveló mis pensamientos y me dijo que era necesario salir del letargo espiritual en que me encontraba y darme decididamente al servicio de Dios mediante una vida nueva. Yo estaba

admirado, estupefacto, indeciblemente conmovido, y me sentí lleno de gratitud para con Nuestro Señor que me había llamado tantas veces, a quien yo había resistido tanto y que repentinamente me tomaba así de la mano.

El padre Félix tiene ese día un encuentro decisivo con Jesús a través de ella; también se encuentra consigo mismo y con un nuevo llamado. El padre Félix dice: “La señora Concepción Cabrera de Armida fue el instrumento de Jesús para llamarme a participar de las Obras de la Cruz”.

El trato con Concha lo impulsa a amar más a Jesús: “Mire, Concha, dije, desde que me habló por primera vez hasta hoy, yo he cambiado completamente. Soy otro. Amo a N. S. Y lo pienso a cada momento, ¿no es cierto que Ud. lo ve en mi alma?”. (Como se había hecho notar anteriormente, tanto el Señor como los hijos espirituales de ella le decían Concha a doña Concepción Cabrera, y ahora vemos que el padre Félix también le decía Concha, al igual que la demás gente allegada).

Cuando hablamos es de todo, pero de todo lo relativo a las obras, a su naturaleza, a su porvenir, siento que me estoy formando, hago mi noviciado [...] Fue el miércoles 4 de febrero cuando Concepción Cabrera vino por primera vez a las 10 de la mañana. Mi sorpresa [...] Mi convicción profunda [...] el estado de mi alma descubierto [...] Fui de sorpresa en sorpresa. Oh, Dios mío, seas siempre bendito, alabado y agradecido por mi miserable corazón.

Ayer miércoles 18 de febrero me dijo: “Tenga más confianza. Está perdonado. El Señor dice que ha vuelto la hoja. Ay que Padre, el Señor dice que se ha confesado muchas veces de unos mismos pecados. Tenga más confianza. Si viera cómo es bueno el Señor”.

Mi vida se orientó [...], por la voluntad de Dios hacia otros horizontes, teniendo constantemente a la vista ese ideal de pureza, de sacrificio amoroso, de caridad y de sencillez que constituye el fondo del espíritu de las Obras de la Cruz.

Y más adelante, el padre Félix dirá: “Me ha enseñado el camino del verdadero amor a Jesús y me ha sostenido en todo este tiempo, por sus cartas, por sus consejos, por su ejemplo, por sus penitencias y oraciones. Verdaderamente me ha tomado por suyo, por hijo según la orden que el Señor le dio en su misericordia para mi pobre alma. Ha tenido los desvelos de una madre y le he costado, en estos nueve

meses, muchos dolores”.

El padre Félix encuentra en Concha un verdadero lugar teológico. Años después el padre Félix anotará en su Cuenta de Conciencia: “En esas hojas, en esos papeles queridos encuentro mi alimento, mi vida, la fuerza que necesito, el deseo ardiente de más perfección, de más penitencia, de más humildad, de más desprecio de mí mismo, de más obedecer con perfección, sacrificando a cada momento mi gusto para adivinar y cumplir hasta los más pequeños detalles de mi Superior, que es, para mí, Jesús visible”.

En el Resumen de su Diario, el padre Félix retoma de los escritos de Concha: “Él es el hijo de la pureza [...] fue engendrada esta alma en el martirio de la pureza [...] Su nuevo ser es el de la Pureza, y con su sello se distinguirá en el cielo y aun en la tierra ocultamente, si corresponde a mis gracias. Tu misión especial para con esa alma es de pureza, pero debes envolverla en la atmósfera del dolor, porque la sombra de la cruz escuda la pureza”.

Otra forma como el padre Félix expresa su penitencia a Jesús será siguiendo el ejemplo de Concha, quien ha grabado en su pecho el nombre de Jesús, lo cual anota en su Diario el Viernes Santo 10 de abril de 1903: “A las 3 p.m. me hice la Cruz en el corazón con el fierro candente, pero sin valor. Sin embargo como chillaba la carne y no marcaba casi la Cruz, pasé el fierro por tres veces en el mismo lugar. A las 3.30 p.m. fui al Oasis donde quería renovar mi entrega total que firmé hoy mismo con mi sangre [...] ¡Oh, mi Jesús! Sí, sí, ya soy todo tuyo, en todo tiempo y lugar, a pesar de todas mis imperfecciones”.

Los años siguientes el padre Félix registrará en la Cuenta de Conciencia las ocasiones en que, con permiso de su director espiritual, renovará en su pecho el JHS, signo de pertenencia a Jesús.

En distintas ocasiones el padre Félix se refiere a su llamado a fundar los Misioneros del Espíritu Santo que en ese tiempo se pensaba llamar “Religiosos de la Cruz” u “Oasis de hombres”:

Me habló del espíritu propio de estas obras, y de repente, me pareció tan

hermoso, que me vino al pensamiento la idea de la congregación de hombres que fuera hermana de las Religiosas de la Cruz. De repente dije a Concha: “¿Hay un Oasis de hombres?”. “No”, me contestó, “pero lo habrá porque Nuestro Señor ha dicho que después de aprobado el de mujeres, se fundará el de hombres, ambas cosas a favor de los sacerdotes [...] El Jueves Santo de ese año 1903 llegó Concha al confesionario a las 6 de la mañana, de parte de Nuestro Señor, a decirme que Él me había escogido para fundar a su tiempo el Oasis de hombres. Vino Concha después de haber luchado varios días a decirme esta voluntad de Dios para tan grande Obra [...] Concha, ya arrodillada en el confesionario, vacilaba en decirme la Voluntad de Nuestro Señor, diciéndome nomás, que no creyera lo que me iba a comunicar. Yo le contesté: “Hace días que yo siento en mi corazón lo que me va a decir; se trata del Oasis de Hombres; y yo siento que Nuestro Señor me llama por ese lado”. Pero no tema, todo se hará por obediencia y voy a escribir a mi R. P. General para ir a hablarle y pedirle los permisos necesarios para la fundación. “No escriba todavía”, me contestó Concha. “Nuestro Señor dijo que todavía no estaba preparado, que Él señalará la hora”.

Me quedé un año entero preparándome y consultando a varios obispos y superiores de religiosos [...] todos dijeron que ese llamamiento era de Dios, que siguiera por los caminos de la obediencia y que Dios Nuestro Señor ayudaría en todo, para que se cumpliera su santísima voluntad. Yo, a la verdad, no tenía ninguna duda sobre mi llamamiento por Nuestro Señor, pero comprendí claramente que para evitar dudas a mis futuros hijos, era de prudencia consultar a personajes competentes sobre esta delicada cuestión.

El padre Félix siempre someterá sus opiniones y deseos a sus superiores esperando en ello un signo de la voluntad de Dios: “La idea de esta obra no es mía, yo fui llamado a ella sobrenaturalmente, a pesar de profunda indignidad. Primero creí; pero después he visto, y sin vacilación daría mi sangre y mi vida por ella. Con esto te quiero decir que, como nuestro amadísimo Jesús, estoy dispuesto a salir al encuentro de todas las pruebas, de todas las humillaciones, de todas las vergüenzas, de todas las pobrezas, de todos los abandonos. Quiero obrar por amor, por puro amor, por aquél que me ha perdonado tanto y me ha amado tanto”.

X. Dolores y frutos

El 30 de marzo de 1904, Viernes Santo, Concha anuncia al padre Félix una “espinas”, él anota:

Dije la Santa Misa, como ayer, a las 10 en la capilla del Oasis. Apenas estaba de rodillas que Concha se levanta de donde estaba y viene y me dice pasito en el oído: “Tendrá Ud. una espinas muy aguda en su corazón. No se lo puedo decir ahora [...] Se lo diré el Viernes Santo. Ofrézcala de antemano”.

MIEDO DE MÍ. Por momentitos me tengo miedo, pero luego digo: No, no, por amor, por puro amor, venga la espinas, y, con la gracia de mi Jesús, la recibiré con mucho gusto. NO VISLUMBRO siquiera lo que puede ser. ¿Espinas?, ¿una muerte?, ¿la noticia que me voy, que escriba? (Eso no sería espinas, sino alegría) ¿Alguna cruel enfermedad? No sé, no sé [...] LO QUE TÚ QUIERAS, MI AMOR, MI JESÚS, mi amadísimo Jesús, lo que Tú quieras. ESO QUIERES TÚ, ESO QUIERO YO...

“DÍA DE DOLORES PUNZANTES. Fue el día 1º de abril, Viernes Santo, cuando Concha, por la mañana, me clavó la anunciada CRUEL ESPINA, diciéndome: ‘Ud. no es el llamado a fundar el Oasis de hombres’. Me hizo una impresión hondísima esa palabra... Me puse pálido, de rodillas, cerca de ella de rodillas también, ante el altar de la capillita de la Sacristía, pero creo hice el sacrificio con todo mi corazón, ayudándome el Señor a comprender y ver que no era digno de ser empleado en tan grande obra. Un papel que Concha me dio en aquel instante acabó de ayudarme a hacer el sacrificio, y me ofrecí con mucho dolor, pero resignado a la voluntad de Dios, a ayudar de lejos a los Oasis y a sacrificarme siempre por ellos, aunque de lejos, hasta mi último suspiro”.

Concha iba a arrancarme la espinas, viendo mi aceptación, pero el buen Jesús, lleno de amor y compasión para mí, miserable, y deseando hacerme tocar con el dedo mi miseria e indignidad, dijo a Concha: “DEJA SANGRAR ESA ALMA, EL DOLOR PURIFICA”. Y mi querida madre, obediente como siempre, me dejó así, hasta la tarde. El diablo, con mil tentaciones interiores, me hizo sufrir mucho. A las 2 volví al Oasis, y a las 3 p.m. los brazos en cruz, después del Via-Crucis (muy doloroso para mí, con la espinas clavada) supliqué a mi Jesús me concediera esta única gracia: QUE SU QUERER FUERA SIEMPRE MI QUERER, Y SU PLACER MI PLACER.

LA GRAN NOTICIA. Como me retiré, todavía coronado de espinas, en la Sacristía, donde estaba el Santísimo en un pequeño altar, me siguió Concha y me dio la gran noticia. Era prueba de mi Jesús, no más y me decía, que, habiéndola recibido como Él deseaba, me decía que ya podía y debía escribir el mismo Viernes Santo al M. R. P. General, para pedirle permiso de ir a Francia.

Iniciarán diez largos años de espera y de prueba, de amarguras y de firme esperanza, años en los que creció su amor y convicción por la fundación a que lo llamaba el Señor.

Otro fruto que aparece en la vida del padre Félix es su actitud de obediencia heroica para con sus Superiores y hacia la Iglesia. Con la fuerza del Espíritu el padre Félix mantiene una actitud permanente de obediencia estricta que llega a ser martirial. Esta virtud lo caracterizará siempre, pero crece en él sobre todo durante los diez años de espera.

“Tengo conciencia de no haber desobedecido en nada. Quizá me he equivocado en muchas cosas, pero nunca he tomado una decisión importante sin consultar”.

“Desde que empecé a ocuparme de esta obra, jamás he buscado sino la voluntad de Dios y no me he apartado en nada de la santa obediencia”.

La docilidad del padre Félix, por responder a la voluntad de Dios cultivada en su formación religiosa y sacerdotal, en la conciencia de sí mismo, su sensibilidad y trabajo por las necesidades de los hombres —especialmente de los sacerdotes, religiosos, los más pobres e indígenas—, su amor a la Sagrada Escritura, la formación sacerdotal y su sentido eclesial, lo disponen al Espíritu que suscita en él el deseo de una conversión amorosa de fondo.

A partir del 4 de febrero de 1903 se inicia en él un impulso nuevo hacia Dios que renueva su vida personal y espiritual, su consagración y su misión.

El padre Félix limita las penitencias de Concha: “Ya no suponga más permisos míos en materia de penitencias [...] Cuando se sienta muy débil debe acostarse en la cama. Tome dulces como todos [...]

Cuidado de no acostarse en el suelo”.

Por su parte Concha, siguiendo los consejos de la voz interior, dirige al padre Félix: lo obliga a un orden mayor en su vida, a no apartarse de la Espiritualidad de la Cruz, a profundizarla, a hacerla parte de su existencia, a dejar de buscarse en sus actividades, y lo impulsa a las penitencias; lo quiere cada vez más puro, más perfecto.

Como lo manda San Pablo, trabajan para tener un mismo espíritu y un mismo sentir.

Lo lograron: bajo esa comunión redactan las nuevas Constituciones para el Oasis femenino y comienzan las del Oasis masculino.

En menos de un año las cosas no sólo han quedado arregladas, sino que el Oasis, el Apostolado de la Cruz, Concha y el padre Félix han vivido un nuevo impulso. Es tiempo de continuar La Obra: el Oasis masculino. El padre Félix, con el alma completamente entregada a Concha y a sus hijas espirituales, está listo.

Concha le ha dicho que llegado el momento. “Usted verá a su P. General y sin salir de su congregación y con su autorización, usted empezará La Obra”. Él confía en ella y en Dios.

Incluso ya le ha escrito a su hermano Manuel, que continuaba como misionero en Oceanía, y Manuel no sólo se ha mostrado entusiasmado, sino interesado en la posibilidad de seguir también sus pasos.

Así, el padre Rougier parte rumbo a Francia el 16 de julio de 1904.

Mientras, su hermano Manuel cambia de opinión: escribió al Provincial de América y al Padre General que el diablo andaba metido en el asunto, sin dar oportunidad a que el padre Félix expusiera el asunto, informó con su propios juicios y temores a los superiores.

El General francés escuchó pacientemente al padre Félix, y le contestó: “Yo le aseguro que si el Señor lo quiere para esta obra, no vacilaré en darle el permiso”.

Pero había que probarlo y el General lo aprobó.

El padre Félix partió a Les Iles a visitar a sus padres, y al regresar se presentó ante el General Martin, quien, para probarlo, le leyó la siguiente carta:

Mi querido padre. Después de haber reflexionado y orado mucho y consultando el parecer a mi Consejo, y contando con sus protestas de completa sumisión y obediencia a la decisión que yo tuviera a bien tomar sobre la misión de fundar una nueva Congregación Religiosa que se llamaría de los Religiosos de la Cruz del Sagrado Corazón de Jesús, es mi voluntad:

1º Que Ud. no se ocupe de ninguna manera de la fundación de la nueva Congregación;

2º Que Ud. deje de comunicarse por carta o de cualquier otra manera con la Sra. Armida, ya sea directa, ya sea indirectamente;

3º En cuanto a sus penitencias, confesiones y direcciones espirituales, confórmese a lo que mandan la Reglas de la Sociedad de María. Para un marista ellas son el camino recto y allí encontrará él las luces y las gracias del cielo". Y lo mandó a España bajo las órdenes del superior de la casa de Barcelona.

El padre Félix se arrodilló y, después de salir, con permiso del padre Martin escribió, la que pensó sería, su última carta a Concha:

iO Crux, ave, spes unica! Lyon, 25 de agosto 1904. Muy querida hija: Nuestro Jesús, por voz del M. R. P. Superior General me manda a España a nuestra casa de Barcelona. El M. R. P. me ha dado esta decisión por escrito, y tan pronto como he estado sólo me he ido a la capilla, a los pies de nuestro Jesús, y me he ofrecido con todo el corazón como víctima para el holocausto que más le agrade. Lo hice con mucha alegría interior, pues lo que queremos Ud. y yo, por encima de todo, es hacer la santísima voluntad de Dios. Le suplico, pues, que no se aflija ni un minuto. Recé como lo he hecho yo, el Te Deum, para dar gracias al Señor de que se cumpla su voluntad. Si quiere el Señor servirse de mí, aunque indigno y miserable, para fundar la Religión de la Cruz no le faltarán medios para abrir camino. Tengo en las promesas de mi Jesús una inquebrantable confianza. Ud. encontrará consuelo y fortaleza en saber que me conformo estrictamente y con alegría, por ser voluntad de Dios, a las órdenes contenidas en la carta del M. R. P. Superior General, de la cual le mando copia. Creo que no debe quedarse sin director, para vivir de obediencia. Escójalo después de orar mucho y sobre todo después de consultarlo con su Jesús. Tal vez le servirá el Dr. Valverde, Gobernador de la Mitra. ¿Se acuerda que le pareció muy espiritual? Ahora, adiós. Gracias mil por todo el bien que

me ha hecho. Verdaderamente me ha enseñado Ud. a amar a Jesús. No seré ingrato, todos los días la encomendaré al Señor, a Ud. y a los suyos. Desde hoy suspendamos toda correspondencia hasta que nuestro Jesús nos lo permita por la voz de la santa obediencia. Le mando la presente carta con permiso del M. R. P. General, a quien la voy a leer antes de mandarla al correo. Soy de Ud. en N. S. Jesucristo, muy respetuoso y agradecido servidor.

El padre Valverde es el Canónigo de la Catedral de México. Es hombre cercano a las altas cúpulas eclesiásticas. Conoce el alma de Concha por referencias, pero después de haberla escrutado y de sumergirse en su Cuenta de Conciencia se entrega a la causa. Para él, como para el padre Ruiz, como para la misma Concha es más que evidente que el padre Félix debe ser el fundador. Hará todo lo posible para conseguir el permiso del Superior General de los maristas y traer de vuelta al padre Félix.

La Espiritualidad de la Cruz es la vivencia del espíritu sacerdotal de Jesús que lo llevó a la manifestación suprema del amor entregando su vida en la cruz.

Las Constituciones de los Misioneros del Espíritu Santo exponen en forma clara y breve la Espiritualidad de la Cruz:

Cristo Jesús, Pontífice misericordioso, herido a causa de nuestras culpas, por el Espíritu Santo se ofreció a sí mismo inmaculado a Dios, para expiar el pecado del mundo y santificar a su Iglesia.

Tenemos un Sumo Sacerdote que penetró en los mismos cielos, es Jesús, el Hijo de Dios.

Todo Sumo Pontífice está instituido para ofrecer dones y sacrificios, de ahí que necesariamente también él tuviera que ofrecer algo (Hb 8,3). Y esto lo realizó de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo.

Todos los bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo.

El Señor reveló a Concha la Espiritualidad de la Cruz con una claridad y hondura divinas, y la hizo profeta y heraldo. El padre Félix de Jesús acogió, vivió y transmitió el mensaje.

En la cena Pascual que celebró Jesús con sus apóstoles anticipó la realidad sangrienta que se realizaría al día siguiente en el Calvario.

La identidad del sacrificio del Calvario con la Santa Misa es

expresada así por el Señor: “¿Qué es lo que sostiene a mi Iglesia en su unidad, en su fe, en su estabilidad, sino mi crucifixión constante, y los infinitos méritos de mi inmolación en los altares y en las almas? ¿Qué cosa hay de mayor gloria para mi Padre, para toda la Trinidad, sino mi perenne sacrificio? ¿Qué puede haber de mayor eficacia sino mi constante crucifixión en bien de mi Iglesia y de las almas todas?”.

Y hablando a Concha sobre el papel del sacerdote en la Santa Misa, dice: “En esos instantes solemnes (los sacerdotes) son Yo, ofreciendo mi inmolación al Padre, entregándome por amor. Y en ese amor está el Espíritu Santo, que es amor, concurriendo la Trinidad de esta manera en el sacrificio de los altares”.

Lo que Jesús realizó en la cena de Pascua es lo que realiza el sacerdote al celebrar la Eucaristía; Jesús, anticipando lo que sucedería al día siguiente; el sacerdote, haciendo presente lo que se realizó en el pasado reciente o remoto. Lo más grande y sagrado en la vida del sacerdote es la celebración de la Santa Misa, la celebración de la Eucaristía, llamada en los primeros siglos de la Iglesia, la Cena del Señor.

La realización y presencia del sacrificio de Jesús no están supeditadas a la santidad o fervor del sacerdote celebrante. Santo o pecador, tibio o fervoroso, sabio o ignorante, el sacerdote es una presencia sacramental del Sacerdote Eterno que, a través de su ministro, digno o indigno, lleva a cabo sacramentalmente su sacrificio redentor. De aquí la enorme importancia de la sincera e incansable búsqueda de la santidad en la vida espiritual de todo sacerdote. El intentar la mayor congruencia entre su identidad sacramental con Cristo y su identidad espiritual con Él.

XI. Espiritualidad y misticismo

En la Espiritualidad de la Cruz, orar por los sacerdotes ocupa el primer lugar, y en la Congregación contemplativa de las Religiosas de la Cruz, la plegaria ante el Santísimo Sacramento día y noche y la inmolación pidiendo por los sacerdotes constituyen el objetivo principal de su consagración al Señor.

Sin sacerdote, digno o indigno, no hay celebración eucarística. En la Santa Misa todos los asistentes ofrecen o están invitados a ofrecer a Jesús al Padre y a ofrecerse con Él. Pero solamente el sacerdote consagra: sólo a través de él se hace presente el sacrificio de Jesús en el altar.

Y esta ofrenda realizada por el sacerdote y los fieles durante la celebración eucarística debe prolongarse después a lo largo del día y en los diversos lugares en que se desarrollan las actividades humanas, hasta llegar a convertirse en una ofrenda permanente: “Que él (el Espíritu Santo) nos transforme en ofrenda permanente”.

Todas las Eucaristías de la tierra, sacramentales o espirituales nos unen al Sacerdote de los cielos, y “por Él, con Él y en Él”, nos ofrecemos al Padre, unificados todos por el amor del Espíritu Santo.

El mismo amor que impulsó y ungió a Jesús ha sido derramado en nuestros corazones. El mismo Espíritu Santo que lo llevó a ofrecerse en un acto de amor incesante es el Espíritu que hemos recibido y que nos está llevando a vivir en una ofrenda continua en unión con Jesús.

Por eso la devoción al Espíritu Santo, que se expresa en la imploración frecuente y en la docilidad a sus inspiraciones, es parte esencial de la Espiritualidad de la Cruz.

Después de estos breves comentarios sobre la Espiritualidad de La

Cruz, continuemos con el proceso de la creación de sus Obras.

El 5 de abril de 1905, don Antonio Martin, el general marista, ha rendido el alma a Dios. Le ha sucedido el padre Juan Raffin.

Al padre Félix el nombramiento lo pone contento. Antes de que al padre Raffin lo eligieran Superior General, cuando era Vicario General y, luego, encargado de llevar adelante a la Sociedad de María al morir el padre Martin, el padre Félix se atrevió a escribirle exponiéndole su caso y sus motivos. La respuesta tenía un dejo alentador: “Aun cuando ya me eran conocidos, el modo de exponerlos me ha impresionado vivamente [...] dadas mis facultades como Vicario General no podría dar una solución diferente a la dada por el padre Martin; por eso le aconsejo diferirlo hasta que se elija Superior General”.

Concha es una de las más grandes místicas de los siglos XIX y XX.

“El inicio del largo camino”, decía que Concha, a partir de su entrega total en 1894, había comenzado a hacer entrar en la dinámica de su vida laical la dinámica evangelizadora, es decir, a hacer entrar en su vida interior de mujer laica los procesos salvíficos de la Iglesia. Ahora, en el momento en que las Obras de la Cruz, con todo y las limitaciones que viven, han evolucionado y ella se ha purificado aún más, descubre a través de la experiencia de la encarnación mística esa dimensión con más profundidad.

La encarnación mística lleva a la vida del laico algo que está ya esbozado en la visión mística de la Iglesia como Cuerpo místico de Cristo. Según la tradición, amparada por Santo Tomás, la Iglesia al vivir la misma vida de Cristo se la comunica a sus miembros por el Espíritu Santo para formar con Cristo, en el orden dinámico espiritual, una sola persona mística, unida a Él espiritualmente. Concha, a partir de la encarnación mística, dice que entonces todo aquel miembro de la Iglesia, incluso el laico, debe vivir esa experiencia en su intimidad e insertarse con su vida en toda la dinámica salvífica de la Iglesia para que la redención de todas las cosas se cumpla en Cristo. Cada miembro de la Iglesia está llamado a transformar su vida

en el Verbo Encarnado y en el Cristo doloroso para “vivir de su vida” de “Sacerdote y Víctima”; a transformarse en un ánima eclesial. Con ello volvía a poner en el centro de la vida cristiana algo que se había perdido con el Concilio de Trento (que, para limitar la avalancha protestante, reforzó el sacerdocio ministerial en detrimento de la participación del laico en la vida misionera de la Iglesia): el sacerdocio bautismal o común.

A partir de esa experiencia, en sus escritos personales aparecerán referencias constantes en ese sentido: “[...] eres altar y sacerdote al mismo tiempo, pues tienes a la Santa Víctima del Calvario y de la Eucaristía, la cual debes ofrecer constantemente para salvación del mundo”. Concha desde entonces no podrá ver dividida a la Iglesia en estamentos de calidad: laicos, sacerdotes, religiosos, obispos; la contempla como un cuerpo cuyos miembros, en el sentido más paulino de la interpretación, están insertos en el mismo proceso salvífico de Cristo. Para Concha, laica mexicana de los siglos XIX y XX, no cabe la más mínima duda de que los hombres y mujeres deben, semejantes a la Virgen María, hacer crecer en sus corazones el Verbo de Dios encarnado para redención del mundo, dejar lentamente de ser uno para vivir de la vida de Cristo que crece y florece en el alma.

Esta clarificación de su itinerario espiritual dará como resultado dos obras más que completarán las Obras de la Cruz y que aparecerán en los momentos más convulsionados de la nación: la Alianza de Amor (1909), en los momentos más intensos en los que México está a punto de levantarse en armas, y la Liga Apostólica (1912), en plena Revolución. La primera, solamente para laicos, tiene como función la transformación de las estructuras temporales a través de un compromiso evangélico con esas estructuras y de ofrecerse cada día en unión con el verbo como víctimas para la salvación de las almas; la segunda, para aquellos que participan del sacramento del orden, tiene como fin promover la restauración de todas las cosas en Cristo, “mediante la devoción e íntima unión con el Espíritu Santo; la unión y el amor entrañable al Divino Verbo hecho hombre por nosotros y la mortificación cristiana”. Éstas se unirán así

al Apostolado de la Cruz, a las Religiosas de la Cruz y a los Misioneros del Espíritu Santo.

A Concha le ha dado Dios la experiencia de la encarnación mística y sus consecuencias espirituales.

Entre las múltiples gracias que Concha vivió con esa experiencia está la comprensión del misterio de la Trinidad, de la Encarnación y, en consecuencia, de la encarnación mística. En este sentido hay unas páginas magníficas escritas el 14 de julio de 1906 en donde Concha reproduce uno de sus diálogos con Cristo:

“—Las operaciones del Espíritu Santo en el alma —me dijo el Señor, son muy íntimas, muy secretas, pero obran produciendo siempre gracias.

”‘Esa gracia de mi Encarnación en tu alma, Él fue quien la efectuó, es obra suya’”.

Prosiguiendo el diálogo, de Concha con Cristo, Concha le dice a Cristo: “¿Cómo ha de ser eso como remedo de la verdadera Encarnación en María? A mí esto me da temblor pensarlo y es un punto por el que dudo.

—Las operaciones del Espíritu Santo —me contestó— son siempre para bien de las almas; la Encarnación real sólo puede ser una, pero místicamente, como ya te lo he explicado, también efectiva y real, en sus efectos con el alma, podrá el Espíritu Santo hacerla cuantas veces le plazca: Él es el que realmente se une con las almas.

—Pero, Señor, ¿no me has dicho que te diga Esposo a Ti, y que Tú lo eres, y que sea tuya, etc., etc.?

—Sí: pero ¿en dónde reside el Espíritu Santo sino en Mí?

Yo más bien soy el fruto, el producto del Espíritu Santo en esa unión mística con las almas; el escalón, diré, para llevarlas al matrimonio con Él. Conmigo son generalmente los Desposorios, pero la más estrecha, la más grande unión es con Él. Yo, repito, soy como el medio, como el escalón indispensable, diré, para el matrimonio que es como la esencia de la unión, porque nadie pasa, nadie sube al Espíritu Santo, a la Divinidad, sino por Mí, Dios y hombre. Esta unión con el Espíritu Santo, es más íntima, es la consumación, es la identificación de los amores; pero existe otra mayor entre

el alma y el Verbo, y es la producción que produce esta unión estrechísima con el Espíritu Santo.

En esta unión sublime y santísima con el alma pura, siempre produce el Espíritu Santo a su Verbo [...] es su misma sustancia, es decir, TODO AMOR [...]

—El Espíritu Santo, hija, se produjo de la mirada eterna de la complacencia entre el Padre y el Hijo, al contemplarse SIN TESTIGOS, recíprocamente, con una delectación que ni los ángeles pueden comprender...

De esa MIRADA de purísimo afecto [...] brotó el amor increado [...] el amor eterno [...] el ideal de los amores [...] iel AMOR mismo personificándose en el Espíritu Santo! Ése es su origen, pero origen eterno [...] divino [...] sin principio, porque en el principio ya era el Espíritu Santo con el Padre y el Verbo, fundidos todos en aquel AMOR, que forma sus eternas complacencias y delicias...'

—Señor: pero si del Padre y el Verbo produjeron al Espíritu Santo, ¿cómo entonces este Santo Espíritu te produce a Ti?

—Soy producto suyo, en el sentido del AMOR, pues sólo el amor puede obrar semejantes prodigios en la creatura, y aun en María.

La Obra de la Encarnación, en cualquier forma, es la obra del AMOR y sólo del AMOR; por eso el Espíritu Santo la produce. Él no produce el Verbo que es Persona Divina, distinta de Él; produce el AMOR en el Verbo, que lo inclina a obrar en las almas, a unirse a ellas, y aun a encarnar, vivir y crecer en ellas, no como hombre ni como Verbo, que el Verbo no puede crecer, siempre es, sino en gracias, en estrechez, en transformación del alma en el Espíritu Santo, en AMOR [...] nunca la Trinidad se aparta; y en donde está el Verbo, ahí está el Padre y el Espíritu Santo''.

Concha dice que si los hombres vivieran a Cristo en su intimidad, si lo hicieran nacer y crecer en ellos, las injusticias no serían y el mundo sería distinto; que ante la necesidad humana no hay más remedio que entregarse como víctimas para redención de ese mal que corroe al mundo y, particularmente, a su nación. La encarnación mística no es sólo un alto grado de perfección espiritual, es también una parábola, un signo de la redención para que quien tenga oídos oiga y quien tenga ojos vea.

En el mes de febrero de 1908, a raíz de que el Delegado Apostólico, gracias a las negociaciones del padre Ruiz, le había llevado el permiso

para que el Oasis pudiera tener expuesto al Santísimo, Concha pidió al padre Ibarra que celebrara la misa y que le hiciera favor de ir a Roma. El padre Ibarra aceptó lo primero a regañadientes y rechazó lo segundo pretextando que iría hasta 1910. Concha necesita ponerse del lado de Dios, dejar que Cristo siga creciendo en la entraña de su corazón. Si no puede contar por ahora con los obispos, puede al menos exteriorizar su incendio mediante la escritura y fustigarlo con oraciones y penitencias, puede decirles a los otros, a través de la escritura, por dónde está la luz.

Así que, sin desatender sus sutiles presiones a los obispos, sin dejar de visitar el Oasis y de cumplir con sus labores domésticas, se mete, con la autorización del padre Maximino Ruiz, a la tarea; escribe: *Manojito de amores* (1907), reflexiones espirituales para celebrar la coronación que el padre Ibarra hará de la Virgen de Ocotlán; *Pureza* (1908), consejos para su hija que ha ingresado al noviciado; *Ante el altar* (1908), meditaciones espirituales sobre la eucaristía: “Tengo hambre —escribe en su Cuenta de Conciencia del 4 de noviembre de 1909— de que sea amado ese Primor que me crucifica, y por eso, acabar las cien ‘adoraciones’ para bien de las almas, digo, para la gloria del Señor”; *Manual de la Alianza de Amor* (1909); *Chispitas de amor* (1909), preparaciones y acciones de gracias para la comunión.

Los libros, que por humildad Concha no firma, tienen un éxito increíble. Apoyados para su publicación por la Casa Armida, que con la importación y distribución de las primeras máquinas de escribir se ha ido para arriba, y difundidos por el padre Félix en 1909, las ediciones de los libros de Concha tiran, bajo la firma editorial La Hormiga de Oro, 500,000 ejemplares que inmediatamente se agotan y son reimpresos. Su labor apostólica y misionera de laica ha entrado en acción. Nadie la detendrá. Esos libros, y otros muchos más que con el tiempo irá escribiendo, continúan teniendo una demanda increíble.

Los primeros días de enero de 1909: el padre Leopoldo Ruiz la manda llamar. Quiere que el reconocimiento del Oasis femenino se haga según las normas dadas por el Motu proprio de Pío X, por lo

que Concha debe hacer el informe. No hubo que decírselo dos veces. Después de prepararse durante un mes en penitencia y oración, metió manos a la obra. El informe debía contener quién era el fundador, qué cualidades tenía y cuáles eran los motivos que lo movían a hacer la fundación; el nombre de la Congregación; la forma, el color, la materia y las partes del hábito de las novicias y de las profesas; las obras a las que se dedicarían; los recursos con que contaban para el sostenimiento y si había en la diócesis institutos semejantes y a qué obras se dedicaban.

Si algo conocía Concha, después de su intimidad con Dios, era este asunto. En menos de veinte días, con la fogosidad de su pluma, lo despachó. Lo dio a revisar a los padres Soler, jesuita y Cepeda, del Inmaculado Corazón de María, y al Obispo Valverde, y una vez aprobado inmediatamente lo envió al padre Mora y del Río.

El padre Ibarra va a dar los primeros pasos para reintegrarse a la dinámica de Concha y de las Obras de la Cruz.

La historia se le viene cocinando en el alma desde que en febrero de 1908 Concha, por indicaciones del Delegado Apostólico, a quien le había narrado el distanciamiento del padre Ibarra, invitó al Obispo de Puebla a ofrecer la misa para celebrar la exposición del Santísimo en el Oasis. Al padre Ibarra, espiritual y sacerdotal, le ha gustado no sólo la manera en que las muchachas han salido airoas del cisma, sino también la manera como, bajo el cobijo de Ana Cabrera y de Concha, se han multiplicado: de las siete que habían quedado después de los acontecimientos de 1903, ahora hay 28.

XII. El festejo jubilar

En febrero de 1913, Roma celebraba el XVI centenario del Edicto de Constantino por el cual aquel emperador, en el año 313, daba plena libertad a la Iglesia católica hasta entonces perseguida por los romanos. Para celebrarlo, Pío X publicó sus Letras Apostólicas Magni fuastique, en las que declaró Santo ese año.

El padre Ibarra organizó, con motivo del festejo jubilar, una peregrinación para finales de año. Llevaría a los peregrinos a Lourdes, a Tierra Santa y a Roma, donde aprovecharía para aclarar el asunto de las Obras de la Cruz.

Llevó algo más: dos opiniones sobre Concha: una del padre Maximino Ruiz; otra del padre Poulain, jesuita, experto en teología mística y célebre por su libro *Des grâces d'oraison. Traité de théologie mystique*; una breve reseña de la vida de Concha y lo que en sus escritos se encontraba sobre la gracia de la encarnación mística.

A finales de agosto la peregrinación partió del puerto de Veracruz a bordo del Montserrat con 123 peregrinos a bordo. Entre ellos, además del padre Ibarra, cabeza de la peregrinación, iban el padre Leopoldo Ruiz, que en enero de 1912 había sido trasladado de su arquidiócesis de Linares a la de Michoacán; Rafael Amador, obispo de Huajuapán, treinta y tres sacerdotes más, Concha y dos de sus hijos: Lupe e Ignacio.

El 13 de noviembre de 1913 llegan a Roma. Oscurece: “Después de Jerusalén, es lo que más me interesa. Aquí van a librarse las luchas y el triunfo o la derrota de las Obras de la Cruz. El decisivo final”.

La audiencia se programó para el 17 de noviembre.

Aquella piadosa niña que había sido llamada por Dios para fundar unas Obras que recordarían a un mundo que se abría al materialismo

el sentido salvífico de la Cruz y redescubriría para la Iglesia el valor del sacerdocio común y la participación del laico en la misión apostólica de la Iglesia, que era madre de nueve hijos. Ahora, a sus cincuenta años, estará delante del primer representante de Cristo en la Tierra para pedir por la aprobación de las Obras. Salió a las nueve de la mañana, junto con una señora llamada María Vallarta, rumbo al recibidor papal. Estaba asombrada, inquieta, gozosa:

Iba yo temblando de emoción, y rezando Veni Sancte y Memorare.

Llegó la hora, me llamaron y me presenté ante el Vicario de Jesucristo en la tierra. No sé qué emoción sentí. Estaba en su escritorio con el S. Ibarra enfrente, yo me arrodillé llorando y él me habló. Por fin me repuse, y él me dijo que qué le pedía.

—Yo le pido a Su Santidad que apruebe las Obras de la Cruz —esto le decía sin soltarle su mano contra mi cara.

—Están aprobadas, no temas y te doy una bendición muy especial para ti, para tu familia y para las Obras’.

—Santísimo Padre —le dije—, yo no quiero ser estorbo para las Obras, que me quiten y no me tomen en cuenta.

—Ya hablé con Monseñor y todo se arreglará este año.

Me puso su mano en la cabeza, me veía largos ratos, yo lo besaba y me animé a tomarle su pectoral y a besárselo. Le besé también su pie, me volvió a bendecir, y luego estuvo diciéndole al I. S. Ibarra que se curara, que viera al médico y me volvió a dar su bendición [...].

Inmediatamente el padre Ibarra, con su llaga y su diabetes, escribió, hizo antesalas, abrió puertas, y Concha, con su encanto y su pasión, se dispuso a ser interrogada y a responder con toda humildad.

El padre Ibarra murió el 1º de febrero de 1917. Concha sentía que su vida dentro de la experiencia de la encarnación mística había concluido con la muerte del Obispo de Puebla y la fundación de los Misioneros del Espíritu Santo, pasando por un periodo de horrible sequedad, cuando el 1º de marzo la voz interior volvió:

No creas que al concluir la carrera de la encarnación mística en mi Pasión en las almas, o ese periodo, acaba la presencia mística pero real del Verbo en el alma, no: queda no sólo impresa o fotografiada, sino verdadera, porque

recordarás que alguna vez te expliqué aquello que donde está mi imagen ahí estoy Yo, porque mi reflejo soy Yo mismo.

No tengas el pensamiento de que ahora estás ya sola sin Mí. Sí sentirás, en el paso de soledad en el que va tu espíritu, esa misma soledad y vacío de muchos modos: pero el alma que ama a Dios no está sola y en las raras encarnaciones místicas, ya la posesión del Verbo no se separa del alma si no es por el pecado. Es gracia mística muy subida pero posible, y aun deseable para Dios en el sentido de su caridad para con el hombre. “¿Qué no me dijiste, Señor, que al llegar a la Pasión siguiendo tu vida en mí, o yo en Ti, quedaba no más como fotografiada, apareciendo sólo unos puntos culminantes de esa vida?”. “No te dije que Yo me apartaba del alma, sino que sentiría la soledad en ella. Te dije que esas almas pasaban un calvario de tierra y proseguían con uno de cielo, es decir, de amor.

En esta vida actual tuya, respecto a la encarnación mística, mi Madre debe ocupar en tu alma el primer lugar después de tu Jesús. Es el momento de más unírtele e imitarla...

Adelante, hija, que Yo sé lo que se te espera: no temas, y confía en Mí arrojada en los brazos de mi Madre, que hoy más que nunca es la tuya...”.

Con las cinco Obras de la Espiritualidad de la Cruz fundadas, Dios le concedía a Concha la experiencia dolorosa de María que, después de la muerte de Cristo, continuaba en ella su pasión como centro y custodio de la naciente Iglesia. A través de las Obras de la Cruz que reactualizaban el misterio salvífico de la Cruz, Concha y sus hijos espirituales se entregaban místicamente, como María, en una oblación por la condición sacerdotal y apostólica de la Iglesia.

En julio de 1920 el padre Félix debía regresar a su Congregación. A medida que se acercaba el fin aumentaba la angustia del padre Félix y de todos los que se interesaban por la Obra, pues nunca había sido tan necesaria la presencia del padre Félix como ahora que la Congregación empezaba a desarrollarse.

El padre Félix creyó conveniente, llegado el momento de dar el paso más importante de su vida, pedir a la Santa Sede el permiso de pasar de la Sociedad de María a la Congregación de Misioneros del Espíritu Santo. Pero antes, según su prudente costumbre, consultó a algunas personas enteradas del asunto. Todos unánimemente fueron de parecer que debía hacerlo. Monseñor Valverde, Obispo de León, le

dijo: “Como confesor y director espiritual suyo apruebo, aconsejo y en cuanto puedo le mando que pida a la Santa Sede dispensa de los votos que hizo en la Sociedad de María y permiso para hacer inmediatamente esos mismos votos simples y perpetuos en la Congregación de Misioneros del Espíritu Santo”.

Así pues, el 19 de febrero de 1919, el padre Félix firmó la petición a la Santa Sede. Además de él firmaron el documento los cuatro arzobispos que entonces había en la República.

La Congregación de Religiosos, como suele hacerlo en estos casos, consultó al Superior General de los Maristas, el cual contestó que en vista de la disposición de Pío X de que el padre Félix no formara parte de la nueva Congregación, él no podía dar su consentimiento.

Pasados siete meses, el 21 de septiembre de 1919, por indicación de Monseñor Mora y de Monseñor Leopoldo Ruiz, escribió otra vez al Santo Padre insistiendo en su petición. Esta vez la solicitud iba recomendada por casi todos los arzobispos y obispos de la República. A pesar de todo, la respuesta de Roma fue que “permaneciera en su santa vocación en la Sociedad de María” (3 febrero 1920). Esto hizo sufrir mucho al padre Félix, pero como desde antes estaba dispuesto a ver en la decisión de la Santa Sede la voluntad de Dios, recibió la contestación con gran espíritu de fe y de docilidad, pero también con una firme confianza en que un día el mismo Papa le concedería lo que él pedía.

El 30 de marzo de 1920 cuando faltaban sólo dos meses y medio para que se terminara el permiso, escribió a su Superior General diciéndole: “Sí, estoy plenamente decidido (y nunca he vacilado en ello) a obedecer sin demora, con gusto de la voluntad, con la certeza de hacer la santa voluntad de Dios, a la primera indicación de V. R., y el 15 de julio próximo me iré con toda felicidad y sumisión filial al lugar que Ud. me indique”. Y seguramente lo hubiera hecho, si Monseñor Sánchez Paredes, Arzobispo de Puebla, no hubiera obtenido del Santo Padre un nuevo permiso por otros cinco años.

Para 1922, los Misioneros del Espíritu Santo habían crecido.

Tenían ya varios sacerdotes, un noviciado, una escuela apostólica y una segunda casa en Morelia.

XIII. “De una pieza”

El 4 de noviembre de 1921 se había realizado el Capítulo General de las Religiosas. Por vez primera, desde el cisma que vivieron, se preveía la posibilidad de elegir una Superiora que no fuera Ana Cabrera. La posibilidad se cumplió: salió electa Javiera Perochena, que había fungido como Superiora de la casa de Puebla. ¿Qué sucedió con Ana? El voto la favoreció como Vicaria. Pero Ana, mujer prudente, quien amaba sobre muchas cosas aquella Congregación, renunció voluntariamente y recibió el cargo de superiora de Puebla.

Para asegurar el estado canónico de la Congregación y así infundir confianza en los religiosos y atraer vocaciones, el padre Félix pensó pedir a la Santa Sede la primera aprobación pontificia del Instituto, que consiste en un decreto llamado *Decretum laudis*.

Monseñor Sánchez Paredes, en su viaje a Roma de 1920, había pedido esta aprobación, pero el Papa le había contestado que este Decreto se da hasta que la Congregación está suficientemente desarrollada y asegurado su porvenir.

Ante la incertidumbre de cuál sería su situación al terminar el permiso de cinco años que le había concedido Pío XI, el padre Félix pensó insistir formalmente ante la Santa Sede en que le concediera a la Congregación de Misioneros del Espíritu Santo el *Decretum laudis*. Para esto el padre Félix se dirigió a los arzobispos en cuyas Arquidiócesis la Congregación tenía casa: Monseñor Sánchez Paredes, de Puebla, Monseñor Leopoldo Ruiz, de Morelia y Monseñor Mora y del Río, de México. El primero, siempre bien dispuesto hacia los Misioneros del Espíritu Santo, el 3 de mayo de 1922, en nombre propio y de Monseñor Ruiz, escribió al Santo Padre pidiendo humildemente la primera aprobación pontificia para el nuevo instituto. “Actualmente, decía, con la ayuda de Dios, la Congregación

se ha desarrollado lo suficientemente por algunas diócesis, pues tiene cuatro casas, además de la Escuela Apostólica en donde se forman cincuenta alumnos escogidos. La Congregación no sólo es bien vista por todo el episcopado de la República, sino ha sido también por muchos muy alabada. Además los fieles han recibido por su medio abundantes frutos espirituales”.

El 6 de mayo el Señor Delegado Apostólico, Monseñor Ernesto Filippi, a petición de Monseñor Sánchez, escribió al Cardenal Prefecto de la Congregación de Religiosos recomendando la petición. “Esta Congregación, decía en su carta, está animada de buen espíritu y compuesta de personal escogido. Por eso, según mi humilde parecer, merece muy bien que se le conceda la gracia que se pide para ella”.

Quizá debido a la muerte del Prefecto de la Congregación de Religiosos ésta no contestó a Monseñor Filippi sino hasta el 2 de agosto, y eso para decirle que no se podían tener en consideración las preces enviadas sino hasta que se mandaran todos los documentos que para dar el Decretum laudis exigían las Normas del 6 de marzo de 1921 de la misma Congregación.

Dos meses después, el 1 de octubre, se encontraron en Morelia el padre Félix y Monseñor Filippi. Éste saludó al padre Félix con las siguientes palabras: “P. Félix, tengo que darle una buena noticia. Roma ha contestado. Está en las mejores disposiciones de favorecer la nueva Orden y de darle el Decretum laudis. Pide unos documentos que le vamos a mandar tan luego como lleguemos a México, y pronto vendrá el Decreto”.

El más importante de todos estos documentos eran las Constituciones. “Las Constituciones, decía el padre Félix, son como el alma, la sangre, la vida misma de la Congregación [...] Son para nosotros como un reflejo del Santo Evangelio”. “La Regla es el camino más seguro para ir a Dios”.

No era ésta la primera vez que el padre Félix se ocupaba de las Constituciones de los Misioneros del Espíritu Santo. Ya en 1904, como vimos, con ayuda de Concha, había escrito el primer texto de

las mismas, que fue el que se envió a Roma en 1910, y que, corregido, entregó la Congregación de Religiosos a fines de 1915. Por ellas se había gobernado la Congregación hasta ahora.

Pero ni Monseñor Ibarra, ni el padre Félix estaban plenamente satisfechos con este texto. Había sido revisado muy aprisa, y sobre todo era demasiado jurídico, le faltaba espíritu, no era “un reflejo del Santo Evangelio”. Por eso desde abril de 1915 el padre Félix empezó a “revisar”, “corregir” y “completar” el texto. Ahora se presentaba la oportunidad de hacer este mismo trabajo, pero en mejores condiciones. Tenía las Constituciones de 1904 y de 1914, año en el que la fundación de los Misioneros del Espíritu Santo había dado inicio, precisamente el 25 de diciembre, por mediación del padre Ibarra, Concha y el padre Félix.

El padre Félix, siempre optimista, el 12 de noviembre de 1922, escribía a su papá: “Para los primeros meses de 1923 esperamos de Roma nuestra aprobación. ¡Bendito sea Dios!”.

El 15 de mayo de 1924 salió para Roma Monseñor Leopoldo Ruiz a cumplir con la visita mandada para dar cuenta de su diócesis, y el padre Félix le suplicó que activara en la Congregación de Religiosos la aprobación pontificia de los Misioneros del Espíritu Santo, lo que hizo con mucho gusto Monseñor.

Trabajó mucho el padre Félix en estos cinco años por afianzar y desarrollar la Congregación de Misioneros del Espíritu Santo, todo en previsión de que, al terminar el permiso que se le había concedido por última vez, tuviera que abandonarla, a lo menos por un tiempo, pues él estaba seguro de que un día le concederían lo que tanto deseaba, porque estaba cierto de que esta era la voluntad de Dios.

En vista de sus sólidas virtudes, de que había dado tan buenas pruebas, el mismo padre Félix, haciendo uso del Decreto de la S.C. de Religiosos del 30 de diciembre de 1922, le dio el hábito de los Misioneros del Espíritu Santo y recibió la profesión de sus votos religiosos. La Santísima Virgen premiaba a su amante hijo: moría consagrado a Dios por la profesión religiosa el 19 de enero de 1927,

dejando en todos los que lo trataron el recuerdo edificante de sus virtudes. El hermano Luis Moreno es un fruto espiritual que maduró sirviendo a la Virgen de los Remedios y a los indios otomíes.

El padre Félix podía escribir a los novicios: “Vivan y mueran como el hermano Luis”. Y al superior de la casa de Roma: “El hermano Luis, sacrificándose por los padres durante la misión de Tepatlaxco contrajo una bronquitis. Esto fue una gracia de la Sma. Virgen a quien él amaba tanto, pues así pudo ser admitido a recibir el hábito y a hacer inmediatamente sus votos”.

En vista del “gran cambio obrado en los dos pueblos” de San Francisco Chimalpa y Santiago Tepatlaxco, terminada esa primera misión, el padre Félix decidió dar la segunda en los pueblos de San Juan Totoltepec y San Mateo Nopala. Las celosas misioneras, a pesar de la persecución religiosa que había estallado hacía un mes, salieron a sus nuevos campos de apostolado en los primeros días de marzo de 1927 y terminaron el 25 con los mismos saludables resultados. El párroco, el padre Ramón del Real, antes de las misiones tuvo miedo y sufrió mucho con la presencia de las misioneras, pues la persecución religiosa había aumentado; pero después, al ver el éxito, quedó muy contento. El padre Félix pensaba evangelizar por medio de sus catequistas todos los pueblos y ranchos de la parroquia, y renovar cada cinco o seis meses ese esfuerzo para lograr poco a poco resultados más profundos. La persecución religiosa se lo impidió. Pero no desistía de su idea. El 10 de agosto de 1929 escribía al Señor Arzobispo de México pidiéndole autorización para llevar a Los Remedios “un grupo de catequistas formadas”. “Ahora, le decía, están en grandes apuros y prestarían allí muy importantes servicios, sobre todo de catequistas de los pobres indios de los pueblos y ranchos”.

La fundación de la casa de Roma tiene una importancia muy grande en la vida del padre Félix y en la historia de los Misioneros del Espíritu Santo.

En su último viaje a Roma el padre Félix vio la necesidad de tener allí una casa de su Congregación, pero no pensó que muy pronto las circunstancias lo iban a empujar a realizar su idea. El 11 de febrero de

1926, pocos meses después de su regreso de la Ciudad Eterna, se desató en México la persecución religiosa; muchos sacerdotes, principalmente extranjeros, fueron desterrados, los seminarios y las casas religiosas confiscadas, las comunidades religiosas y los seminaristas disueltos, etc. Las casas de formación de la Congregación se encontraban seriamente amenazadas. En el primer mes de persecución los agentes del gobierno las habían visitado dos veces, habían sellado sus capillas y habían amenazado clausurarlas.

En eso llegó el permiso de que pasara de la Sociedad de María a la de los Misioneros del Espíritu Santo. Esto lo inclinó a ir él mismo a Roma, pero antes, según su costumbre, consultó a su director espiritual, Monseñor Leopoldo Ruiz (31 marzo 1926). Monseñor fue del parecer de que el padre Félix fuera a hacer la fundación. Entonces se decidió a ir él con el padre Edmundo Iturbide y el padre Tomás Fallon, irlandés. Este último todavía no era ni siquiera diácono, pero el Señor Arzobispo accedió a ordenarlo de diácono el 28 de marzo y de sacerdote el 3 de abril, Sábado Santo.

Escribió a Concha: "Pasamos aquí 18 días. Fue largo, difícil y doloroso. (Esto para Ud. sola. Después le explico). Pero 18 días muy fecundos en todas las líneas. Estoy apoyado en sus oraciones y en las de todos los que aman las Obras. Todo va bien. Todos muy bien impresionados. Pida a Dios, si es su voluntad, una buena bendición".

El padre Félix, después de pensarlo y consultarlo, resolvió dar el último paso: tener el primer grupo de estudiantes para que empezaran el curso en octubre de ese mismo año. Para esto era absolutamente necesario que él o el padre Edmundo fueran a México. Se resolvió que fuera éste. ¿Y el dinero para todos los viajes? Esto no preocupaba al padre Félix. Dios proveería. Inmediatamente el padre Félix escribió a la Compañía Trasatlántica y arregló el viaje del padre Edmundo para el 21 de julio. Antes quiso pasar en compañía del padre dos días de descanso y recogimiento en Asís e implorar allí la protección de San Francisco y de Santa Clara.

El último día, el 12 de julio, en el atrio de la iglesia de San Damián, el padre Félix dijo al padre Edmundo: "Vamos a renovar una escena

franciscana. Arrodílese". Y añadió: "Por santa obediencia se va a México y trae el primer grupo de estudiantes para la casa de Roma". El jueves 15 de julio el padre Félix despidió al padre Edmundo en la estación de Roma y le dio todo el dinero que tenía. Se quedaba en Roma y sin un centavo. Al regresar a la casa le escribió este billete tan paternalmente conmovedor: "Llego ahora de la estación. Me parece que se han llevado la mitad de mi alma. Acabo de recibir otra carta del padre Tomás. Tiene muy buenas esperanzas. Cree que la cosa será larga". A su vez el padre Edmundo, desde Lisieux, le regresó al padre Félix las liras italianas que según él no necesitaría durante el viaje.

El mismo día 15 el padre Félix recibió un telegrama del padre Tomás en que le decía que antes del 19 de julio, fecha en que se había comprometido a pagar las 100,000 liras que faltaban, le mandaría 950 libras. Y así fue. Más aún, los donativos de los generosos irlandeses llegaron esta vez a 1380 libras esterlinas, que se convirtieron casi en 200,000 liras italianas. Ya tenía para lo que necesitaba. "¡Qué bueno es Dios!", exclamaba agradecido. "De veras que debemos pasar el tiempo dando gracias a Dios y proponiéndonos, por puro agradecimiento amoroso, ser tales como Jesús quiere".

Tres meses y medio estuvo el padre Félix en Roma. Nunca había vivido tanto tiempo tan cerca del Vicario de Cristo. El sábado 14 de septiembre se despidió de la Ciudad Eterna, que no volverá a visitar. El 21 de septiembre tomó en St. Nazaire el barco "Espagne" que lo llevaría a su "querida patria adoptiva". El sábado 9 de octubre llegó a Veracruz, y sin ninguna dificultad desembarcó. Directamente se fue a esconder a una casa amiga. Después de seis largos meses de ausencia, llenos de penas y de gracias, volvía a lo que llama "su querida patria adoptiva".

En la casa donde estaba recibió al grupo de 14 misioneros, probables candidatos para ir a estudiar a Roma. Entre ellos se encontraban tres consejeros generales. Los reunió en consejo y se decidió que por entonces sólo fueran tres sacerdotes: los padres Edmundo Iturbide, como Superior, Ángel Oñate y Félix Ma. Álvarez; cinco estudiantes: Javier Calderón, Tarsicio Romo, Jacinto Torres y

Joaquín Paredes; dos coadjutores: Alfonso Pérez y Francisco Zavala. Dos días pasó en Veracruz dando sus últimas recomendaciones a los viajeros, el 11 por la noche se despidió de sus “queridos romanos”, y tomó el tren para México. Al día siguiente, muy temprano, llegó a La Villa de Guadalupe y directamente se fue a Tlalpan, en donde lo esperaban con ansia 19 postulantes a quienes ese mismo día les dio el hábito: “Fue —dice el padre Félix— un día de grande alegría”.

El mismo día que llegó el padre Félix de Roma fue Concha a verlo. “Lo encontró, dice, delgado, pero muy santo, recogido. No hay con qué darle gracias a Dios de su protección tan clara y patente, material y espiritual, con que se realizó lo de la casa de Roma”. Resume luego la historia de la fundación, y prorrumpe en esta acción de gracias:

¡Oh, y qué cierto es lo que dijo Jesús: Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todo se os dará por añadidura! Dios premia sin duda la fe del padre Félix. ¡Bendito sea! Se fueron 3 sacerdotes, 5 estudiantes y 2 hnos. coadjutores. Dios los ayude, los lleve con bien y que den el buen olor de Jesucristo haciendo honra a la Congregación por sus virtudes y sus estudios. Allá los espera el padre Tomás, irlandés, a cuya actividad, virtud, relaciones le debe mucho la fundación. ¡Oh, Dios, bendito, oh, Dios, amor y providencia y el todo de las Obras de la Cruz, bendito seas por todas las generaciones de Misioneros y de las Obras de la Cruz, tuyas, sólo tuyas y para tu mayor gloria. Gracias, gracias, y que María, la Reina de las Obras, te las dé por mí!

Profunda alegría experimentó el padre Félix cuando recibió la crónica de la audiencia que Pío XI concedió a la comunidad de Roma junto con Monseñor Valverde, Obispo de León, el 14 de enero de 1927.

He aquí las palabras que el Papa les dirigió:

Me siento profundamente emocionado y satisfecho al veros cerca de mí, porque saludo en vosotros a los mexicanos, y porque, así como vuestros corazones, el mío vuela en estos momentos a México, a ese grande país, hoy más grande que nunca, pues sigue admirando al mundo con sus heroicos ejemplos. México es un gran pueblo, porque ha sabido mostrar que tiene fe.

Las persecuciones contra la Iglesia de México hicieron sufrir mucho al padre Félix, sobre todo porque impedían el desarrollo de sus obras, especialmente de los Misioneros del Espíritu Santo.

El año de 1927 fue tal vez el año más cruel de la persecución: obispos y sacerdotes desterrados, seglares encarcelados o enviados al penal de las Islas Marías, mártires. Sin embargo, Dios protegió visiblemente a las obras de Concha y el padre Félix.

Aunque el padre Félix nunca estuvo a favor de la vía armada y no perteneció a ninguno de los grupos de resistencia cristera, y tampoco parece haber sido amigo de Miguel Pro y mucho menos haber conocido a León Toral, hay un dato interesante que los vincula y que puede aclarar por qué se les persiguió: Concepción Acevedo de la Llata, la madre Conchita, como se le conoce.

Esta mujer fue una “inocente advertida” que, injustamente acusada y sentenciada como la autora intelectual del asesinato de Obregón, no estuvo directamente involucrada en él, sino que era una de las dirigidas espirituales del padre Félix.

En septiembre de 1927 el padre Pro fue a oficiar misa al convento de las capuchinas que la madre Conchita dirigía y en el que, además de la oración, de los oficios religiosos y de la vida espiritual, se hacía el complot contra Obregón. Después de la misa, el padre Pro llamó en privado a la madre:

—¡Mire, hija —le dijo el padre Pro—, usted y yo nos vamos a ofrecer como víctimas a la Justicia Divina, por la salvación de la fe en México, por la paz de la Iglesia y por la conversión de los perseguidores de ella!

—¡No! —respondió la madre Conchita—. ¡Yo no me ofrezco!

—¡No sea cobarde! ¡Qué poco ama usted a Dios! ¡Usted nunca será santa! ¡Los santos son generosos, y a usted, por lo visto, no le impresiona que muera tanta gente sin auxilios espirituales!

Después de varios estires y aflojes, el jesuita la persuadió, pero la madre, antes de hacer el ofrecimiento, le dijo al padre Pro que debía consultar a su director espiritual. Lo hizo en cuanto pudo. El padre Félix ponderó la situación y le respondió: “que Dios podría pedirle no necesariamente la vida sino sacrificios aún más dolorosos como su salud, la incompreensión, la soledad, el abandono”. Luego agregó: “¡Vaya, hija, con mi bendición! ¡Y tenga la seguridad que la envidio!”.

XIV. Tarea inconclusa

Concha entra en los 67 años de edad, ahora que las cinco Obras de la Cruz están concluidas su tarea ha concluido. Tampoco tiene ya mucho que hacer con sus hijos. Todos han hecho vida aparte y si la solicitan es para que se encargue de los nietos. Sin embargo, siente que aún no ha terminado. Tiene un pendiente. Se le plantea la misma cuestión que la había asediado cuando se dio cuenta que el matrimonio no le gustaba y que el fuego de su amor era Cristo: irse de religiosa. Ya había terminado con sus deberes de madre, ahora, al final del camino, podría realizar el pendiente que habría colmado su vida: vivir ante el tabernáculo como una esposa de Cristo.

El padre Luis María Martínez le dijo que no. “Me dijo que él cree que yo no debo entrar, para conservar mi libertad en poder ayudar a las Obras con los Obispos, etc., etc. Dios mío, lo que Tú quieras”.

El padre Félix sufría, como todos, pero en la persecución veía la voluntad de Dios, y no sólo la aceptaba, sino la recibía como una gracia inmerecida.

El 3 de marzo de 1935 escribía a sus hijos de Roma: “A pesar de los enormes nubarrones y de la tempestad, se ven claros en el cielo. La Era Nueva viene, aunque todavía, dicen, poco a poco. Otros dicen que volando. En medio de todo se ve en cada uno, de arriba abajo, alegría y plena confianza en María”. Y tres días después a su director espiritual:

En lo agudo de la persecución hemos tenido que sufrir, bendito sea Dios, como tantos de nuestros hermanos, pues la casa en que vivíamos ha sido declarada bien nacional, aunque no nuestra, y esta misma tarde todos los que en ella vivían serán puestos en la calle. Son gracias que no merecemos. *Beati qui persecutionem patiuntur...* Esa beatitud es grande, y con profunda alegría veo que todos los del gremio están en paz y dan gracias a Dios.

Sí, que Dios haga y deshaga en nosotros. Ahora que la persecución nos ha dispersado lo vamos repitiendo con amor y resignación santa. Es tiempo, más que nunca, de ejercitarnos, como Ud. dice, en las virtudes de fe, de esperanza y de caridad. Fe para creer firmemente que Dios ve todo lo que pasa y que sacará de ello gran bien para México. Esperanza en Él, nuestro creador, nuestro Padre y nuestro Redentor. Caridad. Sufrir por amor y perdonar. "Amarás a los que te odian". De 130 que éramos, ninguna vocación ha sufrido en lo más mínimo, y todos han dejado ver su excelente espíritu: el amor a la cruz, sólo por Jesús, los ha hecho pasar con alegría sobrenatural por encima de todos los sinsabores.

Concha ha alcanzado unas alturas inmensas en el orden de la mística.

Se ha ido instalando lentamente en la atmósfera divina, en Dios mismo, y desde ahí va y viene a sus tareas diarias: va de compras, lucha, cuida enfermos, niños, aconseja. Está en el mundo estando en Dios.

Concha está instalada desde hace mucho tiempo ahí. Pero su conciencia no ha logrado abrirse plenamente a esa experiencia que ha vivido día tras día. Hay algo que siempre la atormenta y nubla la plenitud de esa experiencia: si no son sus sentimientos de imperfección, su sensación de indignidad, es su frustración de no haber sido monja, esposa legítima de Cristo en el orden del canon religioso de su siglo. No ha acabado de asumir que ha sido llamada a otra cosa, a abrir un camino inédito en la vida de la Iglesia y en su calidad de laica, sufriendo en su cuerpo y en su alma por amor a Dios y a los hombres, y al fustigar al mundo y a los sacerdotes con sus obras y sus revelaciones, vive la vida misma de Cristo y participa en la salvación del mundo.

La vida y testimonio de Concha muestran que no es Dios quien consuela al hombre, sino el cristiano quien, como dice San Pablo, "completa en el cuerpo de Jesús, la Iglesia, lo que falta a la pasión de Cristo". Al asumir esta pasión, Concha coopera en la salvación del mundo.

Comprendió que no debía buscar el consuelo de Jesús, sino asumir los sufrimientos de su agonía, de esa agonía que se continúa en el

sufrimiento que proviene de los pecadores.

Concha vivirá no sólo el silencio de Dios, sino su ausencia.

Ella es ya una anciana, pero tiene todavía una energía descomunal; al fin de cuentas está enamorada, apasionadamente enamorada y los que hemos experimentado un poco el amor sabemos de lo que se trata.

Por más enferma que esté no se dobla ante el servicio y lo que Dios quiera. No sólo a su edad, arrastrando su cuerpo a donde la solicitan, visitando obispos, asistiendo a las casas de las Religiosas de la Cruz y de los Misioneros del Espíritu Santo, hace labores de Marta; en su oración, fiel al ofrecimiento que, desde su sacerdocio místico, bautismal, ha hecho por los sacerdotes, ha logrado que el padre Martínez le autorice durante la Cuaresma usar sus acostumbradas espinas y rosas por 25 sacerdotes que ejercen su "ministerio y trabajan hasta matarse".

En esas anda Concha cuando la voz, que se ha mantenido en silencio, vuelve a hablar: "Vendrán días más amargos, pero mi fortaleza sostendrá a los que en mí confíen".

Ella, el 3 de octubre de 1932, ha ido con su renqueo y sus enfermedades a visitar al padre Ruiz: "Me dijo que si lo expulsan sufriré, pero que ha cumplido con su deber. Me confesé, me bendijo y me contó que había dicho su Misa a Santa Teresita muy fervorosa".

A la mañana siguiente, Concha registra el hecho:

PENA. Hoy a las cinco y media de la mañana fueron a llevarse de la Delegación al S. Delegado Mons. Ruiz; todavía estaba acostado.

Se lo llevaron a Gobernación, de ahí a una casa, cuidado por gendarmes y a la una de la tarde lo pusieron en un avión expulsado a los E. Unidos.

Anoche en la Cámara de Diputados muchas blasfemias contra Dios y su Iglesia. ¡Dios mío! Y hoy en los periódicos felicitaciones al Presidente por la expulsión del S. Delegado Apostólico.

¡Oh, Dios mío! Perdón y misericordia para este pobre México.

Mi alma sufriendo por tantos pecados.

El silencio de Dios en su alma se hizo más intenso, comienza a sentir el rigor de su ausencia.

Concha tiene 73 años y está al final, anciana y enferma, debatiéndose con el silencio de Dios y la última etapa de su vida mística. No sólo ha consolidado las cinco Obras de la Cruz, sino que ha logrado criar a sus hijos haciéndolos independientes y hombres de bien. Es abuela y las congregaciones que ha inspirado y fundado han crecido:

Las Religiosas de la Cruz son 200, repartidas en varias casas a lo largo de la República Mexicana, y los Misioneros del Espíritu Santo tienen 52 sacerdotes, 77 que han hecho votos perpetuos, más de 50 apostólicos y varias casas, incluso una en Roma. Pero Concha se queja de que su amado padre Félix, que también ya tiene sus años, reconoce a las Hijas del Espíritu Santo como la sexta Obra de la Cruz y que con su espíritu fundacional los Misioneros descuidan las Obras fundamentales:

Figúrese —le escribe al padre Ruiz el 20 de agosto de 1935— que muchos de los Misioneros tienen su fundación particular. El padre Félix no sé cuántas. Las Verónicas, las de Nazareth [Hijas del Espíritu Santo] (que son las de los Colegios preapostólicos), las de la Apostólica [Oblatas de Jesús Sacerdote], no recuerdo su nombre, y va a fundar otras para servicio de los Seminarios y no recuerdo cuáles otras.

Todo está bien como obras de celo, si no se descuidaran por esto las Obras de la † que son cinco, según ha dicho muchas veces N. Señor: El Apostolado de la Cruz, La Alianza de Amor, la Liga Apostólica y las dos Congregaciones.

El P. Edmundo ha fundado, en religiosas, las Sritas. De Motolinía [Colegio de la Srita. (no recuerdo)], y se llama no sé qué de los Sacerdotes [Misioneras de Jesús Sacerdote], ya consiguió que sea Pía Unión. Se entretiene mucho con eso y tiene semidescuidados los otros Cargos de la Congregación.

El P. Pablo [Guzmán] quiere fundar una Congregación de la Gratitude [Misioneras Eucarísticas de la Santísima Trinidad].

El P. Moisés [Lira] fundó una casa-hogar [Misioneras de la Caridad de María Inmaculada] y dice que es Obra de la Alianza de Amor, de quien es el Director. Está dándole otra orientación a la Alianza, que es una Obra para almas que aspiran a la perfección y que no pueden ser religiosas.

El P. Félix dice que son seis las Obras de la Cruz, metiendo en ellas a las Sritas. de Nazareth, que se titulan "Hijas del Espíritu Santo", quería ponerles el título de Misioneras y el mismo hábito del de las de la Cruz. La M. Manuela [Cacho], cuando lo supo, le suplicó al P. F. que no y sólo hizo un ligero cambio. Creo visten de blanco con el monograma compuesto.

Uno de los misioneros le sacó por escrito al P. F. que son 6 las Obras y no 5, y hay cierto cisma y disensión entre los Misioneros.

Yo sí digo que crezcan y se multipliquen y que Dios las bendiga, entonces, ¿por qué me dará miedo? ¿Será envidia de que ellas opaquen a las de la Cruz? Yo no quiero tener envidia, pero repito ¿por qué me dará miedo?

El padre Ruiz le escribe a Concha:

Amada hija en el Señor: ciertamente que son amenazas de temerse todas esas cosas de que me habla, porque tantas Obras tienen que distraer la atención y perjudicar a las verdaderas y propias.

Bueno, ¿qué remedio? El siguiente:

1º. Poner toda su confianza en Jesús; tiene usted y tenemos todos tales pruebas de que estas Obras son suyas, que no podemos dudar que Él las cuidará.

2º. Ofrecerle la corona de espinas que esto significa.

3º. Hable usted con toda sencillez y franqueza con el Señor Arzobispo haciéndole ver los peligros que usted justamente prevé por la multiplicidad de obritas. Yo estoy dispuesto a ayudar cuanto se pueda.

A mediados de octubre de 1935 volvió a ir a Morelia a sus ejercicios de cada fin de año. Está ansiosa, pues desde hace años sólo ahí se siente a gusto, sólo ahí la voz le habla. Lo apunta en su Cuenta de Conciencia al llegar a Morelia: "Tengo hambre de soledad, hambre y sed de Él, de su acercamiento, de mirarlo y de que me mire. Tengo hambre de que me tenga lástima y me cure y me transforme y me limpie y me incendie y me perdone y me salve".

Concha se abandonó, se entregó en el silencio de su Amante. Ninguna queja. Sólo ella completamente abandonada ante el silencio de Dios.

El 31 de octubre de 1935, la voz volvió a hablar por última vez:

Sigue pendiente de la necesidad de la oblación para estos tiempos de

hedonismo, de distracción y de persecución”, y le pide una “cadena de almas víctimas en favor de la gloria de mi Padre, siguiendo el espíritu de la Cruz [...] En su mayor parte serán personas casadas...

Quiero que en esta cadena entren muchos actos de expiación por los divorcios, que violando mis leyes tanto daño traen a los hogares, y no tan sólo a quienes los ejecutan, sino a muchas almas, esposos, hijos, sociedad, etc. [...]

¡Cuántos pecados de adulterio hieren mi Corazón purísimo! Adulterios entre los hombres, adulterios entre los Míos, mis sacerdotes, esa pureza que se aleja del mundo enfangado con tanto pecado contra esta virtud celestial [...]

Otros pecados que necesitan reparación [...] son los de los padres y madres fríos, indiferentes, descuidados de los deberes para con sus hijos, que con su apatía, malos ejemplos, pecados y mundos, abandonan las almas de sus hijos, y dejan que se perviertan por vanidad, por ventajas baladíes, falsificando mis leyes, y desorientando de su fin la conciencia de sus hijos...

A Concha le encantó que la voz le haya hablado después de casi un año de silencio y que le haya pedido “una cadena de almas víctimas en favor de la gloria de mi Padre, siguiendo el espíritu de la Cruz...”. “En su mayor parte serán personas casadas...”. Siempre ha estado dispuesta para inmolarse como víctima, junto con otros, en Cristo. Lo que no le agrada es el nombre de cadena. Todo debe tener un orden y por ese orden ha batallado con el padre Félix y anda limitando a Julia, quien quiere poner Casa Madre (su Noviciado) aquí en México: “Señor —le dije—, te voy a decir una cosa y es que a mí no me gusta que esta obra se llame ‘Cadena’; Cadena, sólo la ‘Cadena de Amor’ de las Obras de la Cruz, ponle otro nombre...”. “—Le pondremos ‘CRUZADA DE LAS ALMAS VÍCTIMAS’... ¿Te gusta?...”.

Por su puesto que le gustó. No bien volvió a México se puso a fundar la Cruzada que había sido ya inaugurada por Martínez con cuatro socias. Como si las fuerzas le hubieran renacido, la anciana entusiasmó y puso a trabajar en la fundación de la cruzada al padre Pascual Díaz, al padre Félix, al padre Edmundo Iturbide, a Guadalupe Treviño y al padre Fallon, quienes deciden que el padre Félix sea el director.

Al padre Félix no hay que decírselo dos veces, a él las fricciones no

lo enemistan y, no obstante sus diferencias con Concha, continúa adorándola como el primer día de su encuentro. Este hombre, a pesar de su vejez y de sus achaques, tiene también una energía descomunal que sólo detendrá la muerte.

Pero no todo es miel sobre hojuelas. La enfermedad y la vejez aprietan a Concha y las gestiones de Julia Navarrete siguen por buen camino. Los oficios que el padre Ruiz ha hecho desde su exilio parecen no haber obrado gran cosa en el espíritu del padre Pascual Díaz, quien, según Julia y su biógrafo Gutiérrez Casillas, ha dado su palabra para que la fundación del noviciado de las Misioneras Hijas de la Purísima Virgen María se lleve a cabo en México.

Concha está en cama, padeciendo del corazón, y el gobierno le ha dado una prórroga para que ella y la familia de su hijo Ignacio busquen otra casa.

La encuentran, en San Ángel, en la calle de Altavista número 2, que ahora es una de las casas de las Religiosas de la Cruz, donde hay un museo en el que se puede apreciar el refinado gusto de Concha. El 15 de abril de 1936, el gobierno toma posesión de la casa:

Hoy tenemos que dejar la casa y ya nos estamos cambiando a una de San Ángel. Muy cansada con los empaques y el cambio.

Dios perdone a estas pobres gentes que se cogen lo de la Iglesia, lo que le pertenece a Dios en sus Ministros.

Ha sido este mes muy penoso para mí en el alma y en el cuerpo; pero me vine con mi Jesús, y aunque no lo vea, aunque no lo sienta, sé por fe que está muy cerca de mi alma, y además en la Divina Eucaristía, que pronto estará en su Sagrario.

Varios días sin Él mientras el oratorio se arreglaba.

¡Oh, Dios mío! Sólo Tú sabes lo que por mi alma pasa [...] sólo Tú puedes medir mis dolores de ausencia, las internas penas, y todo lo que en el exterior me rodea [...]

XV. Últimos tirones

Las presiones y las gestiones que Concha ha hecho con los obispos para que Julia no funde, y las que Julia, por su parte, ha hecho para lo contrario se ven interrumpidas. Don Pascual Díaz, quien era el apoyo de Julia, se ha puesto mal los primeros días de mayo de 1936 y el 15 muere sin haber resuelto el asunto.

Unos meses después, Julia tomaba su noviciado y se volvía a Aguascalientes.

Como ya vimos, la ciudad de San Luis Potosí es la capital del Estado y la sede episcopal de la diócesis del mismo nombre. Aquí nació el 8 de diciembre de 1862 Concha, a quien Dios se dignó comunicar su voluntad sobre las Obras de la Cruz. Por eso San Luis Potosí es considerado como la cuna de dichas Obras. Sin embargo, por dificultades especiales se fundaron ahí relativamente tarde.

El 3 de mayo de 1894, en la hacienda de Jesús María, cerca de San Luis, se levantó la primera Cruz del Apostolado, emblema de esas Obras. El lugar se ha convertido en centro de devoción y piadosas peregrinaciones.

El domingo 25 de octubre de 1936, fiesta de Cristo Rey, Monseñor Tritschler hizo entrega oficial de la Capilla de Nuestra Señora del Rosario a los Misioneros del Espíritu Santo.

El padre Félix, como en cada nueva fundación de las Obras de la Cruz, estaba feliz. He aquí como daba la noticia:

La instalación de los Misioneros del Espíritu Santo en San Luis por Mons. Tritschler fue un triunfo. Allí estaban todos los amigos y la capilla estaba repleta. Les anuncio que la fundación de Sn. Luis, tan deseada, ya es un hecho. ¡Desde antier tenemos casa en San Luis! Ya hay exposición perpetua (diaria) en la Capilla del Rosario.

Mons. Tritschler se mostró sumamente amable y muy Sacerdote. Habló dos veces de manera de ganarnos a sus oyentes. E hizo él mismo la primera exposición del Smo. Sacramento. Invitó a los Misioneros del Espíritu Santo a comer con él.

Su Excelencia el Sr. Obispo de San Luis cuenta mucho con los Misioneros del Espíritu Santo. Y éstos van con grandes deseos de trabajar, contando con la promesa aquella: Harán mucho bien en el silencio de los confesionarios.

Ya tenemos allí nuestra casa, y sobran dos piezas por si algún sacerdote quisiera entrar a ejercicios.

Concha no estaba menos contenta. En su diario del 25 de octubre escribió: “Hoy se hizo o se inauguró una nueva fundación de los Misioneros del Espíritu Santo en San Luis Potosí. Te Deum laudamus. Ahí nacieron las Obras de la Cruz. A cada paso, en muchos de sus templos, habló Jesús de ellas. Ahí sufrí muchos martirios, ahí gocé de muchas promesas y de grandes favores de Dios”.

A los problemas que Concha padece del corazón y de presión alta, se le agregaron bronquitis y reumatismo infeccioso que ella describe con humor: “se me hacen bolas los nervios, o tendones, con unos dolores como de calambres... las bolas como ardor de quemadas; estoy tanteando el purgatorio...”.

¿Está al final? Ella lo cree, por eso decide irse a la “Cima” en Mixcoac, una exhacienda donde las Religiosas de la Cruz habían trasladado la casa general.

En menos de tres años se ha desmoronado. El padre Martínez, la anima:

Hay dos cosas en su vida espiritual claras, indiscutibles de las cuales no debe jamás tener la menor duda: EL AMOR QUE JESÚS LE TIENE A USTED; EL AMOR QUE USTED LE TIENE A JESÚS.

Mire: véngase cuanto antes a sus ejercicios, pues ya necesita un descanso, después de las penas y martirios de este año terrible. El Jesusito de Morelia no falla.

Véngase aunque esté medio enferma; aquí la curamos y aunque no le curemos el cuerpo, el alma aquí se le transforma con la luz, con la dulzura, con las caricias de Jesús.

La "Cuevita" la espera.

Allá fue Concha. Desea estar en paz, sola, con su Jesús.

Bajo el peso del silencio de Dios, de la vejez y de la enfermedad, encerrada en la cuevita, Concha, como Cristo en la cruz, con el sufrimiento en el alma y en el cuerpo, con la más grande de las desolaciones que llevó a Jesús a clamar "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", persevera y se abandona en la fe.

Haciendo memoria de sus últimos ejercicios espirituales en Morelia, Concha continúa escribiendo:

Que en los Oasis te amen por mí, te amen conmigo, te amen sin cesar...

¡Qué hermosas frases de mis ejercicios que quiero estudiar... combinar... y practicar...!:

Audacia... Generosidad.

Inmolarme sin descanso, pero con la seguridad del amor y de la unión... Descubrir la ternura a través de los desdenes... poseer íntimamente a Jesús, sintiendo su ausencia...

Llevar el cielo del amor en el alma, junto con el infierno de una desolación terrible...

Sufrir todo, pero esperarlo todo.

¡Padre mío, Padre de mi alma! ¡Qué horizontes me ha abierto Dios! Gracias. Yo procuraré ser generosa, y creer... y esperar... y amar y verme amada; sentir el rechazamiento, y arrojarme en los brazos de Jesús, buscándolo entre las sombras con la oscura fe, como yo pueda.

Le prometo con todo mi corazón "abandonarme en el Dios que me abandona".

... es preciso que el dolor destruya todo lo que yo he sido y que me convierta en todo lo que Jesús es.

Ya muy enferma y agotada, hizo tres últimas visitas: al padre Félix y a las Religiosas de la Cruz en las dos casas que en México tenían. Después, volvió a su casa para no salir más...

Un agotamiento terrible la postró en cama y poco después, en diciembre, se declaró una bronconeumonía.

Cada año acostumbraba esperar el fin y el principio del año nuevo postrada en tierra para dar gracias a Dios por el año que terminaba y para pedirle nuevas gracias para el siguiente. Todavía ese 31 de diciembre de 1936, a pesar de perdurar aún el peligro de muerte, se incorporó en su misma cama a las 12 de la noche para hacer lo que durante toda su vida había hecho.

A principios de enero de 1937 se notó una ligera mejoría y pudo trasladarse al piso alto. Junto a su recámara se instaló el Oratorio con el Santísimo, tal como todavía hoy se puede ver.

Mientras fue posible, sentada en un sillón de ruedas, la llevaban frente al sagrario, donde pasó largas horas de su última enfermedad.

La bronconeumonía desapareció, pero quedó herida de muerte: los miembros inferiores que desde hacía tiempo se venían inflamando, tomaron ahora proporciones monstruosas, de manera que fue necesario hacerle punciones dolorosísimas para extraerle el líquido, que no cesó de manar hasta su muerte.

Aunque la bronconeumonía que le aquejaba desapareció en enero de 1937, como ya se mencionó, quedó herida de muerte.

Para agravar más su situación, no podía recostarse en su lecho y pasaba los días y las noches interminables sentada en un sillón; el menor movimiento le causaba agudísimos dolores; tenía las plantas de los pies tan inflamados y escoriados que era un martirio asentar los pies, aunque fuera sobre un cojín. Los insomnios eran constantes y las penas del alma iban en aumento.

A principios de febrero se declaró la erisipela y se recrudecieron sus males.

El 21 de febrero la ciencia médica se declaró impotente.

El 2 de marzo era tal su agotamiento, que pasó el día como sumergida en un sopor que hacía temer que hubiera llegado la agonía. A las 7 de la noche le vino un síncope. El Excelentísimo Señor Martínez con el padre Félix empezaron a recitar las preces de los agonizantes, pero el síncope pasó y a las 11 de la noche casi todos se

retiraron a descansar, pues el médico aseguró que el peligro había pasado.

XVI. “Sólo un hasta luego”

Convencidos de que Concha morirá pronto, el padre Martínez, el padre Treviño, el padre Edmundo y el padre Félix se trasladan a su casa. Las hermanas que han llegado para cuidarla le piden unas palabras: “que me voy muy agradecida con todas, que todas han sido muy buenas conmigo; y a ustedes, Hijas, háganse santas”.

Cerca de las 12, después de sobrevivir a un síncope, una palidez mortal invadía su semblante... Fueron entonces llamados todos los que en la casa estaban presentes.

Diez años antes había escrito: “Quiero que al morir me ayude mi Director, un misionero siquiera del Espíritu Santo... Pero, si al dejar la tierra quieres, oh Dios mío, que esté sola y abandonada de Dios y de los hombres, en luchas o en paz, entre dolores terribles o en calma, con mis hijos o sin ellos, en religión o en el mundo, aquí o allá, de noche o de día, molestando o no, sólo ÚNICAMENTE quiero tu voluntad divina”.

Cuando llegó el momento supremo, Monseñor le dijo:

“Aunque usted no lo sienta, Jesús está en su corazón [...] ofrézcase una vez más como víctima... ofrezca su vida por sus Hijos, por sus Hijas, por los sacerdotes, por la Iglesia...”.

Concha le dirigió una última mirada, llena de comprensión inexplicable...

Sin que se pusieran de acuerdo, todos los presentes convinieron en que en esos momentos su semblante, su mirada, sus rasgos contraídos, toda su actitud reproducía de una manera inefable a Cristo agonizando en la Cruz.

No dijo una palabra, no exhaló una queja, guardó un silencio

impresionante.

Al fin, inclinó ligeramente la cabeza y sin ninguna demostración expiró.

Poco antes de la media noche del 2 de marzo de 1937 falleció Concha.

Veinte minutos después de la media noche, el 3 de marzo de 1937, las Religiosas de la Cruz la amortajaron y revistieron con su propio hábito, puesto que, por la concesión de Pío X, de la cual ya hablamos, pudo morir como Religiosa de la Cruz.

Diez años antes había escrito también:

Quiero que me entierren de caridad; es un antojo pedir de limosna una tierra que me cubriera, es una ilusión que siempre he tenido. Sin cajón, sólo vestida con mi hábito, entre la pura tierra, sin flores, sin nada: ¿flores a quién...? ¡Dios mío! sólo una cruz sobre la tierra, qué encanto que me hace estremecer de alegría...

Otro deseo me resta, la ilusión de mi vida: imorir en una celda, tener un hábito de la Cruz! ientrar de Hermanita Coadjutora, a hacer zapatos, a ser sirvienta de las esposas de Jesús! Vivir mandada, humillada, olvidada, despreciada, como de caridad; sufrir mucho y morir con los votos religiosos como de favor escondida a todas las miradas humanas [...] En trono o en muladar, en plumas o en caballeriza, en el mundo o en el Oasis; donde Tú quieras que muera, allí quiero yo.

El cadáver, revestido como Religiosa de la Cruz, fue expuesto en el oratorio y antes del amanecer empezaron a celebrarse misas en sufragio de su alma, aunque todos pensaban más bien en la felicidad que inundaba su alma y de la cual era prenda la paz y el gozo íntimo que irradiaban sus despojos mortales.

Su director le había dicho:

Ud. seguirá amando en la tierra a Jesús, y sirviéndole y sacrificándose por Él en su numerosa descendencia. Espere en Dios que, hasta el fin de los tiempos, algo suyo, pedazos de su alma —por decirlo así— continuarán la “Cadena de Amor” y de dolor iniciada por Ud. ¡Qué dicha poder amar y sufrir después de la muerte, a través de otros; amar en el cielo con el amor beatífico, y amar y sufrir en la tierra a lo humano, en su descendencia espiritual, que se multiplicará hasta el fin!. (Ejercicios de 1927).

Apenas se supo su muerte y empezaron a desfilar incontables personas a venerar sus restos, tocándolos con rosarios, crucifijos, medallas, imágenes. Esa piadosa romería fue en aumento hasta la hora del entierro, que tuvo lugar al día siguiente, 4 de marzo. Innumerables coches acompañaron el cadáver al Panteón Español; en él había una gran multitud que esperaba para presenciar la ceremonia de la inhumación. Presidían el cortejo fúnebre el Excelentísimo Señor Martínez, el Excelentísimo Señor Maximino Ruiz, Misioneros del Espíritu Santo, numerosos sacerdotes, todos los alumnos de la Escuela Apostólica, religiosas de diferentes Congregaciones (las Religiosas de la Cruz no asistieron por ser de clausura) e innumerables fieles.

Los restos mortales de Concha fueron depositados en la cripta que en ese Panteón tienen las Religiosas de la Cruz. Para que ocupara el centro, se le había designado la fosa número tres, pero el ataúd era demasiado grande y no pudo entrar en ella. Y como sólo el número uno dio el tamaño, fue colocado ahí. Viendo lo cual, el excelentísimo Señor Martínez dijo en voz baja: "Ese era el lugar indicado: ¡fue la Religiosa de la Cruz número uno!".

La fosa está cerrada por una gran plancha de mármol blanco y, abarcando toda su extensión, tiene una cruz de mármol negro, sobre la cual, con letras de bronce, hay una inscripción que resume toda su vida y que fue su nombre de religión: "CRUX JESU-CRUZ DE JESUS".

Concha anhelaba dar a conocer el valor del sacrificio amoroso en un ambiente de pureza; y no tanto con sus escritos cuanto con su vida: "Sentía ya muy niña, en mi alma, una grande inclinación a la oración, a la penitencia y a la pureza, sobre todo". Entiende ya muy bien que el dolor por sí mismo es estéril: "Me explicó (el Señor) sus deseos de que las almas no desperdiciaran sus penas y sus dolores y que los unieran a los Suyos". Sabe que "el mundo huía de la Cruz porque no la tomaba más que por el lado del dolor o la repugnancia". Conoce, a partir de la visión de la Cruz en 1894, que "en la Cruz del Apostolado la Cruz se presenta con un Corazón, para indicar que la

Cruz no está nunca sola, sino que lleva siempre clavado en ella, de una manera inseparable, al Corazón de un Dios, a su misericordia, a su amor". Sabe, igualmente, como le comunica el Señor, que: "Mi Cruz sola (dice el Señor), espanta y hace temblar, pero mi Corazón clavado en ella, atraerá suavísimamente a las almas, enamorándolas del dolor". De ese dolor habrá de enamorarse, pero sólo en cuanto que "unido al de Cristo, puede ser la materia del sacrificio de sí mismo, realizado voluntariamente y con amor".

Tiene la convicción de que lo que salva, no es el dolor, sino la Cruz, en donde inseparablemente de ella, se encuentra Jesús. Así como también sabe, que sólo se puede amar la Cruz, si es que el Espíritu Santo nos lleva a ella: "Es la Cruz el crisol donde el alma se purifica. Es la Cruz el recreo del alma enamorada. El que ama la Cruz es verdaderamente feliz. Y, ¡qué engaño el del hombre que rechaza la Cruz, que huye de ese riquísimo tesoro!". "Sólo el Espíritu Santo que es la fortaleza de Dios, puede comunicar el secreto del valor de la Cruz y sus encantos sublimes".

"Jesús me explicó cómo y por qué el Espíritu Santo cobijaba esa Cruz (la de la visión que tuvo ella), porque el alma que ha sido creada para gozar, naturalmente rechazaba el dolor, castigo del pecado, y que sólo con la ayuda y la gracia del Espíritu Santo se podía santificar y hasta amar la Cruz y cargarla hasta con gozo a imitación de Él". Sabe que lo que hace amable la Cruz es la presencia en ella de Jesús, o de su Corazón. Nos dice lo que ella sentía desde chica: "Yo era dichosa inventando penitencias y maneras de mortificarme: sentía ya desde entonces un desprecio propio, muy crecido y hambre de padecer". "Sentía dentro, yo no sé qué en el alma, consuelos indecibles, ofreciéndole eso a Dios con todo mi corazón [...] gozándome en que sólo Jesús lo supiera".

Ella proyecta, retrospectivamente, una mirada sobre su infancia, en la que ocupan un lugar importante "las penitencias". Su "inclinación a la hermosa virtud de la penitencia". Esos modos de mortificarse corporalmente eran únicamente el comienzo de lo que viviría posteriormente en plenitud. Esos gestos, valerosos e infantiles

a la vez, de mortificación y penitencia, ella no los considera como hechos aislados y discontinuados de su vida. No fue algo que amó en la infancia y que después vio más conveniente abandonar. Todo lo contrario. Para ella son los primeros lineamientos de su fisonomía definitiva, tal como Dios la querría en su realización: “Cruz de Jesús”. Esa inclinación a la penitencia corporal se hará cada vez más profunda y consciente, terminando por desbordar el campo de la penitencia corporal, para convertirse en algo más medular y esencial: la inclinación a la Cruz. He aquí lo que podríamos llamar ya, algunos elementos de la estructura sobrenatural en que se realizará su entrada en la vida mística con todas sus experiencias propias:

¡Oh, si el mundo entendiera las inefables dulzuras de las penitencias y sus santos efectos en el alma, cómo se arrojarían ansiosas las gentes a practicarlas. Oh, mi Jesús, mi amadísimo Jesús! Y, ¿por qué tienes tan ocultas esas delicadezas de tu Cruz? Pero no se crea que tan sólo el padecimiento material he tenido, por dicha mía, sobre las espinas, sino que también las purificaciones internas del alma, esas espinas mil veces peores que las del cuerpo, han venido a completar mis calvarios: ¡qué felicidad!

El ejercicio de las penitencias corporales puede relacionarse, o bien con la virtud moral y cardinal de la templanza, o bien con la virtud de la penitencia, o bien con la caridad, en cuanto que ésta es participación del mismo amor penitente de Cristo.

Como parte de la virtud de la templanza, la mortificación de los sentidos y del cuerpo en general está destinada para asegurar la libertad del espíritu, de modo que el cuerpo no abrume al alma y la deje vivir su vida superior. En cuanto relacionada con la virtud de la penitencia, la mortificación corporal será la expresión de la penitencia interior.

El motivo del gozo de Concha ante las espinas es que “Jesús se va a alegrar”.

Dios manifiesta conveniente que nuestra salvación, realizada por el Verbo Encarnado, sea por medio del sufrimiento y de la Cruz.

Concha va a las penitencias, no por una inclinación al sufrimiento, sino por querer agradar a Jesús. Ante las penitencias, nunca deja de

temblar y sentir la repugnancia natural: “las penitencias, escribe ella, las hago a fuerza”.

Para la mente del cristiano, las penitencias corporales pertenecen al universo de la Redención por la Cruz.

En una de tantas ocasiones le dice el padre Mir, su primer director espiritual:

Siento, dice el P. Mir, un impulso muy vehemente de hablarte de cruz, de espinas, etc., y mi corazón siente que debes subir más. Me parece que veo muy claro para ti, y no puedo resistir a darte un gran empuje. Veo que te podrías enfermar algún tanto, pero no sé detenerme; y aunque naturalmente me das compasión, con todo, con otra luz y fuerza, te querría ver en puro y vivo holocausto. Quiero que vivas algún tiempo para que sufras y te empapes de mirra, porque Jesús te quiere hostia (víctima) pura, hostia santa, hostia inmaculada, a imitación de tu Crucificado. No te resistas. Sé que todo esto es difícil, pero aliento, aliento hasta el monte de la mirra, hasta Cristo Crucificado. Así salvarás almas; para ti éste es un medio excepcional, pero, estás segura que salvarás miles; no lo sabrás mientras vivas, porque tu vida ha de ser oculta sin saber el resultado hasta la eternidad.

A Concha le ha dicho el Señor varias veces:

Sacrifícate por la Iglesia [...] Mi Iglesia, me ha dicho, es lo que más amo y es lo que más me ha hecho sufrir [...] verdaderamente vivo crucificado en ella [...] Quiero que seas víctima por la Iglesia; no sabes lo que esto vale; déjate hacer, que es un regalo con que te obsequio. Las almas víctimas, sacrificadas por la Iglesia, tienen un premio especial. También esto quiero como un fin principal de las religiosas y de los religiosos de la Cruz.

Por ello, todos, laicos (como Concha) y religiosos, estamos llamados a ser almas víctimas sacrificadas por la salvación de los hombres, y con ello hacernos merecedores de los más excelsos premios, de los mayores gozos y de la más grande felicidad.

XVII. Narraciones

A continuación se narran algunas anécdotas que se recuerdan sobre Concha, las cuales tienen como nexo el deseo de servir a la humanidad; asimismo diversos comentarios, que la tradición nos ha aportado respecto a su comportamiento y proceder.

Muchos y largos ratos pasa Concha en contemplación, para saborear su realización personal en el Apostolado de la Cruz, que es el centro de su vida interior. Contempla y se siente contemplada en horas, que todo es lo mismo si se pone el corazón.

Contemplativa en medio del mundo. Secular, muy metida en las inquietudes de la época que le toca vivir y, a la vez, en continua superación espiritual.

Lo de ella era estar en medio del ruido del mundo con la cabeza y el corazón puestos en su misión.

Sabía bien que lo que más le podía ayudar era su ejemplo y se propuso una relación de confianza y de cariño.

Con el tiempo tendría la satisfacción de ver que muchas y muchos pudieron realizar cumplidamente su misión en la vida.

Concha tenía un sentido muy práctico de la formación integral que necesitaban las Religiosas del Oasis, les enseñaba a ser ordenadas, se preocupaba de su formación y les hacía ver cuándo no se habían comportado bien, para que pidiesen perdón.

Se encontraba feliz tratando con aquellas religiosas y con aquellos jóvenes misioneros sencillos, y sabía hacerlo sin aire de superioridad. El cariño que les tenía hacía que se sintiera igual a ellos, que supiera ponerse a su misma altura. Con enorme afecto trata a tantos jóvenes, procedentes de sectores desfavorecidos de la sociedad, que llegarán a

considerarla como su mejor amiga. Para ella debió ser el apostolado más gratificante que realizó en su vida.

Concha siempre se acomodó a la nueva vida y al nuevo trabajo, como si no le costase esfuerzo, se infiere que pensaría:

Estoy muy contenta, algunos días noto muchísimo la realización espiritual.

Querría que todos los que vienen por aquí tuvieran vocación y fueran tan felices como nosotros.

Concha fue enseñando a vivir el espíritu de la Misión.

Tenía muy buena facha, muy abierta y simpática. Concha caía francamente bien; tenía un atractivo humano grande, era muy educada, muy vital y agradable.

Una persona comentó:

Oí hablar por primera vez de la Misión, y la identifiqué plenamente con Concha. Para mí resulta ser así de alegre, así de optimista, así de jovial y de atractiva. No es que Concha tuviera unas dotes de persuasión especiales, ni que fuera una oradora extraordinaria, no era nada de eso, lo que ocurría es que daba mucha confianza y lo que hablaba con tanta sencillez, tenía fuerza; transmitía seguridad. Todo aquello era fruto de su espiritualidad. Sabía perfectamente lo que quería, y, sin salirse del tema que abordara, iba poco a poco ganando terreno, hasta demostrar lo que pretendía.

La arrolladora simpatía y la sencillez de Concha hacían que inmediatamente se encontraran a gusto con ella.

Era una persona que invitaba a hablar en profundidad; su naturalidad, su simpatía, aquella sonrisa siempre tan agradable [...]

La fidelidad y respuesta generosa de Concha a la vocación, y su grandísimo celo apostólico, hicieron que muchas personas descubrieran que también ése era su camino y, con su ayuda, lo emprendieran.

Traspasaba su amor a la misión sólo con su presencia, bastaba acercarse a ella para entender su espiritualidad.

Iluminaba con la luminaria de su fe y de su amor.

A pesar del trabajo que le supone la atención de las personas de la misión, el apostolado y sus demás quehaceres, responde con docilidad a todo cuanto le piden sus superiores para contribuir en la expansión apostólica de la misión.

Escribe en una ocasión: “No sé qué decir, soy muy feliz, tengo mucha paz, y todo se lo debo a las obras. Así que todo lo que Dios me ha dado quisiera usarlo en trabajar mucho más. Estoy dispuesta a obedecer, a discurrir y a trabajar todo lo que soy capaz”.

Medita sobre la muerte y las postrimerías y escribe: “No me llevará el Señor hasta estar purificada del todo”. Antes de terminar, repasa también su vida pasada, todas las faltas de antes, y escribe contando sus propósitos renovados.

Concha procuró que no se descuidara la formación humana. Al contrario, puso mucho empeño en que las casas estuvieran siempre bien ordenadas y en que la convivencia confiada de unas personas con otras, respetase siempre los detalles de urbanidad y buena educación.

El carácter de Concha —abierto, comunicador y sobre todo alegre— contribuye decisivamente a la buena marcha de las obras. Cada una de las personas se siente conocida, valorada y querida. Y Concha sabía cómo era su temperamento; las causas de sus reacciones fuertes, alegres o tristes; y comprendía los vaivenes de su comportamiento, sus crisis de trabajos y sus no menores crisis afectivas. Su conversación, fácil y amena, levantaba el ánimo de cualquiera.

A Concha no le gusta el protagonismo y, si le parece que su intervención no es necesaria, trata de pasar inadvertida y se coloca en un segundo plano. En esos momentos puede decirse que casi no se nota su presencia.

En el trabajo, a pesar del desorden que produce el vivir para los demás, era muy metódica. Cada mañana procuraba organizar la marcha de la casa. Tenía por costumbre escribir los encargos diarios. Estos cometidos variaban. Los más importantes eran los de repercusión apostólica, como llamar a alguna persona o preparar un círculo. También había muchos otros encargos materiales imprescindibles, como recibir a los proveedores o realizar algún arreglo. Aunque atendía tantas cosas diversas, conservaba su porte sereno y sonriente, abierto a todos, con una paz fruto del orden y

precisión con que cumplía todo.

Siempre le costó esfuerzo comprender que a algunas les costara aceptar contradicciones, ya físicas o morales. Ella, con su espíritu tremendamente austero, lo superaba todo con extrema facilidad. Por ejemplo, le era difícil comprender la limitación que producía una jaqueca; el frío o el calor; o que la comida fuera monótona o no estuviese bien hecha. Porque ella no tenía nunca jaquecas —o no hacía caso de ellas—, ni frío o calor, y la comida siempre le parecía bien:

Me es muy difícil buscar mortificaciones —dice—; antes, en la comida misma podía hacerlas; ahora, no: tengo un apetito estupendo, pero me es completamente igual comer una cosa que otra más o menos, caliente o fría. No sé cómo explicarlo, pero me pasa. En general, nada me cuesta trabajo. Yo quiero guardar estas gracias de ahora como almacén, por si algún día sucede que todo me cueste mucho, y seguir tan contenta como ahora.

Cuento las cosas que hago o pienso, y espero a que me digan por dónde tengo que proceder y, si es por un sitio contrario al que yo pensaba, veo que estaba equivocada y no me preocupo más. Pido eso solamente.

Siempre he recibido con verdadera alegría que me corrijan y al que lo hace le quiero más que antes y se lo agradezco de verdad.

Siempre los principios son fuertes: pero luego viene, si somos fieles, la gran cosecha.

Concha era un ejemplo de austeridad que no pasaba inadvertido. No perdía la sonrisa ante las incomodidades propias de aquellos principios y parecía que no las notaba, aunque trataba de evitarlas a los demás. Cuidaba el vestido —con el tiempo mejoraría el gusto y la elegancia— y, a pesar de que siempre tuvo un porte distinguido, disponía de un mínimo de ropa para ponerse. Sólo tenía un traje de vestir, el que utilizaba cuando debía recibir o hacer alguna visita y lo cuidaba mucho. Esta forma de actuar daba a entender que, con poca ropa —casi sólo con lo imprescindible—, se podía vestir correctamente y presentarse bien en cualquier situación con elegancia.

Toda su vida vivió delicadamente la austeridad.

No quería gastar dinero en ella misma. Era la persona a quien todo

le viene bien; si hacía calor, ella no pasaba calor, y si hacía frío, tampoco pasaba frío. Todo este comportamiento era fruto de su espíritu de mortificación.

También resultó formativo ver el cuidado que ponía en no desperdiciar nada que pudiera ser útil.

Concha vivía tan pendiente de los demás que sabía comprender y hacerse cargo de todo. En unas ocasiones, con sentido común y, en otras, con su sentido del humor. Siempre con sentido espiritual. Sin embargo, todo esto era compatible con usar la energía cuando era preciso cortar alguna situación o decir las cosas, quizás desagradables, con claridad.

Sin embargo, lo que le ocupaba especialmente era el crecimiento espiritual de los demás. Convenía adquirir hábitos de orden y ejercitarse en las virtudes. Después se trataba de caminar, como por un plano inclinado, para conseguir verdaderamente una vida contemplativa.

El trato llano y acogedor de Concha inspiraba confianza y llevaba a una amistad profunda... Una característica notable de su personalidad era su alegría que frecuentemente se desbordaba en una risa franca, animadora, a la vez que contenida y educada.

Su fortaleza era notoria en el trabajo, en la formación espiritual de las personas que fueron llegando, en llevar la responsabilidad que recaía en ella, en el desarrollo de nuevas labores. Era humilde y sencilla sin alardes y sabía tratar igual a las señoras de más alcurnia y a las campesinas. Era un don, pero el hilo conductor de toda su vida y de su actuar era su profundo amor de Dios. Su vida interior se sentía. Cómo encendía a la gente cuando les daba charlas y los iba formando.

Vivía con intensidad el espíritu apostólico. Tenía una preocupación tan grande por todos. Se daban cuenta de que su preocupación por cada uno era tan grande que, por escucharlos y tratar de ayudarlos, no pensaba para nada en ella. Sabía tratar a toda la gente con gran delicadeza. Era muy serena y podría ser el fruto de su visión

espiritual: tenía mucha fe y una gran confianza en Dios. Era de gran fortaleza y no se acobardaba ante nada. Era muy mortificada, con lo que difícilmente se podían conocer sus gustos porque nunca manifestaba sus preferencias.

Cuando una persona fue a hablar con Concha, dijo: “Me sentí con la impresión de estar en un cuarto oscuro que con sus palabras se encendía. Me decía de tal modo las cosas que me llegaban al corazón. Todavía oigo su voz cristalina y su risa amable”.

Podríamos distinguir entre los rasgos más señalados de Concha, los siguientes:

Era una sonrisa permanente: acogedora, afable, sencilla. Era la clase de persona que en el mismo momento de conocerla daba la impresión de que se la había conocido y tratado toda la vida. Enseguida inspiraba confianza y cariño... ella lo llenaba todo. Bajaba y subía muy ligera la escalera, era muy medida para hablar, nada locuaz, y probablemente su gran acierto era que sabía escuchar y sabía contestar sólo lo que era necesario y fundamental, con claridad y precisión. Cuando daba alguna charla y abría insospechados caminos de vida espiritual, era igualmente suave, precisa, y no perdía su gesto sonriente y afable.

Vivía llena de fuerza y de alegría. Habitualmente sonriente. Activísima sobre todo en el apostolado. Es de asombrarse la cantidad de personas que hablaban con ella diariamente. Salían de las charlas vibrantes. Concha siempre tan campante, sin dar jamás sensación de cansancio. No se recuerda haberle oído nunca decir: Estoy cansada.

De su afán apostólico, igual se daba y conquistaba a personas de alta posición social, que a la gente campesina, con la que tuvo trato desde sus primeros meses.

Consta el cariño y la sencillez con que Concha trataba, tanto a unos como a otros.

Tenía una fuerza de ánimo extraordinaria. Su optimismo la llevaba a mirar siempre más allá, hacia adelante, a lo que quedaba

por hacer... y siempre creía que no hacía lo suficiente.

Concha era una persona alegre que contagiaba esa alegría a los demás y era muy optimista, y cuando se le hacía alguna indicación, reaccionaba con humildad.

Su porte elegante y distinguido, unido a una sencillez amable y afectuosa, ya que la gente, al conocerla y estar con ella, en ningún momento se sentía cohibida.

La tradición ha recogido diversos comentarios sobre su comportamiento, como los siguientes: Llamaba la atención la forma de rezar; se metía en Dios y estaba muy recogida. También tenía claras virtudes humanas para tratar a todo el mundo y siempre se la veía alegre, contenta, risueña. Sabía trabajar a conciencia, pensando en la salvación de los hombres y la gloria de Dios.

Admiraba el modo como vivía, lo que decía, tenía encarnado el espíritu del apostolado. Su carácter era fuerte y cuando tenía que corregir lo hacía con fortaleza, pero con tanta delicadeza y cariño que no se sentía, ni se tomaba la reprobación como tal, al contrario, se le agradecía. Luego sabía acoger con infinita caridad llena de cariño... Era una mujer de una pieza que puso todas sus cualidades y talentos al servicio de los demás.

Enseñaba a cuidar los detalles y a vivir bien la virtud de la pobreza y la sabía combinar con la limpieza y el buen gusto. Era una persona sencilla, que trataba a toda clase de gentes. Sabía siempre escuchar, comprender, ser amable y bondadosa, lo mismo si era una campesina, que una señora de clase social alta. Para todas tenía comprensión y afecto humano. Hacia el final, Concha era una persona recia, laboriosa, constante, puntual, ordenada, alegre, optimista. Supo pasar por alto la escasez de medios viviendo desprendida de todo, dándolo todo. Una religiosa del Oasis mencionó: mis primeros pasos en la vocación fueron ir aprendiendo de Concha a poner Amor de Dios en cada cosa que hacía, como hacer bien una cama, dejar limpia una habitación o que no quedaran torcidos los cordones de una cortina.

Otra la recordaba como una persona muy alegre y cariñosa; ella tenía la responsabilidad de que las cosas funcionaran bien en todos los sitios y por lo mismo, cuando era necesario, hacía ver lo que no estaba bien para que se hiciera como se debía, y lo hacía con mucho cariño y delicadeza. Se interesaba no sólo por las cosas de trabajo, sino por los asuntos personales: salud, familia. No recuerda haberle oído una palabra hiriente: no decía cosas que molestaran a nadie.

Muy amable y con una sonrisa en la boca. Se interesaba mucho por todos. Sobre su vida de piedad, vivía con obras una continua presencia de Dios, con un constante espíritu de sacrificio. Daba ejemplo y trataban de imitarla. Estaba desprendida de los bienes materiales. Tenía sólo lo estrictamente necesario. Se preocupaba por los demás y quería verlos siempre muy diligentes. A ella no le importaba vestirse con prendas usadas.

Ayudaba en el trabajo. Su caridad con el prójimo se manifestaba en cosas concretas.

Un corazón lleno de defectos no deja que la gracia de Dios lo ocupe, pero si vamos quitando los estorbos, Dios lo llenará de su Amor. Concha tiene su confianza puesta en los demás, por la grandeza de su corazón. El excelente y cariñoso trato que tiene con todos emociona y se agradece.

Hablaba con delicadeza y claridad: hacía sentir su autoridad, y el peso de las indicaciones; de algún modo hacía ver lo que había que hacer y caer en la cuenta de los errores. No tenía prisa en reprender ni lo hizo nunca en forma malhumorada o impaciente.

Hacía hincapié en la necesidad urgente de elevar el nivel social y cultural de las gentes del entorno. Sus palabras parecían entonces un sueño auténtico, sin embargo, aquellas personas que la escuchaban comprobarían cómo, en unos pocos años, todo eso se haría realidad.

Murió santamente, una mujer de gran distinción y elegancia, de amplia cultura y, cosa poco frecuente en aquellos tiempos, de joven, a caballo, hablando con aquellas queridas gentes de su tierra. ¡Qué bien entendían y asimilaban lo que les transmitía!

Su modo de ser tan característico: siempre positiva, prudente, evitando cualquier aspecto negativo o peyorativo para alguien; cariñosa, entrañable, amena. Llamaba mucho la atención, y esto mismo ocurría siempre que se coincidía con Concha, que de modo natural dejaba de lado lo que pudiera resultar un poco negativo o menos favorecedor; en estos casos, si consideraba que debía informar de algo, lo hacía en su momento y donde debiera hacerlo, sin utilizar una palabra de más, con una prudencia delicada. No entraba nunca en ningún tipo de discusión o comentario superficial. Era muy positiva en sus planteamientos, aunque en ningún momento dejaba de ser realista.

Sin darse importancia, relataba algo interesante y casi siempre ameno, con don de oportunidad en cada momento.

Sin perder la sencillez, sabía dar autoridad a sus palabras que siempre suponían una ayuda a los asistentes. Tenía mucha facilidad para transmitir la doctrina a los demás con claridad y oportunidad.

Concha respiraba libertad. Confiaba más en la oración que en todos los medios humanos, aunque no dejara de esforzarse en ponerlos. Un día, después de haber hecho un retiro comentó que se había quedado rendida y aludió discretamente a la intensidad de la intimidad con el Señor durante esas horas.

Era una persona que aprovechaba el tiempo, y que lo hacía estando en cualquier lugar, gracias a la capacidad de concentración que tenía. Si disponía de cinco minutos antes de empezar alguna otra actividad, abría el libro o libreta que siempre llevaba consigo e inmediatamente estaba completamente inmersa en lo que estaba leyendo o escribiendo.

Concha se preocupaba de proporcionar a sus religiosas y misioneros una formación humana, que iba más allá de la simple enseñanza.

Tenía una gran personalidad y era una mujer atractiva aunque vestía con sobriedad, sin adornos superfluos. Era, sin embargo, sencillísima, sin ninguna clase de prepotencia. A todos los trataba

muy bien, con comprensión y afecto. Por eso, se creó alrededor de ella un gran ambiente.

Tenía una inteligencia francamente buena. Y, como ponía mucho esfuerzo, llegaba muy lejos.

Era sumamente trabajadora y tenía una capacidad de concentración extraordinaria; se metía profundamente en sus asuntos y sabía aprovechar los ratos cortos que otras personas desperdiciamos. Aprovechaba los minutos y segundos intentando no perder ninguno. Tenía una gran capacidad para ilusionarse e ilusionar a los demás.

Siempre que iban a verla a su casa, la encontraban muy concentrada trabajando en algo —que dejaba inmediatamente para atenderlas—, con ánimo festivo y optimista, sin mostrar ninguna prisa.

En cualquier lugar en donde estuvo, se sintió siempre en familia, en su familia y contagió —o al menos fomentó— que los demás se sintieran también como en su casa.

Fue una mujer con autoridad, pero sin ser autoritaria. Más que corregir, animaba y abría horizontes. Concha trataba de acomodarse a la forma de ser de cada quien, pero sin perder de vista el fin para el que estaban en el mundo. Por eso, no sólo ponía la atención en lo grande, sino también en muchas cosas pequeñas.

En el difícil equilibrio entre la comprensión y la exigencia, Concha se inclinaba claramente por lo primero. Era más comprensiva que exigente, pero sabía que había cosas en las que, por el bien de las almas, no debía ceder.

Tenía una gran confianza en las personas que debía formar o dirigir y se fiaba plenamente de su buena voluntad o de sus buenos deseos porque sabía que, cuando algo no lo hacían bien, quedaba fuertemente grabado en la propia conciencia, ¿para qué entonces cansarlas reiterándoles un consejo o advertencia que ya tenían presente? Normalmente prefería demostrarles confianza y estaba

segura de que, por lo general, y con la gracia de Dios, sabrían rectificar. De todas maneras, las tenía siempre presentes en la oración: el gran tema que trataba con Dios, en sus frecuentes y largas visitas al Sagrario, era pedir su ayuda para la conversión o rectificación de cada una de aquellas personas. Procuraba, en fin, tener la virtud de la prudencia para obrar siempre como un Buen Pastor.

Por su fuerte personalidad tuvo que procurar que el atractivo que ejercía sobre la gente no se quedase sólo en un afecto hacia ella, sino que sirviera para dirigir las almas a Dios. Estudiaba mucho las decisiones que debía tomar.

Humanamente hablando era prudente —sabía sopesar las ventajas y los inconvenientes antes de tomar una decisión—, pero su prudencia era especialmente sobrenatural, consciente del valor del tiempo, del valor de las almas y de las consecuencias que puede tener una decisión frívolamente tomada. Una vez decidido un asunto, era ágil en su ejecución y lo hacía con todo empeño.

La humildad no es una virtud fácil porque la soberbia aflora aprovechando cualquier ocasión, pero, al considerar la vida de Concha, aparece un esfuerzo constante —natural y sobrenatural— para no llamar la atención más que cuando era necesario para el servicio de los demás y, por lo tanto, pasar inadvertida.

Aunque era una persona con un afán grande de pasar inadvertida, había virtudes por las que, inevitablemente, destacaba. Hay un rasgo que llamaba poderosamente la atención: su sonrisa permanente. Concha siempre estaba sonriente. Parece que esto obedecía a un absoluto olvido de sí. Nunca se le veía con cara seria o de preocupación. De su situación física estaba completamente desprendida. Tampoco otras cuestiones le afectaran tanto como para impedirle sonreír. Además de la humildad, a Concha le caracterizaba, la sencillez. Decía las cosas con naturalidad, tal y como pensaba.

Hablaba siempre bien de los demás y si, en algún caso, era preciso decir algo que pudiera parecer menos positivo, siempre se disculpaba.

Su limitada salud, al final de su vida, aunque pasaba inadvertida

normalmente, no le impidió hacerse cargo de las limitaciones físicas de las personas: altibajos, dolores, cansancios o enfermedades. Había aprendido que debía velar muy especialmente por la salud de todos y tener muy en cuenta la necesidad de descanso o de alimentación. Se comprende que unas personas desprendidas de todo podían ser imprudentes en el uso de sus fuerzas físicas o no cuidar del todo las enfermedades agudas o más o menos crónicas. Concha conocía bien el daño que podía sobrevenir a una persona, e indirectamente a toda su Misión, si un mal entendido desprendimiento les llevaba a desconocer sus limitaciones o a hacer imprudencias.

La hondura de su oración fue creciendo de día en día y puede decirse que llegó a ser, en el pleno sentido de la palabra, un alma contemplativa. Se puede deducir que su gran deseo era: profundizar en el silencio hasta llegar hasta donde sólo está Dios. Donde ni los ángeles, sin permiso nuestro, pueden entrar. Y, allí, adorar a Dios, y alabarle, y decirle cosas tiernas.

Tenía una gran fe; se fiaba plenamente de Dios. Su fe era realmente teologal y se alimentaba de ratos de oración intensa, de un gran amor a la Eucaristía —eran muy frecuentes sus escapadas al Sagrario— y de reprobación todo lo que fuese ofensa a Dios. Su vida de piedad tenía un sólido fundamento doctrinal por el empeño y rigor con que estudiaba los tratados de Teología. Esa fe tan sólida le llevaba a una firme esperanza y a cubrir el tiempo de espera con oración y alegría, que incluso manifestaba en canciones.

Era un alma contemplativa; se le notaba especialmente en el último año de su vida.

Para tener sabiduría, no se necesita tener mucha cultura porque hay gente sencilla que la tiene... y al revés.

Tenemos muchas ocasiones en la vida de no ser fieles ni leales. No somos plantas de invernadero y estamos expuestos a todos los vientos, al frío y al calor... Pero si no nos asustamos de nada y no somos soberbios, iremos adelante!

Ser felices ¡ahora! Trabajando. No necesitamos nada material para

disfrutar de la vida y nunca la falta de medios ha frenado la ambición de almas.

Deja perfectamente orientados a los que la van a sustituir.

Era de mucho aprecio la fe y el sentido apostólico que Concha había vivido con los demás. Su ejemplo ayudó a la gente a ser más espiritual y tenaz en el apostolado, contando de antemano que acercar almas a Dios era tarea que requería un esfuerzo notable.

Algunas veces se quedaba agotada por las muchas visitas, a las que siempre acogía con su amplia sonrisa.

Quería pasar inadvertida, aunque era casi imposible porque su personalidad y su bondad atraían fuertemente la simpatía de todos y dejaban huella profunda en quienes la atendían.

Cuando se aproximaba su muerte, Concha seguía paso a paso su calvario sin inmutarse.

Había vivido la virtud de la fortaleza en grado heroico.

Participaba con todos sus sentidos.

Tenía algo que le daba fuerza para vivir así. Su vida tenía un sentido distinto al de tantos otros enfermos, porque si no, era imposible aguantar aquella situación de ese modo.

Las virtudes de docilidad y sencillez que tenía no se improvisaban, eran fruto de muchos actos de virtud en lo pequeño. No tenía miedo a la vida, ni miedo a la muerte.

La muerte es Vida. No es más que un hasta luego. Nos debíamos morir despidiéndonos así: ¡hasta luego!

Nos dejó la luz de unas virtudes, humanas y cristianas, vividas con sencillez, esforzadamente, con heroica perseverancia a lo largo de su vida. Y también nos enseñó cómo combatir los vicios.

MEMORANDUM de Ramón Martí Cabrera para el Proceso Apostólico de la Sierva de Dios Concepción Cabrera de Armida.

Durante los años de 1923 a 1926 que estuve de interno en México

con los Hermanos Maristas y los de la Doctrina Cristiana, aproximadamente una vez al mes pasaba un fin de semana en casa de tía Concha o de tío Ignacio Armida en las temporadas que ella vivía en su casa. Mi edad en aquel entonces era de los trece a los dieciséis años y me causaban mucha ilusión esas salidas pues sentía por ella un especial cariño y veneración producto sin duda de la bondad y serenidad que irradiaba su persona. Además yo estaba perfectamente consiente de la santidad de tía Concha pues tanto mi mamá (Luz Cabrera de Martí) como tía Meche mi madrina (Mercedes Cabrera de Rivero) me platicaban y comentaban de su santidad, sus virtudes heroicas y su sencillez y humildad.

Cuando llegaba yo a su casa, si no la encontraba disponiendo los quehaceres domésticos con alguna de sus sirvientes, me asomaba la oratorio y allí la veía absorta en su adoración al Santísimo. Me impresionaba verla en esa actitud que para mí era como contemplarla en éxtasis, y en una ocasión en su casa de las calles de Centenario en Coyoacán en el año de 1925 me dio la impresión de haberla visto en su adoración como elevada de su reclinatorio.

Otra cosa que siempre me impresionó mucho de ella fue su mirada llena de ternura, de serenidad, de comprensión y al mismo tiempo de una profundidad tal que yo sentía me leía el corazón y el alma y por lo mismo siempre procuraba visitarla bien confesado y comulgado pues sentía en ella la presencia de Dios Nuestro Señor.

En cuanto a la forma heroica en que tía Concha practicó todas las virtudes cristianas para mí es algo que siempre me platicaron mi abuelo (Octaviano Cabrera Arias) mi tío Primo (Primitivo Cabrera Arias S.J.) mi mamá, tía Meche y otros miembros de la familia.

Respecto a su Fe, recuerdo que siempre que alguno de nosotros (mis hermanos y yo) sacábamos a cuento alguna superstición, mi mamá nos decía que a ejemplo de tía Concha no debíamos de creer más que en las verdades que nos enseña nuestra Sta. Madre Iglesia y que las supersticiones son argucias del demonio para alejarnos de la verdadera Fe; y agregaba cómo tía Concha luchaba contra todo lo que pudiera desviar su Fe, sometiéndose sumisamente a sus directores

espirituales.

También recuerdo que en todos sus viajes a San Luis, siempre se hospedaba en casa de mi abuelo y que tan pronto como llegaba, llevaban el Santísimo al Oratorio, que se consumía la víspera de su salida. En una ocasión después de consumir ya que tía Concha salía al día siguiente, entró tía Meche al Oratorio y se encontró con tía Concha que le dijo cúbrete la cabeza Meche. Tía Meche se extrañó y le dijo: Tía, ya no está el Santísimo, ya consumimos. Entonces ella le contestó que Jesús le acababa de decir: Aquí estoy, Sacramentado.

En seguida buscaron si había quedado alguna partícula y efectivamente se encontró en la cómoda dentro del corporal que se había utilizado en la misa.

En cuanto a su Esperanza recuerdo que me platicaba mi mamá que tía Concha todo se lo confiaba a Dios y que nunca dejaba que los problemas de cualquier índole que fueran, le quitaran la paz interior, pues todo lo dejaba en Sus manos. Que aprendiéramos de ella y siguiéramos su ejemplo.

En lo que toca a su Caridad que era tan fácil de percibir en su trato con todos, empezando por su hijos, sus familiares, sirvientes, amigos, conocidos, etc. y terminando por los pobres y enfermos, recuerdo cómo acompañó a mi abuelo en sus últimos días en San Luis Potosí, ayudándole a bien morir y que una vez que expiró el día 23 de diciembre de 1933, nos invitó a todos los de la familia que estábamos presentes, a pasar al Oratorio a pedirle a Dios por el eterno descanso de su alma. Después de hacerlos, tanto mi mamá como tía Meche nos hicieron señas de salir para dejar a tía Concha sola con el Santísimo y pasamos a una salita que estaba junto al Oratorio para esperarla. Un rato después salió tía Concha con la cara radiante y le dijo a mi mamá: Alégrense todos pues ya Jesús me dijo que tu papá está en el cielo. También tengo muy presente que uno o dos días después me dijo a mí: Ramón, esta casa que era el eje de toda nuestra familia ya se acabó como todo lo que es de esta vida. ¡Dichoso Octa que ya está en el cielo!

De su Humildad y Sencillez recuerdo que en una ocasión de sobremesa en casa de Pane (mi abuelo) se suscitó el comentario de la mala costumbre que hay en Europa y especialmente en España, de blasfemar; a lo cual ella comentó con toda sencillez que uno de los innumerables beneficios que la Virgen de Guadalupe le ha hecho a México es librarlo de que se blasfeme que es tan horrible pecado, permitiendo a cambio que su pueblo se desfogue con palabras que en sí no ofenden a Dios ni significan nada, como pendejo, carajo, chingado, etc., etc., que las dijo con toda naturalidad y sencillez y nos dejó a todos muertos de risa aún cuando un tanto pensativos de la razón que tenía.

También recuerdo mucho a tía Concha con su bolsa grande y negra de la cual sacaba cuadernos y papeles en los que escribía largamente. Esto me intrigaba mucho y en una ocasión les pregunté a mamá y a mi abuelo qué tanto escribiría tía Concha. Que si sería sobre lo que le decía Jesús... a lo que Pane contestó: Nunca sabrán ustedes todo lo que es Concha hasta después de su muerte.

XVIII. Sinopsis

Concepción Cabrera nació en la ciudad de San Luis Potosí, México, el 8 de diciembre de 1862, en una familia forjada en auténticos valores morales.

Le gustaba montar a caballo, tocar el piano y cantar.

Se casó a los 22 años con Francisco Armida y tuvo nueve hijos. Ser esposa y madre no le impidió su vida espiritual.

Conforme crece, también va creciendo en ella el deseo de pertenencia a Jesús, por medio de la oración y la práctica de las virtudes, en su hogar y en sus relaciones sociales.

Un día, estando en ejercicios espirituales, escuchó dentro de su corazón sin poder dudar: “Tu misión es salvar almas”.

El 14 de enero de 1894, se graba en el pecho el nombre de Jesús, JHS, y crece en ella el anhelo por la salvación de todos los hombres: “Jesús, salvador de los hombres, sálvalos”.

A los 38 años queda viuda, con ocho hijos pequeños, que educar y mantener. Es una madre cariñosa que está pendiente de su educación.

Concepción Cabrera de Armida ha dejado escrito su camino de vida espiritual y su experiencia de fe en su Cuenta de Conciencia. Además, escribió varios libros y folletos.

Clara Eugenia Labarthe C. RCSCJ. hace notar en su librito ¡No me entiendo! que una de las interrogantes más apasionantes de la filosofía la constituye la pregunta por el hombre. Emmanuel Kant afirmó que la pregunta por el hombre es la más importante de la filosofía.

Como toda persona humana, Concepción Cabrera de Armida vive la contradicción y el “enigma” que supone la existencia. Sin embargo, a medida que adentra uno en la vida y en el mensaje de esta mística mexicana, se descubre con mayor claridad su fuerte y compacta unidad. Es una mujer que experimenta en sí misma las contradicciones de toda vida humana que la llevan a exclamar en repetidas ocasiones:

“¡No me entiendo!” (CC. 12, 78). “¡Me parece un mito la fe!” (10, 27). “Quiero ser gusano, y me siento águila”. “Quiero abrazarme, amasarme con la tierra y experimento unos vuelos hasta el Sol divino” (47, 13). “No me entiendo verdaderamente, ni puedo definir mi situación. A veces tiendo al cielo, y de repente me encuentro embobada en la tierra. Ya me veo llamada vehementemente a la oración, y luego en ella como en un potro espantoso” (CC. 10, 57). “¡Señor!, soy un enigma para mí misma” (52, 386). “¡Qué contradicciones veo entre el querer y el hacer, entre mis palabras y mis obras! Esa soy yo”... (CC. 31, 155).

En el claro oscuro de su existencia, Concha encuentra a su Señor. De esta manera, todo se ilumina, todo adquiere un sentido. No es que el misterio de su existencia desaparezca, sino que la luz crece al infinito y se proyecta sobre toda realidad.

La ORACIÓN es el alimento de nuestra alma. La oración es el fin de toda creatura.

La Edición Crítica de los escritos de Concepción Cabrera se basa fundamentalmente en un minucioso análisis de sus manuscritos o Cuenta de Conciencia.

¿Qué es la Cuenta de Conciencia de Concepción Cabrera?

1. “Un diario espiritual” con características peculiares, en el que anota por obediencia a sus directores espirituales y sus experiencias metafísicas.
2. Abarca desde septiembre de 1893 hasta el 8 de diciembre de 1936, es decir, empieza cuando ella tiene 31 años, hasta los

74 años, o sea, tres meses antes de su muerte.

3. Escribe las luces espirituales que la iluminan. Son un total de 66 volúmenes.

Concepción Cabrera fue dotada de algunas cualidades naturales propias de todo buen escritor. Desde luego el gusto y la inclinación natural a escribir. Además, una inteligencia clara y penetrante, una sensibilidad muy femenina, una imaginación muy viva, unos afectos vehementes a su esposo, a sus hijos, a sus parientes. Pero, sobre todo, un gran amor a Dios. Esto quizá podría explicar la variedad y multiplicidad de sus escritos, y tal vez la sublimidad de la doctrina espiritual que nos entrega.

El total de sus escritos más importantes es de casi sesenta y cinco mil páginas. Estos millares de páginas escritos con su propia mano, en medio de las tareas y cuidados de la vida de familia, sin descuidar la atención de sus nueve hijos, a los que amamantó, cuidó e instruyó, nos muestran su prodigiosa actividad como escritora.

Sus obras editadas son cuarenta y seis, algunas de ellas de pocas páginas. Parece mucho y, sin embargo, es sólo la octava parte de su obra total, una muestra de su fecundidad espiritual. La mayoría de los libros editados tiene el propósito de ser una ayuda para la oración.

Sus escritos inéditos son mucho más abundantes: en su Epistolario se conservan mil doscientos veintisiete, de un total de casi dieciocho mil páginas. La mayoría dirigidas a arzobispos, sacerdotes, religiosas de la Cruz y misioneros del Espíritu Santo. También hay setecientas nueve cartas dirigidas a sus familiares.

XIX. Poemas de Efraín Huerta

A Concha le tocó una vida de cambios significativos en nuestra nación, de los cuales no fue ajena. En su Cuenta de Conciencia y otros escritos, se encuentran pasajes poéticos similares a los que a continuación se reproducen. Por ello, y por otros motivos que el lector perspicaz podrá vislumbrar, se consideró oportuno incluir el presente capítulo.

En 1909, el grupo Ateneo de la Juventud Mexicana cuestionó la doctrina oficial del régimen porfirista: el positivismo, y abrió un nuevo horizonte para las disciplinas humanísticas.

Con la renuncia de Victoriano Huerta en 1914, emergió el nacimiento de una generación de escritores que José Emilio Pacheco bautizó como los hijos de la Revolución mexicana: Efraín Huerta, Octavio Paz y José Revueltas.

Efraín Huerta nació el 18 de junio de 1914 en Silao, Guanajuato. Se trasladó a la Ciudad de México y conoció a Octavio Paz y a Rafael Solana con quienes fundó la revista Taller.

Efraín se preocupó en brindar a sus lectores una fracción de su intimidad en cada verso, poema o artículo. Militante del Partido Comunista Mexicano, Huerta fue un hombre comprometido con las causas sociales; su trabajo es el reflejo de ese propósito.

Fue poeta, reportero, reseñista, editorialista, crítico de cine y teatro.

Advierte que la vida es un abrirse paso hacia la muerte, porque el hombre además de buscar el amor, con su consiguiente dolor, también busca el fallecimiento.

Amor mío, justifícame

lléname de razón y de dolor.
Río de nardos, lléname
con tus aguas: ardor de ola,
mátame...

Ternura

Lo que más breve sea:
la paloma, la flor,
la luna en las pupilas;
lo que tenga la nota más suave:
el ala con la rosa,
los ojos de la estrella;
lo tierno, lo sencillo,
lo que al mirarse tiembla,
lo que se toca y salva
como salvan los ángeles,
como salva el verano
a las almas impuras;
lo que nos da ventura e igualdad
y hace que nuestra vida
tenga el mismo sabor
del cielo y la montaña.

Breve canto

Vendrás como un silencio
nacido de mi cuerpo,
hijo mío de suspiros
y lágrimas corriendo.
Vendrás como sollozos,
temblando, delectando
el rumor de la sangre
fugitiva de rosas.
Vendrás,

estoy queriéndolo,
rodando suavemente
como ruedan los astros
sobre la seda o cielo.

Órdenes de amor:

¡Ten piedad de nuestro amor
y cuídalo, oh Vida!

CARLOS PELLICER

1

Amor mío, embellécete.
Perfecto, bajo el cielo, lámpara
de mil sueños, ilumíname.
Orquídea de mil nubes,
desnúdate, vuelve a tu origen,
agua de mis vigias,
lluvia mía, amor mío.
Hermoso seas por siempre
en el eterno sueño
de nuestro cielo,
amor.

2

Amor mío, ampárame.
Una piedad sin sombra
de piedad es la vida. Sombra
de mi deseo, rosa de fuego.
Voy a tu lado, amor,
como un desconocido.

Y tú me das la dicha
y tú me das el pan,
la claridad del alba
y el frutal alimento,
dulce amor.

3

Amor mío, obedéceme:
ven despacio, así, lento,
sereno y persuasivo:
Sé dueño de mi alma,
cuando en todo momento
mi alma vive en tu piel.
Vive despacio, amor,
y déjame beber,
muerto de ansia,
dolorido y ardiente,
el dulce vino, el vino
de tu joven imperio,
dueño mío.

4

Amor mío, justifícame,
lléname de razón y de dolor.
Río de nardos, lléname
con tus aguas: ardor de ola,
mátame...

Amor mío.

Ahora sí, bendíceme
con tus dedos ligeros,
con tus labios de ala,
con tus ojos de aire,
con tu cuerpo invisible,
oh tú, dulce recinto
de cristal y de espuma,

verso mío tembloroso,
amor definitivo.

5

Amor mío, encuéntrame.
Aislado estoy, sediento
de tu virgen presencia,
de tus dientes de hielo.
Hállame, dócil fiera,
bajo la breve sombra de tu pecho,
y mírame morir,
contéplame desnudo
acechando tu danza,
el vuelo de tu pie,
y vuélveme a decir
las sílabas antiguas del alba:
Amor, amor-ternura,
amor-infierno,
desesperado amor.

6

Amor mío, despiértame
a la hora bendita, alucinada,
en que un hombre solloza
víctima de sí mismo y ábreme
las puertas de la vida.
Yo entraré silencioso
hasta tu corazón, manzana de oro,
en busca de la paz
para mi duelo. Entonces
amor mío, joven mía,
en ráfagas la dicha placentera
será nuestro universo.
Despiértame y espérame,
amoroso amor mío.

1958

El día

El día ha llegado a mis ojos.
El día que muere es una lluvia dorada.
El día es tierno como el agua. Como el amor que nace.
El día es delgado y dulce. El día es el amor.
El día es una espada. Una rosa caliente.
El día me dijo: Buenos días. Y amé al día.
El día estaba en tus ojos de fino oriente.
El día eran tus ojos oscuros. Tu clara sonrisa.
El día quiso decirme Adiós. Y no me dijo nada.
El día y tú habían llegado a mis ojos.
El día eras tú. Tú eras el Buenos días. Y el Adiós.
El día. Siempre el día. Es decir, siempre tú.

Siempre

Criatura irresistible, nube, voz de mi sueño,
suave espejo nupcial, escúchame en tu vida,
víveme con tu vida, ámame con tu amor
y déjame a tus plantas como raíz despierta.
Eres el árbol vivo de mi antiguo paisaje,
criatura hecha de amor, amorosa criatura;
eres la estatua dócil y la violenta lluvia,
y eres canto y silencio en mi templo de carne.
Criatura, piel de mi alma y sangre de mis labios;
deja que mi dolor se apoye en tu valiente
y clara juventud; deja que mis deseos
sean el vivo reflejo de tu propio deseo.

Eres, amor...

Eres, amor, el brazo con heridas
y la pisada en falso sobre un cielo.
Eres el que se duerme, solitario,

en el pequeño bosque de mi pecho.
Eres, amor, la flor del falso nombre.
Eres el viejo llanto y la tristeza,
la soledad y el río de la virtud,
el brutal aletazo del insomnio
y el sacrificio de una noche ciega.

Justificación

Escribo, porque escribir es un placer y una necesidad para mí. Escribo con fervor, diría, religioso, casi místico; sintiéndome un poco demonio, un poco ángel, un poco hombre, un poco niño, un poco mujer. Ceniza.

Bibliografía

- ARIÈS, Philippe y DUBY, Georges, *Historia de la vida privada*, tomos 7, 8 y 9, Taurus, Madrid, 1992.
- BRADU, Fabienne, *Dama de corazones*, FCE, México, 1996.
- CABRERA ARMIDA, Francisco, *Cincuentenario. Historia de la Casa Armida 1908-1958*, ed. de autor, sin fecha.
- CABRERA DE ARMIDA, Concepción, *Cartas de una madre de familia*, Ediciones Cimiento, 3ª ed., México, 1993.
- , *Cuenta de Conciencia*, 66 tomos, incluidos en 17 libros, Archivo General de las Religiosas de la Cruz (AGRCSCJ); versión en CD realizada por Jorge Ortiz González, MSPS, Archivo General de los Misioneros del Espíritu Santo (AGMSPS).
- , *De las virtudes y de los vicios*, CONCAR, A.C., 4ª ed., México, 1981.
- CABRERA YPIÑA, Matilde, *La Casa de Cabrera en San Luis Potosí*, Editorial Universitaria Potosina, San Luis Potosí, 1975.
- CASTILLO PERAZA, Carlos, *Una espiritualidad para laicos del siglo XX*, Editorial La Cruz, cuaderno núm. 4, 2ª ed., México, 1990.
- CUSCÓ Y MIR, Alberto, *Escritos a Concepción Cabrera de Armida*, AGRCSCJ. Documento base, *Conchita y Félix de Jesús: un encuentro fecundo*, Editorial La Cruz, 1ª ed., México, 2001.
- GUERRERO ROSADO, José Luis, *Posibles influencias de la piedad prehispánica en la sierva de Dios Concepción Cabrera de Armida*, Ediciones Cimiento, 1ª ed., México, 1991.
- GUTIÉRREZ CASILLAS, José, Alberto Cuscó y Mir, Editorial Tradición, México, 1985.
- GUTIÉRREZ, Juan M.SP.S., *Respuesta a la invasión de Dios*, México.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, Juan M.SP.S., *Diario espiritual de Concepción Cabrera de Armida (1862-1937)*.
- HUERTA, Efraín, *Poesía*, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Juventud Iglesia Esperanza*, *Quién es Conchita*, Madrid, España.
- LABARTHE C., Clara Eugenia R.C.S.C.J., *¡No me entiendo!*, 2011.
- LABARTHE, María Guadalupe R.C.S.C.J., *Concepción Cabrera de Armida*, Ediciones Religiosas de la Cruz AR, 2ª ed., México, 2008.
- LABARTHE CABRERA, Ma. Guadalupe R.C.S.C.J., *Concepción Cabrera de Armida forjada por su ambiente familiar y social. Forjadora de una nueva familia de sangre y de espíritu*, Ediciones Cimiento, 1ª. Ed., México, 1992.

- LÓPEZ, Rafael M.SP.S., Edmundo Iturbide, M.SP.S., México, 2002.
- , Félix de Jesús, México, 1997.
- MARTÍ CABRERA, Ramón, Narraciones.
- NAVARRO, Ignacio M.SP.S., Misión de una mujer en la Iglesia de hoy, Editorial H. G., 3ª ed., 1988.
- PADILLA, Jesús M., El Padre Félix Rougier, Editorial La Cruz, México, 1971.
- PEÑALOSA, Joaquín Antonio, Yo soy Félix de Jesús, Editorial JUS, 2ª ed., México, 1973.
- PHILIPON, M. M., Diario espiritual de una madre de familia. Concepción Cabrera de Armida, Desclée de Brower, 6ª ed., Bilbao, 1987.
- , Una mujer de hoy, México, 1970.
- ROMO, Tarsicio M.SP.S., Oye Conchita, CONCAR, A.C., 2ª ed., México.
- SICILIA, Javier, Concepción Cabrera de Armida, la amante de Cristo, Fondo de Cultura Económica, 1ª ed., México, 2001.
- TREVIÑO, J. G., La sierva de Dios, Editorial La Cruz, 2ª ed., México, 1962.

Índice

Presentación

I. Antecedentes

II. Inicios de su formación

III. Su noviazgo

IV. Su matrimonio

V. Un método

VI. Director espiritual

VII. Obras inspiradas por Concha

VIII. Convergencia Decisiva

IX. Trocha complicada

X. Dolores y frutos

XI. Espiritualidad y misticismo

XII. El festejo jubilar

XIII. "De una pieza"

XIV. Tarea inconclusa

XV. Últimos tirones

XVI. "Sólo un hasta luego"

XVII. Narraciones

XVIII. Sinopsis

XIX. Poemas de Efraín Huerta

Bibliografía